

NOSOTROS, LOS BAUTISTAS

Publicado originalmente por la
División de Estudio e Investigación
de la Alianza Bautista Mundial

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

Publicado por la Casa Bautista de Publicaciones, en forma electrónica, con permiso de la Baptist World Alliance. Febrero de 2000. Se permite su uso y distribución gratuita. Queda prohibida su venta.

A menos que se indique de otra forma, las citas bíblicas están tomadas de la versión *Santa Biblia: Reina-Valera Actualizada*, copyright 1989, Editorial Mundo Hispano. Usada con permiso.

Traductor: Raimundo J. Ericson

CONTENIDO

Abreviaturas	4
Prefacio	5
1 Los bautistas: Una comunidad mundial de fe	7
2 Lo que creen los bautistas	33
3 La manera en que los bautistas toman decisiones morales	50
4 Los bautistas en la adoración	66
5 Vida y liderazgo en las iglesias bautistas	82
6 Derechos humanos para todos	98

ABREVIATURAS

ABC	American Baptist Convention; American Baptist Churches U.S.A. [Convención Bautista Norteamericana; Iglesias Bautistas Norteamericanas]
ABCFM	American Board of Commissioners for Foreign Missions (Congregational) [Junta Norteamericana de Comisionados para las Misiones Foráneas (Congregacional)]
ABFMS	American Baptist Foreign Mission Society [Sociedad para las Misiones Foráneas de los Bautistas Norteamericanos]
ABHMS	American Baptist Home Mission Society [Sociedad para las Misiones Domésticas de los Bautistas Norteamericanos]
ABMU	American Baptist Missionary Union [Unión Bautista Misionera Norteamericana]
ABPS	American Baptist Publication Society [Asociación de Publicaciones, de los Bautistas Norteamericanos]
BJ	Biblia de Jerusalén
BMS	Baptist Missionary Society [Asociación Misionera Bautista]
BWA	Baptist World Alliance [Alianza Bautista Mundial]
FMB	Foreign Mission Board [Junta de Misiones Foráneas]
NBC	Northern Baptist Convention [Convención Bautista del Norte]
NEB	New English Bible [Nueva Versión Inglesa de la Biblia]
NVI	Nueva Versión Internacional
RSV	Revised Standard Version [Versión Estándar Revisada]
SBC	Southern Baptist Convention [Convención Bautista del Sur]
SBC-FMB	Foreign (now International) Mission Board of the Southern Baptist Convention [Junta de Misiones Foráneas (ahora, Internacional) de la Convención Bautista del Sur]

PREFACIO

¿Quiénes son los bautistas? ¿Son una secta o una denominación cristiana?
¿Cuál fue su origen, cómo se extendieron, y dónde se los encuentra en la actualidad? ¿Cómo entienden la Gran Comisión de Jesús?

¿Qué creen los bautistas, junto con otros cristianos, acerca de la naturaleza de Dios y su revelación de sí mismo, la creación de todas las cosas, la humanidad y el pecado, la obra salvadora de Jesucristo, llegar a ser un cristiano y vivir como tal, y las últimas cosas? ¿Qué es lo que afirman con respecto a Jesucristo como señor, la autoridad de la Biblia, la obra del Espíritu Santo, la iglesia como una congregación, el bautismo por inmersión del creyente, el sacerdocio de todos los creyentes, la ordenación al ministerio, la cena del Señor y la libertad religiosa?

¿Cómo toman los bautistas decisiones éticas hoy en día? ¿Qué de la gracia y las obras, de la libertad y la responsabilidad, de Jesús como Señor en la congregación, de la Biblia y su interpretación y de la sabiduría secular?

¿Qué otra razón hay para que los bautistas adoren al Dios trino sino porque Dios es digno de tal adoración? ¿Cuáles son los diferentes modelos de adoración que es posible encontrar entre los bautistas? ¿Cuál es la razón de la adoración corporativa, y a la vez orden y libertad? ¿Qué papel desempeñan la Biblia, la música, las ordenanzas, la ofrenda y la oración? ¿Cuáles son los resultados que se esperan de la alabanza?

¿Cómo se relacionan los bautistas entre sí, dentro de las congregaciones? ¿Por qué insisten los bautistas en que la conversión o la fe personal deben darse antes del ingreso a la membresía de la iglesia? ¿Qué se entiende por misión, por servicio y por los dones del Espíritu Santo? ¿Cómo comparten los ministros ordenados el ministerio con todos los miembros en una iglesia bautista? ¿Qué tan probable es el sacrificio y el sufrimiento entre los líderes de la iglesia?

¿Cómo se ha manifestado la pasión histórica de los bautistas por la libertad? ¿Cuáles son los principios defendidos por los bautistas con respecto a la

libertad de conciencia frente al gobierno civil? ¿Cuál es la situación actual, a nivel mundial, con respecto a la negación o el abuso de los derechos humanos fundamentales? ¿En qué sentido el conocimiento añade responsabilidad? ¿En qué medida han ampliado los bautistas su preocupación por la libertad religiosa, como para incluir la defensa de los derechos humanos; y qué es lo que están haciendo a favor de los derechos humanos en la actualidad?

Las seis comisiones de estudio de la Alianza Bautista Mundial para el quinquenio 1995-99, han intentado ofrecer respuestas a estas preguntas, tanto para los lectores bautistas que deseen conocer más acerca del movimiento bautista del cual forman parte, como para los lectores no bautistas que quieran tener información y puntos de vista más exactos acerca de los bautistas.

Los seis capítulos de este libro, aun cuando reflejan el trabajo de las comisiones de estudio que integran la División Estudios e Investigación de la Alianza Bautista Mundial, de ninguna manera son un reflejo de la totalidad del ministerio y misión de la Alianza Bautista Mundial. Su División de Evangelismo y Educación, al igual que sus Comités de Ayuda Mundial, Comunicaciones y Desarrollo, tienen sus funciones específicas. Los lectores de *Nosotros, los bautistas* pueden, por ejemplo, sacar provecho del trabajo de L. A. (Tony) Cupit: *Biblical Models for Evangelism: 1st Century Strategies for the 21st Century* [Modelos bíblicos para el evangelismo: Estrategias del siglo I, para el siglo XXI] (McLean, VA: Alianza Bautista Mundial, 1997).

Le animamos a leer *Nosotros, los bautistas* y luego reunirse con un grupo de creyentes en Cristo para debatir los temas que aquí se exponen.

1

LOS BAUTISTAS: UNA COMUNIDAD MUNDIAL DE FE

Este capítulo intentará poner de relieve la manera en que los bautistas pasaron, de ser un puñado de creyentes perseguidos a ser una comunidad mundial, la cual es en la actualidad uno de los grupos protestantes más numerosos en el mundo. Este crecimiento debiera ayudarles a funcionar con mayor eficacia en el siglo veintiuno.

El nacimiento del movimiento bautista

Los comienzos de los bautistas se remontan a la Reforma Protestante del siglo XVI. Un grupo de reformadores, los anabautistas, algunos de los cuales se les llama menonitas, enseñaron muchos de los principios que los bautistas luego hicieron propios. Insistieron en que una iglesia genuina incluye solamente a aquellos que se han arrepentido de sus pecados y han sido bautizados como creyentes nacidos de nuevo por la fe en la obra de Cristo. Afirmaban que Cristo, y solamente Cristo, es Señor de la iglesia, que la Biblia es la máxima fuente de autoridad y que el hacer discípulos es el corazón de la Gran Comisión. En asuntos espirituales las iglesias están sujetas solamente a Cristo. Dios puso al Estado para el cuidado del bienestar físico de la sociedad, pero no le dio atribuciones para funcionar como guardián espiritual. No puede autorizar ni “establecer” una forma de culto determinada, ni prohibir alguna religión con la cual no simpatiza.

Como movimiento organizado, los bautistas tienen su origen en Inglaterra, después de un paso breve por Holanda, a comienzos del siglo XVII. Muchos en aquel entonces sentían que la Iglesia de Inglaterra, que había sido renovada durante la Reforma, no había avanzado lo suficiente en la eliminación de las prácticas de la Iglesia Católica Romana y en el desarrollo de una doctrina genuinamente evangélica. Estaba gobernada por obispos, y establecida como la iglesia oficial con el rey o la reina como su supremo gobernador aquí en la tierra. El principal grupo de disidentes, los puritanos, permanecieron dentro de la Iglesia Anglicana (otro nombre para la Iglesia de Inglaterra) y trabajaron a favor de mayores reformas.

Otros, llamados separatistas, salieron de la iglesia al no ver esperanzas de un verdadero cambio. Debido a que el monarca inglés perseguía a todo aquel que no se sometiera a las formas de culto determinadas por la iglesia, algunos separatistas abandonaron el país y buscaron refugio en Holanda, único lugar de Europa en que había tolerancia religiosa. Un grupo de separatistas oriundos de la zona de Gainsborough, liderados por John Smyth, un ex profesor de la Universidad de Cambridge, llegó a Amsterdam (Holanda) en 1608.

Frente a una variedad de opciones religiosas en su nuevo hogar, los seguidores de Smyth sintieron la necesidad de examinar cuidadosamente la Biblia. Llegaron a la conclusión de que el bautismo de infantes era contrario a las enseñanzas del Nuevo Testamento. El discipulado obediente exigía que la iglesia se formara a partir de la profesión personal de fe, seguida del bautismo. La aceptación del bautismo del creyente los separaba aún más de sus colegas separatistas, como así también de los anglicanos y de los

puritanos. En 1612 Smyth escribió una confesión de fe, en la que afirmaba que "solamente Cristo es el rey y el legislador de la iglesia y de la conciencia", abogando así, por primera vez en la historia de Inglaterra, por la libertad religiosa y la separación de iglesia y Estado.

Thomas Helwys, un gentilhomme agricultor que había ido a Holanda con Smyth, regresó a su patria en 1612 y fundó en Spitalfields, en las afueras de Londres, la primera iglesia bautista en suelo inglés. Poco tiempo después, publicó un libro titulado "A Short Declaration of the Mystery of Iniquity" (Declaración breve sobre el misterio de la iniquidad). Su libro ampliaba los conceptos de la declaración de Smyth, y afirmaba que el rey no tenía jurisdicción en cuestiones de religión, porque la religión de una persona era un asunto limitado exclusivamente al individuo y de Dios. Este principio de libertad se aplicaba a todos: católicos romanos, judíos, musulmanes y hasta los paganos. La enseñanza de Helwys se convirtió en una piedra fundamental de las creencias bautistas. Su osadía le costó cara, porque fue enviado a la Cárcel de Newgate, donde murió como el primer mártir bautista. Smyth murió en el exilio en Amsterdam en 1612.

Poco tiempo después, una variedad de iglesias bautistas había echado raíces en suelo inglés. Aquellas similares a la iglesia de Spitalfields recibieron el nombre de "bautistas generales" y aceptaron el concepto arminiano, según el cual Cristo murió por todas las personas. Los "bautistas particulares" se inclinaron a favor del punto de vista calvinista, de que él murió solo por aquellos que Dios había predestinado o elegido para ser salvos. En 1644 siete congregaciones de los bautistas particulares prepararon la Primera Confesión de Fe de Londres. Se trataba de una declaración moderadamente calvinista que suavizaba el énfasis en la

predestinación, destacando la salvación disponible en Cristo. Afirmaba que la inmersión era el procedimiento correcto para el bautismo del creyente. Una revisión efectuada dos años más tarde amplió los artículos relacionados con la libertad religiosa a la manera de Smyth y Helwys. La confesión de Londres y otras confesiones bautistas tempranas sustentaron también la doctrina de Dios como Trinidad, la necesidad del nuevo nacimiento espiritual y el requisito del bautismo para el ingreso como miembro a una congregación. Pero rechazaron la imputación de ser "anabautistas" (rebautizadores), porque consideraban que el bautismo infantil no era en absoluto un bautismo, y hablaban de sí mismos como de "creyentes en Cristo, bautizados." Antes del final del siglo, se los llamaba "bautistas".

De esta manera, para el final del siglo XVII, los distintivos bautistas básicos estaban firmemente establecidos. La iglesia es una comunidad de creyentes profesantes que encontraron nueva vida a través del arrepentimiento y la fe en Cristo. El bautismo del creyente es el acto de iniciación en la iglesia visible, y la inmersión es la forma en la que debe ser administrado. Los creyentes individuales tienen libertad de conciencia. Pueden estudiar las Escrituras por sí mismos, y seguir a Dios dondequiera que el Espíritu Santo los guíe. El Estado no tiene autoridad para ejercer influencia o control sobre la iglesia, dado que Cristo solo es su cabeza. Al mismo tiempo, cada bautista es libre de participar individualmente y en forma activa en la vida pública y, a través de los años, muchos de ellos así lo han hecho.

El movimiento se expande

Los historiadores bautistas a menudo utilizan la ilustración de Inglaterra como el lago en el cual cae la piedra, con ondas que se extienden primeramente dentro de Gran Bretaña, luego a Norteamérica y por último a todo el mundo. Este movimiento hacia fuera se produjo de dos maneras. Primera, los bautistas evangelizaron a la gente en sus propias zonas de influencia, y esas personas, a su vez, comunicaron el mensaje del evangelio a otros. Durante las décadas de 1640 y 1650, el período de la Guerra Civil Inglesa y el régimen de Oliverio Cromwell, los bautistas experimentaron un notable crecimiento. Varios clérigos anglicanos se unieron a sus filas, al mismo tiempo que el ejército de Cromwell contaba con numerosos bautistas. Soldados piadosos llevaron el mensaje a Escocia, Gales e Irlanda, y dejaron congregaciones formadas. Durante este siglo los bautistas también cruzaron el Atlántico y fundaron iglesias en las colonias norteamericanas.

El otro elemento en la expansión de los bautistas, el trabajo misionero transcultural, cobró importancia hacia finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, con la fundación de la Baptist Missionary Society (Sociedad Misionera Bautista) en Gran Bretaña (1792), y la Triennial Convention (Convención Triennial) en los EE.UU. de A, en 1814. No obstante, la evangelización directa de los bautistas entre la gente de su propio país, y su trabajo misionero en el extranjero [o “foráneo,” como se ha dado en llamarlo] se entrecruzaron de tal manera, que resulta difícil separarlos para los fines del debate. Una cosa sí es clara: La convicción de que los cristianos deben evangelizar es central en la fe bautista, y esto

hizo de la libertad religiosa un imperativo. Aquellos que reciben la predicación del evangelio deben ser libres para responder de la manera en que el Espíritu Santo los guíe. No deben sufrir coerción por parte de ningún agente humano, ya sea el Estado o una iglesia establecida.

El siglo XVIII fue un tiempo difícil para los bautistas ingleses. Algunos bautistas generales pusieron en tela de juicio la divinidad de Cristo, y se convirtieron en Unitarios. Como reacción a este liberalismo teológico, muchos bautistas particulares se volcaron al calvinismo extremo, poniendo tanto énfasis en la soberanía de Dios que ya no veían la necesidad de la evangelización. No obstante, a partir de la mitad del siglo, el Avivamiento Evangélico trajo nueva vida a las iglesias y el nacimiento del moderno movimiento misionero protestante. Andrew Fuller y William Carey lideraron la renovación y el esfuerzo misionero entre los bautistas particulares; se formó un nuevo grupo de bautistas generales, y Robert y James Haldane hicieron crecer la obra bautista en Escocia.

El siglo XIX fue testigo de un florecimiento de la obra bautista en las Islas Británicas. Se organizaron uniones bautistas en Gran Bretaña (1813), Gales (1866), Escocia (1869) e Irlanda (1895), que coordinaron el trabajo de las congregaciones individuales. En 1891 los bautistas generales y particulares se unieron, formando la Unión Bautista de Gran Bretaña e Irlanda. Los bautistas participaron en movimientos de reforma moral (abstinencia de alcohol y del juego por dinero, observancia del día domingo), como así también en cuestiones sociales (esclavitud en las colonias, la educación para todos, la pobreza urbana y el desempleo). Fundaron colegios para capacitar a los ministros y organizaron escuelas

dominicales para alcanzar a los jóvenes. Los grandes predicadores bautistas de la era victoriana --Charles Haddon Spurgeon, Alexander Maclaren, y John Clifford-- entre otros, inspiraron a las personas tanto localmente como en otros países. No obstante, hasta el presente se mantienen algunas diferencias entre los bautistas en temas tales como la membresía abierta, el ministerio de las mujeres, las relaciones ecuménicas y ciertas creencias teológicas.

Las primeras iglesias bautistas en Norteamérica se fundaron en las colonias de Nueva Inglaterra, hacia las cuales habían emigrado muchos puritanos. Poco después de su llegada a Boston, en 1631, el ministro puritano Roger Williams adoptó puntos de vista separatistas. Obligado a abandonar la bahía de Massachusetts, fundó la colonia de Providence (hoy Rhode Island) en 1636, caracterizada por una libertad absoluta en materia de religión. Dos años más tarde fue bautizado y formó la primera iglesia bautista en Norteamérica, pero permaneció solamente un breve tiempo como pastor bautista. Se lo recuerda principalmente por sus conmovedores escritos sobre la libertad religiosa.

Poco tiempo después, el doctor John Clarke partió de Boston para Rhode Island, donde se unió a Williams en la lucha por la libertad religiosa. Fundó una congregación de claro corte bautista en doctrina y forma de gobierno. En 1651 el bautista Obadiah Holmes fue azotado públicamente en Boston por participar con Clarke en una reunión casera de oración. En 1654, Henry Dunster, el segundo presidente del Colegio Harvard (hoy Universidad), perdió su puesto por hacer afirmaciones acerca del bautismo de los creyentes. En 1665 ya había una iglesia bautista en Boston. Sus miembros fueron perseguidos durante algunos años, pero

redactaron la primera confesión de fe bautista en las colonias norteamericanas.

En la década de 1690, existían congregaciones en Carolina del Sur y Pennsylvania. Asistidos por el entusiasmo generado por el primer Gran Despertar (el avivamiento que se extendió por las colonias a mediados del siglo XVII), los bautistas pronto crecieron numéricamente. Se formó la Asociación de Filadelfia en 1707, la de Charleston en 1751, y otras en Nueva Inglaterra, en las colonias centrales y en el Sur. En 1781 se organizó en Kentucky la primera iglesia al oeste de los montes Apalaches. Existían diversos grupos bautistas a mediados del siglo XVIII; los principales fueron los bautistas regulares, los generales o del “libre albedrío” (Free Will Baptists), los bautistas separados (con énfasis en el avivamiento), y los bautistas del séptimo día.

La lucha por la libertad religiosa

Aunque algunos bautistas tuvieron sus dudas acerca de la Guerra por la Independencia Norteamericana (1775-83), la mayoría la vio como una guerra por la libertad, lo que para ellos significaba libertad religiosa. Isaac Backus, quien originalmente fue un ministro congregacionista de la Nueva Luz, se convirtió como resultado del Gran Despertar y llegó a ser uno de los líderes del incipiente grupo de los bautistas separados. Escribió panfletos que criticaban los impuestos para fines religiosos y que defendían la libertad de conciencia. En 1774 la Warren Baptist Association, de Massachusetts, lo envió al Primer Congreso Continental a defender la propuesta para terminar con los grupos religiosos oficiales en los diferentes estados. Al producirse la Guerra por la Independencia

Norteamericana apoyó la causa estadounidense. Tal como dijera Backus más adelante, él y sus hermanos [en la fe] pelearon en dos frentes: contra las tropas británicas por la libertad civil, y contra los legisladores de Massachusetts por la libertad religiosa. En 1789 colaboró para asegurar la ratificación, por parte de su estado, de la Constitución de los Estados Unidos, pero la libertad religiosa no se alcanzó hasta 1833, cuando Massachusetts renunció a su religión oficial.

En la Virginia colonial, los bautistas frecuentemente fueron encarcelados por predicar, y ejercieron presión sobre la legislatura para lograr la libertad religiosa. Los infortunios de esta secta “hereje” eran ignorados totalmente, hasta que su apoyo a la Guerra por la Independencia Norteamericana y su pedido para enviar capellanes para los soldados ayudaron a cambiar el concepto que la gente tenía de ellos. También formaron una coalición con Thomas Jefferson, James Madison y otros que también deseaban desestabilizar a la Iglesia de Inglaterra (que para este tiempo se estaba transformando en la Iglesia Episcopal Protestante) su posición oficial, y lo lograron en el estado de Virginia por medio del Estatuto para el Establecimiento de la Libertad Religiosa (1786). Más tarde, los bautistas de Virginia, liderados por John Leland y otros, persuadieron a Madison para que incluyera una firme garantía de libertad religiosa en las enmiendas a la Constitución de los Estados Unidos, conocida como la Declaración de Derechos (Bill of Rights). En consecuencia, la Primera Enmienda comienza así: “El Congreso no legislará acerca del establecimiento de alguna religión, ni prohibirá el libre ejercicio de ella.”

Cuando Jefferson llegó a ser presidente de los Estados Unidos de América,

aclaró el significado de esta declaración en respuesta a un pedido de la Asociación Bautista de Danbury [Connecticut], la cual no había podido persuadir a los legisladores de su estado a poner fin a la posición oficial de la Iglesia Congregacionalista allí, y habían pedido al presidente que diera su opinión. En una carta (1802), Jefferson les respondió que la religión era un asunto entre el hombre y Dios, y que el gobierno no tenía poder para reglamentar esos temas. La Primera Enmienda erigió “una pared de separación entre la iglesia y el Estado”.

Muchos consideran este principio como la mayor contribución de esta joven nación a la civilización. Sin duda abrió el camino para un crecimiento sin paralelos de los bautistas en los Estados Unidos de América. En contraste con Gran Bretaña, donde los bautistas consumieron gran parte de sus energías combatiendo leyes discriminatorias que impedían su participación en la vida pública y exigían sostener económicamente las parroquias anglicanas, y a diferencia de otros países europeos en los que las iglesias oficiales perseguían a los bautistas, los norteamericanos no tuvieron impedimentos para responder al llamado de Dios para predicar el evangelio. La separación de iglesia y estado les permitió evangelizar con libertad.

El crecimiento de los bautistas en los Estados Unidos

Aunque los bautistas no contaban con una organización nacional, rápidamente se embarcaron en las misiones, comenzaron con la Massachusetts Baptist Missionary Society (Sociedad Misionera Bautista de Massachusetts), fundada en 1802, la cual puso todo su empeño en acompañar a los colonizadores que marchaban hacia el oeste y fundar iglesias entre ellos.

Pioneros tan destacados como John Mason Peck e Isaac McCoy trabajaron entre los pioneros en la frontera, en los valles de los ríos Ohio y Mississippi, y ministraron también a la población indígena.

La esperanza de un ente bautista nacional pareció plasmarse con la formación en Filadelfia, en 1814, de una sociedad para las misiones foráneas: la Convención General Misionera de la Denominación Bautista en los Estados Unidos para las Misiones Foráneas (General Missionary Convention of the Baptist Denomination in the United States for Foreign Missions), llamada la Convención Trienal, debido a que se reunía cada tres años. Luther Rice, quien había ido con Adoniram y Ana Judson a Birmania en 1812, regresó a su país para desarrollar un sistema de sostenimiento. La Convención Trienal comenzó a ocuparse de un nuevo desarrollo de las iglesias y las organizaciones educativas nacionales, así también como de las misiones foráneas, pero los métodos de Rice para recaudar fondos, y la fundación de sociedades que no respondían en forma directa a las congregaciones locales, generaron oposición. Este movimiento antimisionero y divisionista, caracterizado por un localismo tenaz y un fuerte sentido de predestinación calvinista, se convirtió en los bautistas antimisión, rígidos (Hardshell), o primitivos.

Para 1824, la Convención Trienal se había convertido en una sociedad con un solo propósito: el de promover la misiones foráneas. Otras sociedades voluntarias promovieron la distribución de folletos, las escuelas dominicales, y las misiones nacionales (domésticas), y se fundaron numerosos colegios bautistas en todo el país. Las iglesias locales y las asociaciones de iglesias comenzaron a organizar convenciones estatales, y

éstas proporcionaron otra clase de vínculo para favorecer las relaciones de las iglesias entre sí.

Sin embargo, los intereses sectarios con respecto a la esclavitud, condujeron a una brecha cada vez mayor entre los bautistas del Norte y los del Sur, y así se formó en 1845 la Convención Bautista del Sur (SBC), la primera organización bautista verdaderamente amplia en los Estados Unidos. Aunque reflejaba la descentralización característica de los bautistas, la SBC comenzó por asignar gran importancia al principio asociacional, en contraste con el enfoque de las sociedades voluntarias, y creó sus propias juntas sostenidas por las iglesias.

Durante el siglo XIX, el landmarkismo fue una fuerza disociadora en la SBC.

Este sistema de creencias enseñaba la existencia de una sucesión ininterrumpida de iglesias bautistas desde los tiempos del Nuevo Testamento, la absoluta independencia de las congregaciones locales, la comunión cerrada, la negación a reconocer el bautismo por inmersión realizado por no bautistas, y la oposición a los proyectos cooperativos, como las juntas de misiones o sociedades misioneras, por considerar que no eran bíblicas.

En el Norte y en el Oeste las sociedades voluntarias proporcionaron el vínculo entre los bautistas, y se organizaron convenciones estatales y asociaciones étnicas. La Sociedad Bautista General para Tratados (Baptist General Tract Society), fundada en 1824 y conocida luego como la Sociedad Bautista Americana de Publicaciones y Escuela Dominical (American Baptist Publication and Sunday School Society, ABPS), se dedicó al trabajo en el área de la educación. La Sociedad Bautista Americana de Misiones Locales (American Baptist Home Mission Society, ABHMS,

1832), trabajó entre los inmigrantes y los colonos de fronteras; después de la Guerra Civil (1861-65) entre los negros liberados en el Sur y los aborígenes en el Oeste. Después de la división en 1845, la Convención Trienal fue rebautizada como la Unión Bautista Misionera Americana (Baptist Missionary Union, ABMU) (después de 1910, la Sociedad Bautista Americana para las Misiones Foráneas [American Baptist Foreign Mission Society— ABFMS]), y funcionó como la principal agencia del Norte para el envío de misioneros.

También aportaron su sostén a esta empresa las sociedades de mujeres, como la Sociedad Bautista de Mujeres Americanas Para las Misiones Foráneas (Women's American Baptist Foreign Mission Society, 1871), lideradas por personas dinámicas como Lucy Peabody y Helen Barrett Montgomery, y la Unión Misionera de Mujeres (Woman's Missionary Union, 1888), una auxiliar de la SBC, inspirada por la valiente misionera a la China, Charlotte (Lottie) Diggs Moon y liderada por Annie Armstrong, cuya ofrenda anual de Navidad Lottie Moon ha recibido más de mil millones de dólares para las misiones.

En 1907 los líderes bautistas del Norte y del Oeste, al descubrir que las sociedades voluntarias no proporcionaban una adecuada base para la unidad, formaron la Convención Bautista del Norte (NBC). Las sociedades individuales se convirtieron en juntas, y la estructura de la Convención fue parecida a la de la SBC. La NBC ha participado en el movimiento ecuménico desde sus principios. Los bautistas sueco-americanos y germano-americanos se mantuvieron separados e independientes, y con el tiempo formaron sus propias denominaciones, la Conferencia General Bautista (Baptist General Conference) y la

Conferencia Bautista Norteamericana (North American Baptist Conference).

El surgimiento de la crítica bíblica y del liberalismo teológico provocaron profundas divisiones entre los bautistas a ambos lados del Atlántico. Charles H. Spurgeon, en Inglaterra, denunció que el liberalismo se estaba introduciendo en las iglesias, y la controversia Down Grade (Cuesta abajo), que él promovió, sacudió a la Unión Bautista e influenció a muchos bautistas en otros países también. En los Estados Unidos de América, tanto en el Norte como el Sur, las nuevas ideas, particularmente el concepto del “cristianismo social” abrazado por los profesores bautistas Walter Rauschenbusch y Shailer Mathews, provocaron disensión. Después de la Primera Guerra Mundial la controversia entre fundamentalistas y modernistas desestabilizó a la NBC, y muchos conservadores se separaron para formar la Asociación General de Iglesias Bautistas Regulares (General Association of Regular Baptist Churches) en 1932, y la Asociación de Bautistas Conservadores Americanos (Conservative Baptist Association of America) en 1947. Cismas parecidos ocurrieron en el Sur, liderados por J. Frank Norris y otros fundamentalistas, lo que resultó en la creación de las iglesias bautistas independientes y algunos grupos nuevos, entre los que se destaca el Compañerismo Internacional Bautista de la Biblia (Baptist Bible Fellowship International, 1950). Asimismo durante estos años se formaron dos denominaciones importantes dentro de la línea del Landmarkismo: la Asociación Bautista Americana (American Baptist Association, 1924) y la Asociación Bautista Misionera (Baptist Missionary Association, 1950).

Después de la Segunda Guerra Mundial la NBC se reestructuró primeramente como la Convención Bautista Americana (American Baptist Convention, 1950) y luego como las Iglesias Bautistas Americanas de EE. UU. de A. (American Baptist Churches U.S.A., ABC, 1972), y extendieron de una manera importante su ministerio a las minorías raciales. A través de la implementación de un programa misionero local eficaz, la SBC pasó de ser un organismo regional a ser uno nacional; y así se convirtió en la organización protestante más grande en Norteamérica. Aparte de estas diferentes convenciones bautistas, existieron también muchas iglesias bautistas independientes importantes, de orientación firmemente fundamentalista. Una controversia entre fundamentalistas y moderados afectó radicalmente la vida de la SBC en las décadas de 1980 y 1990, lo que resultó en la formación de nuevas organizaciones y en la reestructuración de la SBC.

En la actualidad, casi una cuarta parte de la población bautista en los EE.UU. de A. es de raza negra (afroamericanos). Sus iglesias se relacionaron íntimamente con la lucha generada por la transición de la esclavitud a la libertad, y son instituciones sociales que proporcionan identidad y apoyo a las personas de raza negra. Estas iglesias fueron las primeras instituciones, y durante mucho tiempo las únicas, que la gente de raza negra controló como suyas propias. Al principio, muchos esclavos se convirtieron a la fe cristiana y se unieron a las iglesias bautistas de sus amos, pero la primera iglesia bautista africana se organizó en Savannah, Georgia, en 1788. Para el año 1800 había diez iglesias negras en el Sur. En el Norte, los negros libres tuvieron mayores oportunidades para formar congregaciones, y en 1840 formaron una organización nacional,

que para 1865 integraba a cuarenta y ocho iglesias. Para el tiempo de la Guerra Civil había unas 205 iglesias negras, pero la mayoría de los negros todavía eran miembros de iglesias multirraciales controladas por blancos.

La formación de iglesias bautistas negras se incrementó notablemente en el Sur, después de 1865. Se formaron numerosas asociaciones y convenciones de estados, y en 1880 se organizó la Convención Bautista Misionera Foránea de los Estados Unidos de América (Baptist Foreign Missionary Convention of the USA) para promover la obra misionera en Africa. En 1895 esta convención se unió a otras dos agencias misioneras para formar la Convención Nacional Bautista de los EE. UU. de A. (National Baptist Convention, USA, Inc). No obstante, los cismas por razones no teológicas resultaron en la formación de otras cuatro convenciones bautistas negras: la Convención Bautista Lott Carey para las Misiones Foráneas (Lott Carey Baptist Foreign Mission Convention, USA, 1897), la Convención Nacional Bautista Estadounidense (National Baptist Convention of America, 1915), la Convención Nacional Bautista Progresiva (Progressive National Baptist Convention, Inc., 1961), y la Convención Nacional Bautista Misionera Estadounidense (National Missionary Baptist Convention of America, 1988).

En la actualidad, muchas iglesias negras están doblemente afiliadas con la ABC o SBC, y hacen que resulte difícil establecer con precisión cifras para su membresía. Los pastores bautistas negros desempeñaron también un papel protagónico en la lucha por los Derechos Civiles en las décadas de 1950 y 1960. Martin Luther King, Jr., un predicador bautista reconocido mundialmente como una de las personalidades más destacadas del siglo XX, fue uno de esos líderes.

La expansión hacia el exterior

Desde Gran Bretaña y los EE.UU. de A. el mensaje bautista llegó a las colonias de los asentamientos británicos, Europa continental, Asia, Africa y América Latina. Las primeras iglesias en Canadá se fundaron en Nova Scotia en la década de 1760, y el Gran Despertar en las provincias del Atlántico ayudó a extender las enseñanzas bautistas. También algunos bautistas se trasladaron hacia el norte, y formaron iglesias. Bautistas escoceses y misioneros estadounidenses fundaron iglesias en Ontario y en Quebec, pero a los pocos años los canadienses mismos estaban esparciendo el evangelio a través de su extenso territorio. El regionalismo, el trabajo misionero dentro de Canadá y la inmigración desde Europa hicieron su contribución a la complejidad del desarrollo de los bautistas canadienses. Con el correr de los años, se formó toda una red de denominaciones bautistas, de las cuales las más grandes son la Federación Bautista Canadiense (Canadian Baptist Federation, hoy Ministerios Bautistas Canadienses [Canadian Baptist Ministries]) y el Compañerismo de Iglesias Evangélicas Bautistas de Canadá (Fellowship of Evangelical Baptist Churches in Canada).

En la década de 1820, el gobierno británico en Sudáfrica llevó a los Colonos de Albany (Albany Settlers) al cabo Este, y las familias bautistas de entre ellos organizaron la primera iglesia en Grahamstown. Cuando en la década de 1850 las autoridades concedieron tierras a los inmigrantes alemanes, los bautistas de Alemania comenzaron algunas iglesias en esta comunidad. En 1877 los dos grupos formaron una Unión Bautista, y compartieron el evangelio con los indígenas y con la gente de habla

holandesa (*afrikaans*) y los pueblos nativos. Con el objeto de trabajar entre la población negra, la unión creó la Sociedad Misionera Bautista Sudafricana (South African Baptist Missionary Society), que en 1927 organizó una Iglesia Bautista Bantú separada y luego en 1966 la Convención Bautista de Sudáfrica (Baptist Convention of South Africa). Como consecuencia del ensanchamiento de la brecha por temas relacionados con la segregación (*apartheid*) y las diferencias culturales, la convención mayoritariamente compuesta por negros se independizó de la unión en 1987. Los esfuerzos tendientes a la reconciliación entre ambos organismos continúan avanzando.

Pasaron más de cuarenta años entre la llegada de los primeros británicos a Australia y la primera reunión bautista. En 1831 el escocés John McKeag comenzó un ministerio en Sydney, pero pronto se derrumbó. El desanimado remanente pidió a la Sociedad Misionera Bautista (Baptist Missionary Society) que enviara un obrero, y así fue que en 1834 llegó John Saunders. Bajo su liderazgo se organizó una iglesia y la imagen de los bautistas mejoró. En 1835 Henry Dowling inició la obra bautista en Hobart, Tasmania, en tanto que los primeros cultos se realizaron en Adelaide y en Melbourne en 1837. La primera congregación bautista en Queensland se formó en 1855 y en Australia Occidental en 1895.

Los bautistas de Australia enfrentaron grandes dificultades. Las enormes distancias hicieron difícil la coordinación. La vida bautista en las diferentes regiones se desarrolló de manera más o menos independiente, pero pronto los bautistas en cada estado formaron asociaciones o uniones para promover la capacitación ministerial, las misiones domésticas y en el exterior, organizaciones educacionales y obras de beneficencia. En 1926,

organizaron la Unión Bautista de Australia (Baptist Union of Australia). Aunque el establecimiento de una identidad australiana distintiva demostró ser difícil, la principal fuerza unificadora entre los bautistas ha sido el trabajo misionero en el exterior, con una proyección importante, especialmente en Papua Nueva Guinea.

Al igual que en Australia, la obra bautista en Nueva Zelanda comenzó lentamente, y se fundó la primera congregación en 1851. Tres décadas más tarde, 22 iglesias organizaron la Unión Bautista de Nueva Zelanda (Baptist Union of New Zealand) con el propósito de promover la unidad y el crecimiento de las iglesias. La Unión ha patrocinado las misiones en el extranjero, el evangelismo y la educación teológica. Lo destacado en la actualidad es el trabajo multicultural realizado entre los aborígenes maoríes, los inmigrantes asiáticos y los habitantes de las islas del Pacífico. Tanto los bautistas australianos como los neozelandeses son evangélicos conservadores en cuanto a su fe, pero no fundamentalistas, y muchas iglesias han adoptado estilos de adoración de tipo carismático.

En toda la extensión del continente europeo

La influencia de los británicos y de los estadounidenses ayudó a la expansión de los bautistas en Europa. Tanto el pietismo del siglo XVIII, que atrajo a muchas personas en el continente europeo, como el Despertar del siglo XIX, hicieron hincapié en una vida más personal, devocional y centrada en la Biblia. Como resultado, los evangelistas bautistas itinerantes fueron descubriendo o formando grupos de oración y estudio bíblico.

El evangelista continental más influyente fue Johann Gerhard Oncken. Nacido en Alemania, fue el aprendiz de un mercader escocés quien lo llevó a Gran

Bretaña, donde se convirtió al asistir a una iglesia metodista. Luego, la Sociedad Continental para la Difusión de los Conocimientos Religiosos (Continental Society for the Diffusion of Religious Knowledge) lo envió a Hamburgo, en Alemania, para que se ocupara de evangelizar y distribuir folletos. Insatisfecho con las condiciones de la iglesia luterana establecida, meditó en la idea de una iglesia formada únicamente por creyentes, y encontró que esto era bíblico. Oncken se relacionó con Barnas Sears, un profesor de teología de los bautistas del norte de los EE. UU. de A., quien estaba en Alemania haciendo uso de una licencia de estudios, el cual fue a Hamburgo, bautizó a Oncken y a otras seis personas en el río Elba en 1834, y lo ordenó pastor de una nueva iglesia bautista.

Oncken rápidamente estableció vínculos con la Convención Trienal, la cual lo designó su representante y le suministró fondos para sostener a otros obreros en Alemania. Recorrió incesantemente su país y otros lugares, y reunió a creyentes renacidos en congregaciones basadas en el bautismo de creyentes. Realizó también viajes a Inglaterra y los EE.UU. de A. en procura de fondos.

El concepto misionero de Oncken del sacerdocio de todos los creyentes toca profundamente a los bautistas europeos. Su famosa frase: “Cada bautista un misionero”, desafió a muchos jóvenes a seguir su ejemplo. Después que hubo ganado para Cristo a un importante número de artesanos capaces, éstos viajaron a través de Europa trabajando en sus oficios y extendiendo el evangelio. Pronto existieron varias congregaciones en Alemania y Dinamarca, y Oncken formó una unión bautista en 1849. También creó un instituto para la capacitación de evangelistas laicos, en

Hamburgo, el cual se convirtió luego en un seminario.

A medida que salían los evangelistas de Alemania, se formaron iglesias en Suiza, el Imperio Austrohúngaro, Polonia, Lituania, Letonia, Estonia, Rumania y Bulgaria. Aunque siempre bajo presión, las iglesias en estos países crecieron y sobrevivieron aun bajo el régimen dictatorial comunista. Los bautistas alemanes también crecieron vigorosamente, pero el régimen nazi (1933-45) los presionó para que se unieran con otras pequeñas organizaciones para formar la Unión de Iglesias Evangélicas Libres (Union of Evangelical Free Churches), que sigue siendo su denominación formal.

La influencia estadounidense fue importante en Suecia. Frederick O. Nilsson fue un marinero sueco que se convirtió a la fe evangélica en Nueva York y regresó a su país natal como un misionero de la Sociedad de Amigos de los Marineros (Seamen's Friend Society). En Göteborg, conoció a un marinero que lo ganó para la causa bautista. Nilsson fue bautizado por Oncken en Hamburgo y en 1848 formó la primera congregación bautista en Suecia. Nilsson bautizó a Anders Wiberg, quien fuera más adelante el gran líder bautista sueco. Después de ir a los EE.UU. de A. y trabajar para la ABPS, Wiberg regresó en 1855 con un sostén de la ABPS, pastoreó la iglesia bautista en Estocolmo y escribió la primera confesión de fe bautista sueca.

En Rusia y Ucrania, el gobierno zarista permitió que los evangelistas de habla alemana predicaran y formaran congregaciones entre los alemanes que se habían establecido allí; otorgaron el reconocimiento oficial a sus iglesias en 1879. Mantuvieron estrechos vínculos con Hamburgo; Oncken hasta llegó a visitarlos dos veces. Pero las autoridades consideraban a los rusos

étnicos, los ucranianos y los bielorrusos, como rusos de la Iglesia Ortodoxa, y prohibieron estrictamente que se convirtieran a otras confesiones.

A pesar de la oposición oficial se formó un movimiento evangélico en Ucrania, y en 1868-70 fueron bautizados los primeros ucranianos étnicos. En 1863, en Tiflis, Georgia (región del Cáucaso), un bautista alemán ganó para Cristo al mercader ruso Nikita Voronin, quien a su vez formó una congregación. El principal convertido de Voronin fue Vassily Pavlov, a quien bautizó y envió a Hamburgo para su capacitación y ordenación. A través del trabajo misionero de Pavlov, los bautistas crecieron numéricamente, a pesar de la persecución de que fueron objeto. Los movimientos en Ucrania y el Cáucaso se unieron en 1884, y formaron la Unión Bautista Rusa (Russian Baptist Union). Entre tanto, Ivan Prokhanov, un ingeniero de San Petersburgo, llegó a ser bautista y en 1908 fundó la Unión de Cristianos Evangélicos (Union of Evangelical Christians), pero las dos organizaciones no se llevaban bien entre sí.

El régimen soviético de la década de 1930 persiguió de tal manera a todas las iglesias, que los bautistas casi desaparecieron. Pero José Stalin, buscando el apoyo de ellos en la guerra contra la Alemania nazi, permitió que los sobrevivientes de ambas organizaciones se fusionaran en 1944 para formar la Unión de Cristianos Evangélicos y Bautistas (Union of Evangelical Christians-Baptists). La libertad que se les concedió fue muy limitada, y los bautistas se dividieron frente a la cuestión de si debían cooperar con el gobierno registrando sus iglesias. Desde el desmembramiento de la Unión Soviética en 1991, los bautistas en los diferentes países de la ex U.R.S.S. formaron uniones independientes y

están evangelizando vigorosamente.

A todo el mundo: El avance misionero

El mensaje bautista comenzó a trascender las fronteras de Gran Bretaña y de los EE.UU. de A. a partir de 1780. William Carey, un joven zapatero de Northamptonshire, en Inglaterra, fue bautizado en 1783 y llegó a ser un predicador autodidacto. Dueño de una gran inteligencia, tenía un deseo ardiente por evangelizar a los perdidos. En su *Investigación sobre la obligación de los cristianos de procurar la conversión de los paganos* (*An Enquiry into the Obligations of Christians to Use Means for Conversion of the Heathens*, 1792), exhortó a sus colegas ministros de los bautistas particulares a sostener una empresa de misiones foráneas. El mandato de Cristo de ir a todo el mundo es tan obligatorio como el de bautizar, y el programa para llevar esto a cabo es muy sencillo: orar, planificar, pagar. Su "sermón inmortal" sobre el tema "Espera grandes cosas de Dios; atrevete a grandes cosas para Dios," movió a sus oyentes a fundar la Sociedad Bautista Misionera (Baptist Missionary Society, BMS) en 1792. Al año siguiente Carey y John Thomas navegaron hacia la India.

En Serampore, cerca de Calcutta, Carey tradujo la Biblia, escribió gramáticas y diccionarios, montó una imprenta y fundó una escuela de capacitación. La BMS diseñó un sistema de procuración de fondos, despachó más misioneros a la India y extendió su trabajo a otros países.

La BMS se dedicó a trabajar en los estados de West Bengal y Bihar, y en Dehli, entretanto la Sociedad Misionera de los Bautistas Generales de Inglaterra (General Baptist Missionary Society de Inglaterra) comenzó su trabajo en

el estado de Orissa (1822). Ambas lucharon contra el sistema de castas. La misión de la BMS en Mizoram, en el nordeste (1903) vio un mayor número de conversiones. Desde 1970, más de la mitad de las iglesias integraron la Iglesia del Norte de la India (Church of North India).

Los misioneros de la Convención Trienal comenzaron a trabajar en Andhra Pradesh, con su población de habla telugu en 1836, y en la actualidad la Samavesam de Iglesias Bautistas Telugu tiene 475.000 miembros. También en 1836 misioneros de la Convención Trienal abrieron una misión en Assam, en el nordeste, y pronto se extendieron para entrar en Nagaland y Manipur. Crearon escritura para los idiomas tribales y establecieron escuelas. Los bautistas llegaron a ser muy numerosos en estos estados. En 1950 se formó el Consejo de Iglesias Bautistas del Nordeste de la India (Council of Baptist Churches of North East India), pero en la actualidad las cinco convenciones regionales están progresivamente cobrando importancia. En el nordeste hay unos 550.000 bautistas.

En 1874, los bautistas de Ontario y Quebec enviaron misioneros a la zona norteña de Andhra Pradesh y, como resultado, en la actualidad la Convención de Iglesias Bautistas de los Circars del Norte (Convention of Baptist Churches of the Northern Circars) cuenta con 126.000 miembros. Hoy hay más bautistas (alrededor de 1.700.000) en la India que en cualquier otro país después de los EE.UU. de A., y los bautistas son la denominación protestante más numerosa de la India.

La obra bautista en el Caribe comenzó antes del final del siglo XVIII. En las Bahamas la primera iglesia bautista surgió alrededor de la década de 1780, la BMS envió sus primeros misioneros en 1833 y se formó una

unión en 1892. El fundador de la obra bautista en Jamaica, George Leile, había sido un esclavo en los EE.UU. de A., quien luego de ser liberado fue a Kingston y en 1783 formó una iglesia bautista. La BMS envió su primer misionero en 1814 y otro, William Knibb, movilizó a los bautistas británicos en contra de la esclavitud y ayudó a persuadir al Parlamento a sancionar el Acta de Emancipación (Emancipation Act, 1833). Los jamaquinos formaron su propia agencia misionera. Esta, en cooperación con la BMS, envió misioneros al Africa en 1843, y formó la Unión Bautista de Jamaica (Jamaica Baptist Union) en 1849. La obra bautista en Haití, país de habla francesa, fue esporádica después de la formación de la primera iglesia en 1836, a pesar del trabajo de misioneros de la BMS y de la Sociedad Misionera Bautista de Jamaica (Jamaican Baptist Missionary Society). Pero después de la llegada de la ABFMS en 1923, hubo un gran crecimiento, y en 1964 se constituyó la Convención Bautista de Haití.

Los bautistas estadounidenses tenían mucho interés en la obra de Carey y dieron dinero para sostenerla. En 1810 seis estudiantes de teología, entre los que se encontraban Adoniram Judson y Luther Rice, pidieron a la asociación de la iglesia Congregacional en Massachusetts que los enviaran a Birmania. Esta asociación acordó formar la Junta Estadounidense de Comisionados para la Misiones Foráneas (American Board of Commissioners for Foreign Missions, ABCFM), que en 1812 designó a Judson y a su esposa Ana Hasseltine, a Rice y a otros tres. Durante el viaje a la India, Judson estudió el tema del bautismo de creyentes y se convenció de que era lo correcto. En Calcuta, los Judson y Rice fueron bautizados por inmersión y presentaron su renuncia a la

ABCFM. Judson fue a Birmania, donde él y Ana continuaron haciendo trabajo misionero de pioneros, bajo circunstancias sumamente difíciles. Rice regresó a casa a procurar financiación, con el resultado de que en 1814 se organizara la Convención Trienal. Esta agencia envió más misioneros a Birmania, y se produjo un notable crecimiento. En la actualidad el número de bautistas en Mianmar (ex Birmania) supera el medio millón.

La Sociedad Misionera Bautista Africana (African Baptist Missionary Society), que se formó en 1815 en Richmond, Virginia, como un organismo auxiliar de la Convención Trienal, designó en 1819 a Lott Carey y a Collin Teague para servir en Liberia, y ellos formaron en Richmond y llevaron a Monrovia la primera congregación bautista en el continente africano. Otras agencias misioneras proveyeron personal, y hoy hay alrededor de 60.000 bautistas liberianos.

La BMS se expandió al Africa en 1843, cuando Alfred Saker entró a Camerún. En 1879 estableció una estación en Angola y una en el Congo en 1880. Bajo el liderazgo del destacado misionero explorador George Grenfell, la BMS se estableció firmemente en la cuenca del Congo. Pronto llegó la ABFMS, y al cabo de unas pocas décadas existía una vigorosa comunidad. Los diferentes grupos bautistas en la República Democrática Independiente del Congo cuentan ahora con más de 750.000 miembros. En Camerún, a dónde primeramente los bautistas alemanes y luego la Sociedad Evangélica Misionera de París proveyeron misioneros, los bautistas superan actualmente los 180.000. En 1960 la BMS separó sus trabajos en Angola y en el Congo; actualmente existen unos 115.000 bautistas en Angola.

En 1846, la Junta de Misiones Foráneas (FMB) de la SBC eligió a la China como su primer campo misionero. Su primer misionero, J. Lewis Shuck, después de servir en Macao bajo la Convención Trienal, se mudó a Hong Kong en 1842, donde organizó la primera iglesia bautista en suelo chino; más tarde trabajó en Canton. Pronto siguieron misioneros eficaces como Roswell H. Graves y Matthew T. Yates. La SBC-FMB, la ABMU y la BMS, llevaron a cabo un amplio trabajo misionero en la China, hasta la llegada del régimen comunista en 1949. Tanto Hong Kong como Taiwán, se han convertido en centros de actividad misionera entre los chinos desarraigados.

Al estallar la Guerra Civil Norteamericana, la SBC-FMB estaba sosteniendo a 24 misioneros afroamericanos en Africa. Entre ellos estaba Thomas J. Bowen, quien no sólo comenzó la obra en Nigeria en 1850 sino que compiló también el primer diccionario en idioma yoruba. La causa bautista se vio estorbada por problemas internos y oposiciones tribales, pero ya para 1930 la unidad se había restablecido y se observaba un crecimiento sin precedentes. Se fundaron escuelas y hospitales, los cuales se convirtieron en eficaces herramientas para la evangelización. Hoy en día, la Convención Bautista de Nigeria informa de la existencia de un millón de miembros de iglesia.

Los bautistas rumanos provienen de una congregación alemana formada en Bucarest en 1863 y de una iglesia húngara constituida en Transilvania en 1875. En 1919 los bautistas rumanos formaron una unión. En el tiempo entre las dos guerras mundiales, recibieron ayuda de misioneros de la SBC-FMB. Sufrieron bajo el gobierno tanto antes como después de la Segunda Guerra Mundial y bajo el régimen comunista. En la actualidad

alcanzan unos 100.000, y están evangelizando activamente.

En 1864, en Monterrey, México, un colportor de la American Bible Society (Sociedad Bíblica Americana) formó la primera iglesia bautista. Tanto la ABHMS como la SBC-FMB enviaron numerosos misioneros, y en 1903 se organizó una Convención Bautista nacional. Pero la revolución política (1910-17) trajo represión. En la actualidad, el número de bautistas mexicanos es de 120.000.

La primera iglesia bautista en el Japón se constituyó en Yokohama, en 1873, como resultado del trabajo de misioneros de la ABMU. Misioneros de la SBC-FMB comenzaron a trabajar en la isla de Kyushu en 1892. Forzados a unirse a la Iglesia Unida de Cristo en Japón durante la Segunda Guerra Mundial, estos bautistas formaron luego organizaciones bautistas separadas. El crecimiento ha sido lento pero constante; no obstante, las catorce organizaciones bautistas informan de la existencia de poco menos de 50.000 miembros.

En 1881 la SBC-FMB envió a Brasil a William B. y Anne Bagby, a quienes se unieron, un año más tarde, Zachary y Kate Taylor. Estos matrimonios organizaron una iglesia en Salvador, Bahía, y poco después una iglesia en Río de Janeiro. William Bagby trabajó 58 años en el servicio misionero, y su esposa 61. Sus cinco hijos se dedicaron a la obra misionera, cuatro de ellos en Brasil. Estos pioneros, junto con Erik e Ida Nelson en el valle del Amazonas, dejaron fundamentos firmes. A medida que los convertidos formaban iglesias, las iglesias a su vez organizaban asociaciones y convenciones; por ejemplo, la Convención Bautista Brasileña, en 1907, con juntas similares a las de la SBC. Otras organizaciones bautistas en Gran Bretaña, los EE.UU. de A y Suecia

comenzaron trabajos misioneros en Brasil durante el siglo XX. Un evangelismo vigoroso, numerosas escuelas, trabajos de publicaciones, ministerios sociales, una estricta disciplina de iglesia y el sostén misionero local y en el extranjero caracterizaron a los bautistas en Brasil, que hoy están organizados en catorce organismos diferentes y suman alrededor de 1.200.000 miembros.

El pionero bautista en Argentina fue Pablo Besson, un ex ministro de la Iglesia Reformada nacido en Suiza, que hablaba francés y llegó a Argentina como misionero bautista en 1881. Organizó una iglesia en Buenos Aires y lideró en la lucha por la libertad religiosa. El primer misionero de la SBC-FMB, Sidney M. Sowell, llegó en 1903, y en 1908 se formó una convención. Los bautistas argentinos suman hoy unos 60.000.

La obra bautista en Corea, entre 1889 y 1949, no llevó el nombre “bautista”, y era interdenominacional y evangélica. Esta organización invitó a la SBC-FMB a que enviara misioneros, por lo que John y Jewell Abernathy llegaron en 1950. Confinada a Corea del Sur, la Convención Bautista Coreana, a pesar de un cisma temporario y con un fuerte énfasis en la oración, la educación teológica y la evangelización, ha crecido significativamente, y cuenta en la actualidad con unos 650.000 miembros.

Los bautistas de Malawi son el fruto del trabajo esforzado de Joseph Booth, un bautista inglés, quien después de llegar a Nyasaland en 1892, estableció misiones industriales y animó a la National Baptist Convention de los EE.UU. de A. y a los Bautistas del Séptimo Día en el mismo país a enviar misioneros. Hoy, las siete organizaciones bautistas cuentan con alrededor de 190.000 miembros.

La presencia de los bautistas en las Filipinas es posterior a la Guerra Española-

Norteamericana (1898). Eric Lund, un sueco que servía en la ABMU, abrió una misión en la isla de Panay en 1900. La Asociación de Bautistas para la Evangelización Mundial (Association of Baptists for World Evangelism) estableció una iglesia en Manila en 1928. Con el cierre de las fronteras chinas, la SBC-FMB comenzó a enviar misioneros en 1948, especialmente a Mindanao. Casi cada organización estadounidense que envía misioneros tiene ahora representantes en las Filipinas, y 19 organizaciones bautistas informan de la existencia de unos 315.000 miembros.

Otros países que hoy cuentan con importantes comunidades bautistas, tuvieron sus comienzos bautistas durante el siglo XX: Zambia, con la asistencia de misioneros sudafricanos, australianos y suecos libres, y luego por la SBC-FMB; la República de Africa Central, con las Baptist Mid-Missions y Örebro Mission (Suecia), como los organismos enviados de misioneros; Zimbabwe, cuyos misioneros fueron primeramente bautistas alemanes de Sudáfrica y luego misioneros de la SBC-FMB; Mozambique, con la ayuda de misioneros de Suecia y Portugal; Ruanda, ayudada por misioneros bautistas dinamarqueses y la CBFMS; Indonesia, donde misioneros de la SBC-FMB, que anteriormente habían estado en la China, abrieron una obra en 1951, aunque un alemán, Gottlob Bruckner, había hecho trabajo de pionero en el siglo XIX; y Kenia y Tanzania, donde misioneros de la SBC-FMB comenzaron a trabajar en 1956.

En casi todos estos países la vida de las iglesias bautistas está bajo liderazgo nacional, y los misioneros extranjeros trabajan en forma fraternal con las organizaciones bautistas cuyos líderes son nacionales. Durante el último cuarto del siglo XX las convenciones y uniones bautistas fuera de Gran

Bretaña y los EE.UU. de A. comenzaron a enviar sus propios misioneros al exterior. En la actualidad, unas 29 de estas uniones y convenciones están sosteniendo a por lo menos 1.042 misioneros al extranjero. Las organizaciones que más misioneros envían son la Convención Bautista Brasileña, con 445 misioneros, y la Convención Bautista de Corea, con 220.

La Alianza Bautista Mundial (BWA)

En casi todas partes del mundo hay presencia de organizaciones bautistas, y su número aumenta constantemente. Pero los bautistas necesitan conocerse mejor entre sí, animarse mutuamente en sus ministerios y misiones, y cooperar en la lucha por la libertad religiosa. Este es el propósito de la Alianza Bautista Mundial (BWA). Formada en 1905, tiene casi 200 organizaciones miembros en todo el mundo, y representan a más de tres cuartas partes de la totalidad de los bautistas. A través de sus comisiones, comités y grupos de trabajo, la BWA se ocupa de la evangelización, la ayuda en casos de desastres naturales, la asistencia para el desarrollo, el estudio y la investigación, la defensa de los derechos humanos y el compartir preocupaciones que también afectan a otros. Aun cuando conforman numerosas organizaciones étnicas, nacionales y denominacionales, los bautistas comparten un compromiso en común para con una fe bíblica, el señorío de Jesucristo y la libertad religiosa. Sin lugar a dudas los bautistas son una comunidad mundial, y la BWA existe para animarlos y ayudarlos en el cumplimiento de la misión de Cristo al mundo.

2

LO QUE CREEN LOS BAUTISTAS

Al terminar un siglo y comenzar un nuevo milenio, es razonable preguntarse: ¿Es en realidad importante lo que creen los bautistas? En muchas partes del mundo se están levantando profetas que anuncian el fin de las denominaciones tal como las conocemos. Pero los importantes avances en las relaciones entre denominaciones y las interesantes experiencias que trascienden las líneas divisorias tradicionales, no ponen en tela de juicio la importancia de conocer la historia bautista. La causa de la unidad de ninguna manera resulta favorecida por el desconocimiento de las verdades bíblicas distintivas de las diferentes denominaciones. Los temas relacionados con las verdades teológicas siempre son importantes. Conocer las creencias bautistas es, por un lado, reconocer aquello por lo cual algunos hijos de Dios estuvieron dispuestos a morir, y por otro, valorar lo que los bautistas aportan a las nuevas relaciones que se están dando entre las iglesias en la actualidad. Resulta también interesante, que haya tantas evidencias de que el punto de vista eclesiástico que sostienen los bautistas esté ganando aceptación.

Para los bautistas, entonces, entender sus creencias es hacer memoria de su particular combinación de énfasis en la fe y en la práctica, más que el pretender ser dueños exclusivos de alguna creencia en particular. Conocer nuestras creencias nos permite a los bautistas reafirmar lo que sostenemos junto con otros cristianos, y discernir aquello que distingue de manera particular nuestra manera de ser iglesia. La pregunta es importante porque nos ayuda a saber quiénes somos, nos lleva a recordar la riqueza de recursos que tenemos a nuestra disposición, nos brinda un punto de referencia en tiempos de rápidos cambios, y nos ayuda a pensar

en la contribución que podemos hacer a favor de la venida del reino de Dios en nuestros tiempos.

Lo importante es formularnos la pregunta con humildad y en un espíritu de apertura al futuro y a mayores descubrimientos. Al menos, los bautistas se han caracterizado por una manera de ser cristianos, de ser iglesia y de vivir en el mundo, que son significativas.

Una exposición de las creencias bautistas

Tal empresa resulta mucho más complicada de lo que uno se imaginaría al principio. No existe un cuerpo rector, como pudiera ser el Vaticano en el caso de la Iglesia Católica Romana, que defina lo que creen los bautistas. No existe una única formulación histórica de creencias —como los Treinta y Nueve Artículos Anglicanos de Fe o la Confesión de Augsburgo de los luteranos— que los bautistas hayan declarado públicamente en algún momento de la historia. No existe un protagonista histórico determinado, como Martín Lutero para los luteranos o Juan Calvino para las iglesias reformadas, cuya enseñanza otorgue a los bautistas un legado básico de creencias.

¿Cómo, entonces, puede alguien decir qué es lo que creen los bautistas? La respuesta surge de la historia y de la experiencia actual. El conocimiento de la herencia bautista, tal como la presentáramos al comienzo de este libro, nos permite comenzar a elaborar una respuesta a nuestra pregunta. Hubo determinadas personas y grupos que, en lo que significaron tiempos difíciles para los cristianos, buscaron ser fieles y obedientes a Cristo. Las iglesias que surgieron como resultado de ese esfuerzo valoraron por sobre todas las cosas la libertad de ser el pueblo de Dios. No dudaron en elaborar confesiones de fe que interpretaban y explicaban sus creencias, pero se negaron a conferir autoridad final a tales declaraciones. Más bien, las confesiones identificaban de manera auténtica las creencias bautistas para beneficio de quienes no eran bautistas, a la vez que servían de pautas internas para la comunión y la enseñanza. Estas confesiones históricas nos resultan de fundamental importancia en nuestra búsqueda,

pero también lo son las declaraciones contemporáneas emitidas por bautistas representativos, como son aquellas preparadas por la Comisión de Herencia Bautista de la Alianza Bautista Mundial (Baptist Heritage Commission of the Baptist World Alliance [BWA]) en 1989, o por la Federación Bautista Europea (European Baptist Federation) en 1993.

Esto quiere decir que es posible hacer un resumen de lo que los bautistas creen hoy, pero dado que la libertad es un postulado fundamental para todo verdadero bautista, no debemos sorprendernos ante la gran diversidad de puntos de vista entre los mismos bautistas, con respecto a los detalles de esas creencias. Las uniones y convenciones bautistas en diferentes países, estados y provincias, por lo general elaboran breves declaraciones de fe a manera de guía, para sus iglesias miembros y para otros cristianos interesados. Indudablemente, cada una de ellas pone de manifiesto diferencias, pero en los aspectos fundamentales de las creencias bautistas, como por ejemplo entre aquellos cuerpos que integran la BWA, existe una notable coincidencia con respecto a las “características bautistas.” Y por cierto, tales coincidencias a menudo son mayores en realidad que las que pueden encontrarse en el ámbito de denominaciones que sí tienen en común una figura de autoridad o un credo que es el símbolo de su fe.

Creencias compartidas con otros cristianos

Rememorar los orígenes históricos del movimiento bautista también nos permite formular algunas afirmaciones fundamentales con respecto a lo que creen los bautistas. En primer lugar, los bautistas comparten con todos los demás cristianos las creencias que constituyen los pilares fundamentales de su fe. Las mismas comienzan con la creencia en un Dios trino, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Este Dios eterno es el creador de todas las cosas. Los seres humanos, al ser tentados, cayeron en pecado y perdieron la comunión con Dios. Jesús es el Hijo de Dios, único y encarnado, que a la vez es totalmente hombre, quien murió por nuestros pecados, se levantó de la tumba al tercer día y subió al cielo, donde

intercede por los suyos. Aquellos que creen en él forman parte de su iglesia y son sellados por el Espíritu Santo para eterna salvación; un día Cristo mismo aparecerá en gloria para consumir la historia humana y manifestar en plenitud el reino de Dios.

De esta manera, los bautistas entienden que comparten las creencias de la iglesia cristiana de los primeros tiempos, tal como se encuentran en el Nuevo Testamento. Hacen propias también las enseñanzas centrales de los reformadores del siglo XVI, que se propusieron renovar la fe y la vida de la iglesia. De manera particular, siguen los pasos del ala más radical de la Reforma, que incluye a los anabautistas del continente europeo y de los puritanos y separatistas ingleses del siglo XVII. Todos ellos afirmaban que somos justificados por la gracia de Dios a través de la fe solamente, y que no hay ni sacerdote ni iglesia que pueda ser intermediario entre Dios y el creyente individual. Todos aceptaron las Escrituras como la autoridad final escrita para todo asunto de fe y práctica. Todos destacaron la importancia de la iglesia dentro de los propósitos de Dios. De una manera particular, los bautistas creían firmemente en la presencia del Cristo resucitado en medio de su pueblo del pacto para guiar sus vidas.

Distintivos bautistas

Al mismo tiempo que comparten con todos los protestantes su creencia en la autoridad de la Biblia, los bautistas han demostrado un firme compromiso para con la supremacía de esa autoridad superior al de cualquier credo o líder eclesiástico. Su coincidencia con los separatistas, en cuanto a que la membresía de una iglesia debía estar constituida únicamente por discípulos comprometidos, dentro de una relación de pacto, les llevó a una mayor insistencia en el bautismo como un acto exclusivo para creyentes, y que este bautismo ayudaba a salvaguardar la iglesia como una comunión exclusiva de creyentes. Esta fue su práctica más radical a los ojos de sus contemporáneos, y llevó a que los

relacionaran con los anabautistas (literalmente: rebautizadores) y que con el tiempo se los apodara “bautistas”. Para los bautistas, el bautismo del creyente ha sido una clara expresión de su fiel obediencia a las Escrituras y su determinación de ser “el pueblo libre, del Señor” en cada aspecto en que les sea revelado, sin importar cuál sea el costo.

Cuando afirmamos que los principios bautistas incluyen la suprema autoridad de la Biblia, la naturaleza de la iglesia como una comunión de creyentes, el bautismo reservado exclusivamente para los creyentes, y la total libertad religiosa, lo que queremos decir es que en algún momento los bautistas sintieron que una o más de estas verdades estaban siendo olvidadas o distorsionadas por la iglesia contemporánea. Al insistir en estas verdades, los bautistas se convertían en un movimiento separado. Entendían que sus conclusiones eran el resultado inevitable de los principios de la Reforma, especialmente la suprema autoridad de las Escrituras. Ninguna de estas doctrinas es exclusivamente bautista, pero a la vez ningún otro grupo ha mantenido la importancia de todos estos puntos de una manera tan particular.

El siguiente bosquejo de creencias bautistas tiene el propósito de ser una descripción de lo que, a partir de un acuerdo general, los bautistas *efectivamente creen*. De ninguna manera podría pretenderse hacer de ello algo que los bautistas *deberían creer*. En cada caso, los bautistas querrán ser fieles a lo que las Escrituras enseñan, aunque las diferencias de juicio o de interpretación frente a temas sobre los cuales las Escrituras no parecen hablar, inevitablemente generen algunas diferencias entre ellos. Siempre que sea posible señalaremos esas diferencias.

El reino de Dios

Una manera práctica de abordar el tema es la de comenzar dónde, según los Evangelios, comenzó Jesús, es decir, con la proclamación del reino de Dios (Mar. 1:15). Los bautistas comparten jubilosos el feliz reconocimiento de la soberanía del Dios vivo que vino a nosotros en la persona de Jesús. Al recibir esas buenas nuevas de Jesús, nacemos de nuevo y tenemos entrada a ese reino (Juan 3:5). Este evangelio es el centro de nuestra identidad y misión. La iglesia, como la comunidad de

fe, es una señal y testimonio de ese gobierno de la gracia de Dios que incluye cada aspecto de la vida, pero la iglesia nunca debe equipararse con el gobierno soberano. Los bautistas, al igual que todo el pueblo de Dios, son llamados fundamentalmente a ser fieles al reino de Dios, y a pagar el alto precio que demanda ser discípulos. Esto nos confiere una misión de reconciliación que alcanza a cada persona, cada nación, cada institución humana, y por cierto al orden creado.

Desde sus primeros tiempos, los bautistas prestaron atención a la manera en que este gobierno de Dios se expresa a través de la mediación de la presencia viva de Cristo en medio de su pueblo. El origen de la iglesia está en el evangelio cristiano, el cual la creó y a la vez la renueva en todos los tiempos. Este evangelio (“buenas nuevas”) del reino de Dios: tiene su centro en Jesucristo como Señor; se lo conoce a través de las Escrituras; y se hace efectivo a través del Espíritu Santo. Pensar en estas afirmaciones nos llevará a entender la doctrina bautista de la iglesia y su misión.

El señorío de Cristo

Todos los cristianos confiesan que Jesús es Señor (Rom. 10:9). Los bautistas insisten en que la vida y las estructuras de la iglesia deben reafirmar el señorío de Cristo. No debe permitirse que autoridad alguna, ya sea de iglesia o de Estado, distorsione esta verdad. Los bautistas siempre buscaron exaltar la sola y exclusiva autoridad de Jesucristo.

Algo digno de rescatar es el testimonio de Menno Simons, un destacado líder anabautista del siglo XVI. En una época de grandes cambios en el mundo cristiano, cuando literalmente cientos de sus amigos eran llevados a la muerte por su deseo de vivir como cristianos y formar iglesias según las enseñanzas que encontraban al leer la Biblia, Menno hizo del siguiente texto su lema, y el mismo apareció en todo lo que escribía: “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Cor. 3:11).

Los bautistas, también, afirman por sobre todas las cosas que Jesucristo, el Hijo viviente de Dios, conocido en las Escrituras y en la experiencia del pueblo de Dios a través de su Espíritu, es el centro de nuestra existencia como iglesia. El es la suprema autoridad para nuestra vida juntos.

La autoridad de las Escrituras

Los bautistas creen que la Biblia no sólo es el registro veraz de la revelación de Dios a nuestro mundo, sino también la suprema guía escrita para nuestra fe y práctica hoy. Debido a que nos conduce a Cristo Jesús la Palabra viva, hablamos de la Biblia como “la Palabra de Dios” y creemos que fue inspirada por el Espíritu de Dios. Los bautistas reflejan diferentes puntos de vista acerca de la manera en que la Biblia fue inspirada, pero todos la consideran totalmente suficiente; es decir, que toda enseñanza debe estar en armonía con las Escrituras, y que toda enseñanza ha de ser probada únicamente con las Escrituras.

Hay, por supuesto, diferencias con respecto a la interpretación. Aunque los bautistas aceptan ayuda de parte de quienes están capacitados para interpretar el lenguaje, la literatura y la cultura de la Biblia, y reconocen la guía que brindan los líderes responsables a la comunidad de los fieles, nadie puede interpretar dogmáticamente por otro. Los bautistas creen que la iglesia se renovará constantemente a medida que se escuchen las Escrituras, y también afirman, como declarara John Robinson, uno de los Padres Peregrinos, que “el Señor tenía aún más luz y verdad para darnos a través de su Santa Palabra” (“Parting Advice” [Consejos para la partida]). Debido a su creencia en la autoridad final escrita de las Escrituras, los bautistas por lo general no impusieron a los miembros de la iglesia ningún credo o declaración confesional. No obstante, las declaraciones confesionales sirven como testimonios de nuestras creencias, y a menudo funcionan como rectoras de esfuerzos en los cuales diferentes iglesias trabajan en cooperación.

La obra del Espíritu Santo

El mismo Espíritu Santo que inspiró las Escrituras guía en la actualidad a los creyentes al escuchar e interpretar la Palabra. El Espíritu Santo capacita a la iglesia para escuchar las Escrituras con una nueva frescura y así ser renovada en cada generación, a la vez que hace eficaz la proclamación del evangelio en la vida de cada creyente en forma personal. El Espíritu Santo nos convence de pecado y nos guía a través de la conversión, obrando en nosotros para producir una nueva persona que se conforme a la imagen de Cristo, y que produzca en nuestras vidas el fruto apropiado. Esta presencia del Espíritu es personal, pero nunca obra de manera individualista, porque el Espíritu reúne a los creyentes en la comunidad de la fe y dota al pueblo de Dios de dones espirituales (*charismata*) para su adoración y el cumplimiento de su misión. En la actualidad las congregaciones bautistas difieren entre sí en alguna medida, con respecto a la manera en que se manifiestan algunos dones espirituales y el uso que se hace de ellos, pero en general no se considera a determinados dones, como el hablar en lenguas, como la necesaria evidencia de conversión o de bautismo en el Espíritu.

La comunión de los creyentes

Los bautistas entienden que la iglesia está compuesta únicamente de creyentes; aquellos que han nacido de nuevo por el Espíritu de Dios y que tienen un compromiso de pacto con Dios y con los otros creyentes. Esta es una “iglesia reunida” o una “iglesia de creyentes,” cuyos miembros respondieron libremente al llamado de Dios a vivir y servir juntos. Tal como declarara el pionero bautista inglés Thomas Helwys, en 1611, “la iglesia de Cristo es un grupo de personas fieles, separadas del mundo por la Palabra y el Espíritu de Dios, que se mantienen en cercana relación con el Señor y entre ellos, a través del bautismo con base en su propia confesión de fe y [la confesión de] pecados” ([“A Declaration of Faith of English People” [Una declaración de fe del pueblo inglés”], art.10).

Los bautistas, por lo tanto, se oponen al individualismo extremo que considera a la iglesia como innecesaria. Llegamos a ser cristianos a través de una respuesta personal, pero al pertenecer a Cristo pertenecemos a su cuerpo. El intento moderno de tener una fe “privada” en Cristo, sin pertenecer a una iglesia, es ajeno al Nuevo Testamento. En la iglesia estamos ligados unos a otros en una común visión y compromiso, y este compañerismo se refleja en la comunión con Dios: Padre, Hijo, y Espíritu Santo, a la vez que comparte esa comunión.

Los bautistas sostienen que cada iglesia local tiene tanto la libertad como la responsabilidad de conducir su propia vida y misión. El compromiso surge de la creencia que el Cristo resucitado está plenamente presente dentro de la vida de la comunidad congregada (Mat. 18:20). Una iglesia local, reunida en lo que a menudo se denomina una “asamblea”, “reunión de negocios” o “reunión administrativa,” es responsable de descubrir los propósitos del Señor para ella. Esto incluye aspectos relacionados con la adoración, misión, designación de líderes, recepción de miembros y el compartir la visión. Sin duda, los líderes aportarán su guía, pero en una iglesia bautista es la congregación quien tiene la autoridad final, sujeta a Cristo, con respecto a la vida y la misión de la iglesia.

A veces se suscitan tensiones cuando personas individuales o un pequeño grupo de líderes intentan manipular la situación para imponer sus ideas, pero esta es una distorsión del punto de vista bautista, que insiste en que cada creyente debe buscar honestamente la expresión común del pensamiento de Cristo para la reunión. Para que la reunión administrativa funcione debe existir un compromiso de todos y cada uno, de conocer el pensamiento de Cristo tal como se revela por medio de las Escrituras, la oración y la sabiduría de los otros creyentes.

En ciertas ocasiones, este hincapié en la competencia espiritual de la iglesia local pudo haber conducido a un desmedido sentido de autonomía e independencia. Este es uno de los puntos en los cuales los bautistas alrededor del mundo efectivamente manifiestan algunas

diferencias. Para algunos la autonomía de la iglesia local es absoluta, a tal extremo que el papel de cualquier convención o asociación es mínimo, apenas a nivel de sugerencias, y existe para facilitar la concreción de proyectos en los cuales las iglesias pueden lograr más actuando juntas que separadamente. Otros bautistas quieren insistir en la necesidad de que las iglesias se asocien, de manera tal que cualquier definición de la iglesia que no contemple esta interdependencia sea inadecuada. Según este último punto de vista, la iglesia local necesita pertenecer a una asociación de iglesias, más amplia, que pueda reflejar más plenamente la naturaleza de la iglesia en su búsqueda de interpretar el pensamiento de Cristo.

De todas maneras, la mayoría de las iglesias bautistas manifiestan un profundo sentido de lealtad para con las iglesias hermanas, buscan su ayuda y su consejo, y cooperan en las misiones, la educación y los ministerios de servicio. En el marco de un espíritu cooperativo así, los bautistas son libres para organizarse de la manera que consideren más beneficiosa para cualquier tiempo determinado. Para la mayoría de los bautistas esta disposición para compartir se hace extensiva al compañerismo a través de convenciones o asociaciones bautistas regionales, estatales o nacionales y en la BWA, y para algunos también incluye participaciones ecuménicas locales y el formar parte de consejos de iglesias a nivel nacional e internacional.

Los bautistas no admiten como miembros de la iglesia a bebés o niños muy pequeños, porque entienden que el bautismo está reservado solamente para creyentes que se arrepienten y confiesan sus pecados. No obstante, no son negligentes con respecto a los niños. No consideran que la salvación de ninguna persona, incluyendo a los bebés, dependa del bautismo. A menudo, a través de una sencilla ceremonia de agradecimiento o dedicación, dan la bienvenida a los niños a la vida de adoración, enseñanza y cuidado que ofrece la iglesia. Se dedican a guiar y a enseñar el evangelio a los niños dentro de su comunidad, orando y confiando que en un tiempo apropiado (no oficialmente establecido por los bautistas), ellos lleguen a experimentar una fe personal, ser bautizados

y convertirse en miembros responsables de iglesia.

El bautismo del creyente, por inmersión

Los bautistas sostienen que el bautismo es únicamente para creyentes. Entienden que es una enseñanza del Nuevo Testamento. Es más, consideran que si la iglesia ha de estar conformada solamente por creyentes, el bautismo, como una manera de ingreso al cuerpo de Cristo, debe ser un acto realizado solamente por creyentes responsables.

Los bautistas también sostienen que el procedimiento correcto para el bautismo es la inmersión, y no la aspersion o el derramamiento de agua sobre la persona. El procedimiento no sólo parece haber sido usado en el Nuevo Testamento, sino que, lo que es más importante, guarda una estrecha relación con la enseñanza sobre la participación del creyente en la muerte, sepultura, y resurrección de Cristo a través del bautismo (Rom. 6:3, 4). El teólogo del siglo XX Karl Barth, que no era bautista, señaló en cierta oportunidad que el bautismo primitivo tenía el carácter de una amenaza directa a la vida --si uno permanece debajo del agua muere-- sucedida inmediatamente por la correspondiente liberación y preservación al ser levantado de las aguas del bautismo.

Teólogos y predicadores bautistas han dedicado mucho tiempo y esfuerzo para demostrar la verdad de estos dos puntos: el bautismo es por inmersión y es solamente para creyentes. Sin embargo, el bautismo es importante no solamente por la continuidad de nuestra identidad como denominación, sino porque constantemente nos llama a la vida del discípulo, al “vestirnos de Cristo” a través de un símbolo visible y lleno de significado.

Por lo general, el significado del bautismo para los bautistas incluye lo siguiente:

1. Significa el perdón del pecado. Por un lado por el uso de agua, que lava el cuerpo; y por otro por el vínculo directo con la muerte de Cristo.
2. Significa la muerte a la vieja vida de pecado y la resurrección a la novedad de vida que resulta de la fe en Cristo.

3. Significa el ingreso a la membresía de la iglesia, el cuerpo de Cristo.
4. Es la confesión del creyente, de su fe en Cristo y de un deseo de obedecer cada mandato del Señor.
5. Es una presentación impactante de los hechos fundamentales del evangelio: la muerte y resurrección de nuestro Señor. Por más que hayamos mejorado los aspectos de la administración con agua caliente, azulejos, luces y toallas, la inmersión, como un acto de humillación, nos recuerda de la ofensa de la cruz y de la manera en que se opone a nuestros deseos naturales.
6. Está ligado, en las Escrituras y en la experiencia cristiana, con el don del Espíritu Santo.
7. Simboliza nuestra fe en el poder de Dios para levantarnos de la tumba en la resurrección final, en la consumación de los siglos.

El bautismo es a la vez un acto humano (es decir, de confesión y dedicación) y un momento para la actividad divina (es decir, cuando Dios se encuentra libremente con nosotros con su bendición llena de gracia). Ambas dimensiones están incluidas, aunque los bautistas difieren con respecto al hincapié que hacen en cada aspecto. Con toda claridad, ninguna persona debe presentarse al bautismo si no hubo una actividad previa de Dios. El candidato al bautismo está allí simplemente porque Dios le habló e hizo despertar la fe en su corazón.

El bautismo debe verse como una parte de la experiencia total de conversión-bautismo-membresía de la iglesia. Las etapas de esta experiencia pueden estar separadas por un tiempo breve o prolongado. Pero en la experiencia total, hay tres aspectos que son fundamentales: la actividad de Dios, llena de gracia; la respuesta en fe; y luego la profesión de esta fe. En efecto el bautismo no es necesario para la salvación; esta es por pura gracia a través de la fe. Pero el bautismo en el Nuevo Testamento está siempre acompañado por fe, y es una parte de esa experiencia total que conduce, de la vida de pecado y a través del encuentro personal con Cristo, a la comunión de la iglesia.

La membresía de iglesia

En los días del Nuevo Testamento, el bautismo estaba relacionado de manera muy cercana con la admisión al seno de la comunidad cristiana. Ser bautizado y no formar parte de una iglesia local era algo que no se concebía. Hoy en día hay personas que son bautizadas y que nunca llegan a ser miembros de una iglesia cristiana. Tal práctica es contraria a las enseñanzas del Nuevo Testamento y a las prácticas bautistas. Por cierto muchas iglesias, después de haber instruido al creyente, en un acto realizan su bautismo como parte de un culto de adoración y lo reciben como miembro al momento de participar de los símbolos de la cena del Señor.

La mayoría de las iglesias bautistas exigen que todo aquel que se ha de unir a ellas haya sido primeramente bautizado por inmersión, siendo creyente. Esto se denomina “membresía cerrada”. Otras iglesias bautistas reconocen lo doloroso de las divisiones dentro del cristianismo en la actualidad, y aceptan como miembros a quienes han sido aceptados como miembros en otra iglesia a través de alguna otra forma de bautismo. Este podría ser el bautismo como creyente pero no por inmersión, o el bautismo como infante seguido de una confesión pública de fe al momento de la confirmación. Algunas hasta reciben a nuevos miembros simplemente con base en una confesión de fe, sin bautismo. Estas son formas de “membresía abierta”.

Más allá de las consideraciones prácticas de cada caso, los bautistas creen que para entender verdaderamente la naturaleza de la fe, la iglesia y el discipulado, se hace imprescindible un retorno a la práctica neotestamentaria del bautismo de creyentes por inmersión. Las responsabilidades del miembro de iglesia incluyen la participación en los cultos públicos de adoración, la oración, las reuniones administrativas y la participación en la vida evangelizadora, educativa y de servicio de la iglesia. La mayordomía, o sea el concepto de que todo lo que somos y tenemos es algo que Dios nos ha confiado, guía al miembro de iglesia a sostener las finanzas de la misma de manera sistemática. Es fundamental, por supuesto, que todos los miembros sirvan a Dios en sus trabajos o profesiones diarias y en la totalidad de su manera de vivir.

En las primeras iglesias bautistas, la responsabilidad de los miembros unos para con otros se expresaba a través de la firma de un pacto de iglesia, a través del cual los miembros pactaban con Dios y con los demás, “andar juntos en los caminos de Dios, aquellos ya manifestados y los que él manifieste”. Aun cuando en la actualidad los pactos

firmados no son la práctica corriente, el concepto de la iglesia como una comunidad de pacto permanece como una práctica de vida para la congregación, al ministrarse los miembros unos a otros a través del peregrinaje por esta vida.

El sacerdocio de todos los creyentes

La iglesia es un compañerismo de creyentes. Cada miembro tiene una relación personal con la Cabeza de la iglesia. En consecuencia, no existen jerarquías entre los cristianos. Cada creyente está llamado a llevar a cabo el ministerio de la iglesia. Los bautistas asignaron gran importancia a la expresión, “el sacerdocio del creyente”, aunque en algunos casos esta frase ha sido mal entendida y erróneamente aplicada.

Llama poderosamente la atención que de las diferentes referencias al sacerdocio en el Antiguo Testamento, las únicas que rescatan los escritores del Nuevo Testamento para aplicarlas a la iglesia son aquellas en las que se describe a toda la nación de Israel como un pueblo de sacerdotes (ver Exo. 19:6; Isa. 61:6). En el Nuevo Testamento los sacerdotes son el conjunto, el total del pueblo de Dios; no hay familias ni grupos de sacerdotes (ver 1 Ped. 2:5, 9; Apoc. 1:6; 5:10; 20:6). En su sacerdocio, la iglesia cumple dos funciones básicas: se presenta ante Dios de parte de la humanidad, y ante la humanidad de parte de Dios. Tiene una función de adoración y de testimonio. La declaración de la BWA sobre identidad bautista (1989) señalaba: “Los bautistas han sido siempre un pueblo de oración, tanto en la oración corporativa como en la enseñanza de un modelo de espiritualidad individual que hace necesario que cada miembro lleve una vida regular de estudio bíblico y oración.”

El sacerdocio de todos los creyentes incluye también lo que podría llamarse “el ministerio profético de todos los creyentes.” El acto de anunciar o proclamar el evangelio es una función ineludible del sacerdocio (1 Ped. 2:9). Por lo tanto, todos los creyentes deben participar en esta vida de adoración y testimonio de la iglesia.

El ministerio

Cada cristiano es parte del ministerio de la iglesia. Cuando una persona se convierte y se une a la iglesia local se transforma en un ministro o siervo de Dios. No existe el concepto de laicos y clero en el sentido del uso popular de estos términos. La

iglesia está formada por personas y en su conjunto es el ministro de Dios. Dondequiera que vayan las personas, allí va la iglesia.

Pero decir que todos son iguales en la vida de la iglesia, o que todos los miembros de la iglesia son ministros del evangelio, no significa que todos tengan la misma función dentro de la iglesia. Los primeros bautistas insistían en que una iglesia local solamente era una iglesia completa una vez que había designado sus líderes espirituales necesarios. Estos eran: el pastor, a veces conocido como el anciano o el obispo, y los diáconos. Los ministros especializados son un don del Cristo ascendido a su iglesia (Ef. 4:11-13). A fin de reforzar esta verdad, los primeros bautistas ordenaban tanto a los pastores como a los diáconos. Esto se hacía con el objeto de expresar claramente que tales personas habían sido apartadas para desempeñar tareas especiales. Ninguno era ordenado de manera improvisada. De una manera visible la iglesia expresaba solemnemente su convencimiento de que estas personas habían recibido con anterioridad un llamado personal de parte de Dios.

En la actualidad, las iglesias bautistas apartan tanto pastores como diáconos para determinados servicios, aunque estas funciones pueden recibir diferentes nombres. En algunas congregaciones urbanas muy numerosas hay otras personas que colaboran de manera muy cercana con el pastor en su ministerio. Algunas iglesias designan también ancianos que cooperan con el pastor. Muchas iglesias usan el término “ordenación” para referirse al acto de apartar ancianos y diáconos para el servicio, aunque el alcance y propósito de esta ordenación es diferente de la de los pastores. En la mayoría de las iglesias bautistas actuales, los diáconos ayudan en el liderazgo espiritual de la iglesia y también en el cuidado de los aspectos materiales de la vida de la iglesia.

La gran mayoría de las iglesias bautistas invitan a hombres para ser sus pastores. En la actualidad algunas congregaciones reconocen el llamado al ministerio pastoral tanto de hombres como de mujeres. Del mismo modo hay diferencias entre las iglesias bautistas con respecto a si los diáconos han de ser solamente hombres, o si serán hombres y mujeres. Estas diferencias reflejan diferentes interpretaciones de las Escrituras. A los pastores se los reconoce como predicadores de la Palabra de Dios y líderes de la congregación en su adoración. La mayoría de las congregaciones ordenan a sus pastores por imposición de manos. En algunas uniones y convenciones esto tiene como condición previa el completamiento de ciertos niveles de educación teológica.

Aunque una iglesia local tiene la plena libertad de invitar a cualquier persona a ocupar el ministerio pastoral, algunas organizaciones bautistas solamente reconocen a aquellos ministros cuyos dones y llamamiento hayan sido reconocidos por un cuerpo representativo de un grupo más amplio de iglesias.

El pastor ejerce un liderazgo espiritual, el de un siervo de la iglesia, y busca ayudar a la congregación a descubrir y a ejercitar la variedad de los dones que hay en la vida de la iglesia. La edificación de la congregación local en conocimiento y servicio es una de las tareas principales del pastor. No se trata de que el pastor, por ejemplo, tenga que ser el único evangelizador, sino que los miembros de la iglesia funcionen de manera permanente en el mundo, mientras el pastor se ocupa de capacitarlos para su tarea y testimonio (Ef. 4:12).

La cena del Señor

Un aspecto importante de la adoración cristiana es la cena del Señor o Comunión. Un reducido número de bautistas celebran la cena del Señor todos los domingos, entendiendo que es una parte integral del modelo normal de adoración. Otros, participan de la cena del Señor una o dos veces por mes, o trimestralmente. La mayoría coincide en que cada vez que se celebra debe ser como parte de un plan regular, y al mismo tiempo considerarse como un componente vital del acto de adoración como un todo.

Para los bautistas, la cena del Señor es una experiencia congregacional; los diáconos participan en la distribución de los elementos, que a menudo un miembro va pasando al otro. A medida que un miembro pasa a otro miembro el pan y la copa se le recuerda que la cena del Señor es una comida comunitaria de la familia de Dios, a la vez que un acto corporativo de la iglesia. No tiene el propósito de ser una comunión privada. Únicamente los creyentes pueden participar debidamente de la cena del Señor. Algunos bautistas invitan con beneplácito a creyentes de otras denominaciones a participar de los símbolos de la cena del Señor (comunión abierta). Otras iglesias bautistas limitan tal participación a aquellos que han sido bautizados por inmersión a partir de su confesión de fe, y otras, exclusivamente a los miembros de la congregación que celebra la ordenanza (comunión cerrada).

El significado de la cena del Señor se desprende del Nuevo Testamento. Es un

acto de recordación, debido a que el partimiento del pan y el llenado de la copa ayudan al creyente a recordar el significado de la muerte de Cristo. Es un acto de comunión, porque se reúnen en la presencia viva del Cristo que les ordenó hacer esto y que une a su pueblo. Es un acto de agradecimiento, al hacer memoria de todo lo que significan su muerte y su continua presencia. Es un acto de esperanza, ya que este acto se continuará celebrando “hasta que él venga”.

Los bautistas creen que, debido a que Cristo está verdaderamente presente entre su pueblo, él los ministra de una manera especial en el culto de celebración de la cena del Señor. Pero han sido reticentes para definir con mayor precisión la bendición de esta cena conmemorativa. La bendición no es automática y no está limitada en un sentido físico a los elementos. No obstante, el creyente obediente, humilde y expectante, es bendecido por el encuentro con Cristo y su pueblo en la mesa del Señor.

Libertad religiosa

La pasión de los bautistas por la total libertad religiosa es el aspecto central de su identidad. Los seguidores de John Smyth expresaron:

Que el magistrado no debe, en virtud de su oficio, meterse en asuntos de religión o cuestiones de conciencia, o forzar a los hombres a tal o cual forma de religión o doctrina: sino que debe dejar a la religión cristiana en total libertad, a la conciencia de todo hombre, y tratar únicamente transgresiones civiles (Rom. 13), lesiones y perjuicios que los hombres cometen contra los hombres en homicidios, adulterio, robo, etc., porque únicamente Cristo es el rey, y el dador de la ley para las iglesia y para la conciencia (Stg. 4:12) (“Propositions and Conclusions,” [“Propuestas y Conclusiones”], art. 84).

Thomas Helwys, Roger Williams, Isaac Backus, John Leland, J. G. Oncken, William Knibb, Pablo Besson y otros bautistas abogaron por la libertad religiosa. Sobre el fundamento de la soberanía de Dios, que ningún ser humano puede asumir, los bautistas siempre reclamaron la plena libertad de religión, no sólo para sí mismos sino para los demás, cualquiera sea su religión. El principio de la libertad religiosa es, por cierto, la piedra angular de todos los derechos humanos. Los bautistas británicos

resistieron toda intromisión de parte del gobierno fundamentándose en los "Derechos de la Corona del Redentor" ["Crown Rights of the Redeemer"].

La Convención Bautista del Sur (SBC), en el artículo 17 de su Declaración de Fe y Mensaje Bautista de 1963 [1963 Baptist Faith and Message Statement], proclamó:

Solamente Dios es Señor de la conciencia, y la ha dejado libre de las doctrinas y mandamientos de los hombres que son contrarias a su Palabra o que no están contenidas en ella. Iglesia y Estado deben estar separados. El Estado debe a cada iglesia protección y plena libertad en la persecución de sus fines espirituales. Al asegurar tal libertad, ninguna denominación o grupo eclesiástico debe ser mas favorecido que otros por el gobierno... Una iglesia libre en un estado libre es el ideal cristiano...

Pero la libertad religiosa debe diferenciarse de otras libertades. La libertad religiosa es una libertad civil, una libertad de toda imposición y coerción por parte de la iglesia nacional o de Estado, en materia de fe y práctica religiosa. Muy diferente es la libertad cristiana que resulta de la obra salvadora de Cristo. Sin embargo, esta última no debe tomarse como que significa que cualquier persona es libre de creer y actuar con total menosprecio de la ortodoxia y los principios morales cristianos. La auténtica libertad cristiana debe ir de la mano de la responsabilidad. La disciplina de la iglesia era uno de los aspectos destacados de la vida bautista en sus primeros tiempos. Al mismo tiempo, los bautistas afirman la necesidad de preservar la libertad de conciencia y en consecuencia aceptar algunas diferencias entre ellos.

La misión de Cristo a las naciones

Volvemos ahora a nuestro punto de partida, destacando el concepto del reino de Dios. Los bautistas creen que cada creyente en Cristo, y cada iglesia, tienen la seria obligación de obedecer la Gran Comisión de Jesucristo (Mat. 28:18-20 y pasajes paralelos) procurando hacer discípulos de todas las personas y enseñándoles todo lo que Jesús ordenó. La evangelización personal debiera ser una de las mayores pasiones del

pueblo bautista. Establecer iglesias en medio de todos los grupos humanos en todo el mundo es una de las metas de la evangelización. El trabajo en favor de la justicia, la reconciliación y la paz es una parte fundamental de la misión de los bautistas.

Con el advenimiento del siglo XXI los bautistas se unen a todos los cristianos dispuestos a trabajar con el mismo fervor por el cumplimiento de la Gran Comisión, teniendo presentes las palabras de Jesús: “Y este evangelio del reino será predicado en todo el mundo para testimonio a todas las razas, y luego vendrá el fin” (Mat. 24:14). Juntos, mientras trabajamos en el poder del Espíritu Santo, esperamos anhelantes la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo, la resurrección de los muertos, la consumación de todas las cosas y el reino eterno de Dios.

3

LA MANERA EN QUE LOS BAUTISTAS TOMAN DECISIONES MORALES

En 1905, al formarse la Alianza Bautista Mundial (BWA), el presidente les pidió a todos los presentes que se pusieran de pie y que, como su primera acción juntos, recitaran el Credo de los Apóstoles. A primera vista, se trataba de un hecho poco habitual, debido a que los bautistas no usan los credos de la misma manera en que lo hacen otros cristianos. En este acto, el presidente estaba convocando a los representantes a demostrar y afirmar que los bautistas forman parte de la continuidad de la iglesia histórica.

En otras palabras, los bautistas no son una secta cualquiera, con sus ideas propias acerca de Dios. Somos cristianos ortodoxos. A pesar de que los bautistas tenemos conceptos del evangelio y de la vida en Cristo que nos caracterizan, formamos parte de la gran tradición de la iglesia cristiana, edificada sobre el único fundamento (1 Cor. 3:11; Ef. 2:20), y que cree y proclama la fe “que una vez fue entregada a los santos” (Jud. 3).

En primer lugar, con respecto a Dios

En consecuencia, los bautistas creemos en Dios, Creador del cielo y de la tierra (Gén. 1). Creemos en Dios el Creador de todos los seres humanos, hombres y mujeres, hechos a la imagen de Dios, responsables ante Dios por sus actos (Gén. 1:27). Creemos que Dios tiene una voluntad y un camino que los seres humanos deben obedecer, y que en esa voluntad está nuestra paz y nuestra libertad. Por amor a nosotros Dios le da instrucciones a la humanidad, y junto con ellas la libertad para obedecer o desobedecer (Deut. 30:15-20).

Tal libertad y responsabilidad son reales porque, efectivamente, parte de la triste historia de nuestra humanidad incluye una obstinada renuencia a confiar en Dios, de

modo tal que a causa de la incredulidad desobedecemos las leyes de Dios, y caemos del supremo llamamiento del Creador. Esta desobediencia es real, y tiene serias consecuencias. Pone de relieve la realidad de que somos seres con poder moral y capacidad de elegir, tanto lo bueno como lo malo. No obstante, nuestra vida está delante de Dios. Cuando tenemos un concepto apropiado de nosotros mismos, sabemos que somos criaturas dependientes, mayordomos y no dueños, responsables ante Dios por nuestros actos. Creer y actuar de otra manera es pecado, y esa es una condición mucho más seria de lo que las personas por lo general están dispuestas a reconocer.

A modo de ejemplo, consideremos el hecho real de que a menudo hablamos y actuamos como si la creación fuese nuestra, y que podemos hacer con ella lo que nos da la gana. En esta arrogancia contaminamos y destruimos lo que Dios dio, solamente para acarrear mayor destrucción. Los bautistas entienden que la amenaza al equilibrio ecológico tiene sus raíces en la indiferencia para con la verdad de Dios. Nuestro pecado es serio. Nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos cosecharán las consecuencias.

Pero también creemos en Dios nuestro Salvador. Creemos que Dios amó tanto al mundo que envió a su único Hijo para vivir y morir para salvarnos de las consecuencias de nuestra desobediencia pecaminosa (Juan 3:16). Jesús es el Hijo de Dios, la plena expresión de el amor que Dios nos tiene y de su deseo de salvarnos (Rom. 5:6-11; 2 Cor. 5:19). Jesús vino a proclamar el reino de Dios, a llamar a las personas para que se arrepintieran y creyeran en las buenas nuevas (Mar. 1:15). En su ministerio de enseñanza, sanidades y exorcismos demostró el poder, el amor, el deseo y la voluntad de Dios (Luc. 4:18, 19). Desafió las malas elecciones de las personas y los conceptos erróneos que tenían con respecto a la voluntad de Dios. Esto le ganó enemigos; y tal es el grado de la libertad y el pecado humanos que conspiraron contra él y le dieron muerte. Sin embargo, la verdad que subyace es que no fue en realidad que la gente le quitó la vida, sino que él mismo la entregó en un amor que llega al sacrificio (Juan 10:18). La cruz de Jesús se convierte en el lugar en que todo el pecado y la desobediencia del mundo se hacen patentes, y donde el amor y la voluntad eterna de Dios por salvar hallan su más plena expresión. ¿Cuál fue el resultado?

¡El domingo de Pascua fue el acontecimiento siguiente! Dios levantó a Jesús de entre los muertos. Esa fue una victoria no sólo sobre la muerte misma, sino sobre todo lo que la muerte representa, todo el pecado que culmina con nuestra muerte y separación

de Dios a causa de nuestra propia elección. Pero Dios sigue siendo Dios, y tiene la última y definitiva palabra. La resurrección de Jesús significa que todo debe verse de manera diferente ahora, debe verse a la luz de Dios. Dios rompió el ciclo del pecado. Significa, más allá de toda duda, que es a Jesús a quien debemos obediencia absoluta. Él es el único a quien se le ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra (Mat. 28:18). ¡Él es Señor (Hech. 2:36)! La última y definitiva palabra en todos los asuntos de la humanidad es Jesucristo, la palabra viva, el Hijo de Dios, el Salvador. En el análisis final, él es quien ha de ser honrado, alabado y obedecido (Fil. 2:9-11; Apoc. 21:6).

Los bautistas, juntos con otros cristianos, reconocemos la autoridad de Jesucristo. El lugar central de nuestro bautismo lo ocupa la confesión: ¡Jesucristo es el Señor! Pero entendemos que llegamos a esta confesión por la obra del Espíritu Santo. Creemos que el Espíritu Santo es Dios en acción, creando, salvando, sanando y renovando. El Espíritu Santo es quien abre nuestros ojos a la verdad y la realidad de Dios. El Espíritu toma las cosas de Cristo y nos las hace conocer a nosotros (Juan 14:26; 15:26; 16:13, 14). Sin esta obra del Espíritu Santo no hay para nosotros conocimiento de Dios, no hay conciencia de la verdad de nuestra salvación, y no hay guía en el camino y la voluntad de Dios. De manera que necesitamos nacer del agua y del Espíritu, nacer de nuevo, nacer de lo alto, nacer de Dios (Juan 3:5-7; Rom. 8:12-17). Dios, en su gracia, nos da fe, y de esta manera, por la obra de Dios, los que en otro tiempo estábamos perdidos y en tinieblas fuimos hallados, restaurados y encaminados nuevamente en las sendas de Dios.

Gracia y obras

Cuando los bautistas comenzamos a reflexionar sobre la manera en que tomamos nuestras decisiones morales, seguimos el modelo bíblico de evocar en primer lugar a Dios en la naturaleza del Dios trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo; Dios nuestro Creador, Salvador y Santificador. Decir esto es más que hacer una confesión ortodoxa de fe o recitar doctrina correcta. En nuestro bautismo somos bautizados en el nombre de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo (Mat. 28:19). Eso implica que somos bautizados en la vida de Dios y en la misión de Dios. La vida que ahora vivimos no debe reducirse a una obediencia formal de reglas generadas por nosotros mismos, o a la afirmación intelectual

de la doctrina correcta. Es mucho más dinámica que eso. Es la vida en Dios, vivida por gracia a través de la fe. Es la vida en comunión con Dios en el nuevo ser, el ser vivo, creado por Dios. Es la vida en y por el poder del Dios trino.

De esta manera, los bautistas no entendemos la vida moral como una cuestión de hacernos morales por obedecer la ley. El apóstol Pablo sabía que eso era algo imposible; y eso que él se había esforzado más que ningún otro (Rom. 7:21-24; Fil. 3:2-11). Por la razón de que Dios es Dios en Trinidad, tenemos un Dios cuya vida halla su expresión únicamente en este amor mutuo que imparte vida. El ser bautizado, entonces, en el nombre de la Trinidad, significa que vivimos en Dios y Dios en nosotros. Significa que la vida que ahora vivimos la vivimos por fe en el Hijo de Dios que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros (Gál. 2:20). La vida cristiana no es un logro moral, sino un don de gracia con los recursos necesarios para cumplir las leyes de Dios. De modo que Dios puede lograr en nosotros, y aun a través de nosotros, lo que nunca podríamos hacer por nosotros mismos. Es por eso que, en todas nuestras debilidades, los bautistas alabamos a Dios porque sabemos que somos salvos de las consecuencias de nuestro pecado y de la imposibilidad de alcanzar logros morales, a fin de que Dios, por su poder, pueda hacer más abundantemente de lo que alguna vez pudiésemos pretender o imaginar (Ef. 3:20, 21).

Los bautistas, al seguir el Nuevo Testamento, creemos que ser un cristiano no es una cuestión de ser una persona moral sino de ser salvo. De principio a fin es la obra de Dios. Nuestras reflexiones están fundamentadas en la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo (2 Cor. 13:14).

Dios salva y renueva por gracia, y no como consecuencia de nuestras obras, no sea que alguno llegue a gloriarse de ser una persona moral (Ef. 2:8, 9). Gracia y ley, no obstante, no deben separarse. El cristiano reconoce esto y, a diferencia de la persona que no es espiritual y que está centrada en su propio interés, sabe que Dios da su ley como una obra de gracia. No quedamos en la oscuridad. Tenemos la Palabra de Dios, que es una lámpara a nuestros pies y que alumbra nuestro camino (Sal. 119:105), y nuestra delicia está en hacer la obra de Dios y su ley (Sal. 119:97). Ya no lo hacemos como una maldición o como un medio para justificarnos, sino gozosos y agradecidos, porque en la voluntad de Dios está nuestra paz y en su servicio está la perfecta libertad. La obediencia ética surge de la gracia. Es el servicio que la persona libre en Cristo se

deleita en ofrecer.

Una diferencia importante entre ser una persona y una cosa, es que cada persona tiene una voluntad que le es propia. Nos entristece, y con razón, cuando vemos que a las personas se las trata impersonalmente, se las usa, manipula y explota, porque en esos casos no se las está tratando como las personas que en verdad son delante de Dios. Dios nos trata como personas, y en consecuencia tenemos nuestra propia voluntad. Es tanto una cuestión de privilegio como de responsabilidad.

Los bautistas sostenemos que, aunque muchas circunstancias pueden afectarnos y aun obligarnos, de todos modos somos responsables ante Dios por nuestras decisiones y por las acciones que realizamos. Este punto de vista de lo que es ser una persona humana surge de la manera en que entendemos a Dios en Trinidad. Significa que somos seres morales con libertad porque Dios nos hizo así. Lo que Dios busca no es obligarnos, sino que compartamos libremente con él la libertad a la cual nos llama.

Libertad, elección y responsabilidad

Dios también nos llama a asumir la responsabilidad de tomar decisiones. Si fuésemos robots, Dios podría programarnos. Si tuviésemos que ser tratados como aquellos que no tienen una voluntad que merezca ser respetada y reconocida, de tal manera que sólo siguiésemos órdenes, entonces presumiblemente, al igual que un dictador, Dios impondría su voluntad sin darle lugar a ninguna otra. Pero Dios nos llama por gracia a ser discípulos por nuestra propia y libre voluntad. Cuando las multitudes comenzaron a irse, Jesús les preguntó a sus discípulos si era que en verdad ellos querían quedarse con él. Tenían la posibilidad de elegir (Juan 6:67). Esta posibilidad de elegir se refleja en la manera que entendemos y practicamos el bautismo. A nadie se lo puede obligar a ser bautizado. Estar "en Cristo" encierra tanto el llamado de Dios lleno de gracia, como nuestra libre respuesta. En el bautismo a cada candidato se le pregunta si reconoce de manera personal el amor de Dios, si se arrepiente del pecado, si recibe la salvación ofrecida en Jesucristo, y si promete vivir en obediencia al Señor en la comunión de la iglesia. Nadie puede decir y hacer esto por otra persona.

Dios nos da tanto el privilegio como la responsabilidad de elegir. En algunos casos, desearíamos que todo estuviera claro y libre de ambigüedades, y que se nos dijera

exactamente qué es lo que debemos hacer en cada situación. Pero Dios no es así. El nos hizo como personas, y nos busca en una relación personal. Como tales, hemos recibido la libertad y la responsabilidad de elegir.

De manera que ¿cómo hemos de elegir correctamente? Esta es una pregunta incisiva para todo aquel que toma en serio el discipulado. Reconozcamos que como bautistas, y por cierto esto incluye a otros cristianos también, no siempre hemos estado de acuerdo con respecto a ciertas decisiones morales de gran trascendencia. Por ejemplo, siempre existieron cristianos a quienes les resultó moralmente imposible ir a la guerra y matar a otras personas. Otros creyentes, en su mayoría, estuvieron en desacuerdo con ellos, y lucharon y mataron. Podríamos fácilmente mencionar otros ejemplos de desacuerdos dentro de la iglesia de Cristo. Todos los cristianos tienen, en el Espíritu Santo, una guía infalible para la verdad. Pero la realidad es que todavía no estamos enteramente libres del pecado; en consecuencia, ninguno de nosotros puede comprender de manera infalible la guía del Espíritu. Podemos estar errados, y a veces la iglesia ha debido reconocer eso; por ejemplo, la iglesia llegó a reconocer que estaba mal pensar que una interpretación de la Biblia guiada por el Espíritu Santo podía dar su aprobación a la esclavitud.

Este pensamiento no deja desactivados a los bautistas, por dos importantes razones. En primer lugar, aunque en verdad nos equivoquemos, un juicio equivocado no nos descalifica para siempre porque, cuando hemos obrado con sinceridad, Dios ha prometido perdonarnos, y él puede permitirnos comenzar de nuevo luego de enormes desastres en nuestra vida. Dios es el Dios de la resurrección, el que puede hacer todas las cosas nuevas, levantar al caído y restaurar al pecador. De modo que, aunque no debemos ser arrogantes e irresponsables con respecto a nuestras acciones, tampoco debemos tener miedo de equivocarnos, porque la última palabra la tiene Dios. Al hijo pródigo no se le dice que debe vivir aplastado por el desastre que él mismo trajo sobre sí. Se le da la bienvenida a una nueva vida (Luc. 15:11-24). Pedro, aquel que negó al Señor en la primera oportunidad en que debió mostrar su lealtad, a pesar de todo recibe el encargo de cuidar del pueblo de Dios (Juan 21:15-19). Así es la promesa del evangelio. Nos da el valor para tomar las decisiones morales necesarias, aunque no siempre tengamos la plena certeza con respecto a todo lo que estamos haciendo.

Una segunda razón por la que debemos tener una modesta confianza en nuestra

toma de decisiones morales es que Dios nos guía de maneras que revisten vital importancia. Es siguiendo estas guías que los bautistas toman sus decisiones morales. Considerémoslas una a la vez.

Jesús es Señor en la comunidad de la fe

En primer lugar, ya señalamos la importancia y la centralidad de nuestra confesión que Jesucristo es el Señor. El es aquel a quien le ha sido dada toda autoridad última y absoluta (Mat. 28:18). De modo que, dicho en términos sumamente sencillos, la ética cristiana es actuar y vivir de la manera en que Jesucristo lo querría. Si alguien llegara a sugerir una forma de conducta que fuera claramente contradictoria a las enseñanzas y a la vida de Jesús, entonces los bautistas dirían que esa no es una manera correcta de vivir. Una conducta así estaría mal a los ojos de los cristianos porque Jesucristo es el Señor. Entendemos que tal afirmación tiene consecuencias morales que alcanzan a todos los aspectos de la vida de los discípulos y, podríamos agregar, también al mundo.

Hay muchos temas morales que debemos enfrentar en la actualidad, y que constituyen verdaderos dilemas, frente a los cuales los registros de las enseñanzas de Jesús en los Evangelios no ofrecen una enseñanza directa. Por ejemplo, en ningún lugar de los Evangelios encontraremos alguna enseñanza específica de Jesús acerca de si debemos o no construir más centrales nucleares. Esto no pone en tela de juicio la trascendencia de Jesús. Tengamos presente que ya hemos reconocido que Dios espera que asumamos la responsabilidad de decidir. Lo que es importante es que la iglesia continúe diciendo y escuchando la historia de Jesús, de tal manera que se albergue muy profundo en nosotros, modelando nuestras respuestas y guiando nuestros pensamientos. Es una de las maneras en que, en el Espíritu, Jesús vive en nosotros. La iglesia, al repetir y meditar constantemente en la historia de Jesús, se convierte en una comunidad que tiene el carácter de Cristo, no por logros humanos sino por gracia. Tener siempre presente la gracia de Dios resulta fundamental si es que hemos de tomar decisiones morales cristianas.

Es importante hacer hincapié en la vida de la iglesia en conjunto, como un cuerpo. Consideraremos más adelante un aspecto vital de ello en relación con la toma de decisiones pero, por el momento, reflexionaremos sobre la manera en que se modela nuestro carácter y nos convertimos en personas morales. Mucho de lo que llevamos a la práctica lo hemos aprendido de aquellos que nos cuidaron al principio de nuestra vida, y del medio en general en el que se brindó ese cuidado. Los valores que sostenemos y el carácter que desarrollamos deben mucho de lo que son a las comunidades que nos nutrieron y a las enseñanzas que recibimos.

Esas comunidades varían ampliamente. Así, el hijo de padres que toman las cosas bruscamente, que son avaros, discutidores e insensibles recibe una cierta imagen de las relaciones humanas y de las metas personales para su existencia. Sin duda, será diferente de lo que experimentará un niño en un hogar donde predominan el amor mutuo, el cuidado y el servicio a otros, el bienestar de los demás y donde se honra a Dios.

Las familias y las comunidades más amplias, como las congregaciones, se modelan con base en sus recuerdos. Relatan experiencias y recuerdan acontecimientos significativos, acontecimientos que para otros pudieron pasar totalmente inadvertidos, pero que para ellos forman su historia. Estas experiencias hacen y mantienen a la comunidad en lo que es. Si la historia se olvida, entonces la identidad se pierde, y algo diferente forma el carácter.

Los bautistas se reúnen, o mejor dicho, son reunidos por Dios, todos los domingos en sus congregaciones para oír nuevamente la historia. Somos reunidos alrededor de la Biblia y escuchamos cuidadosamente cuando se la lee. Pensamos, hablamos y oramos juntos con respecto a la manera en que debemos vivir como pueblo de Dios o cómo hemos de ser un pueblo auténticamente bíblico. Pedimos perdón por nuestros pecados e invocamos las promesas de Dios. Llegamos a la cena del Señor, y con pan y vino recordamos el amor salvador de Jesucristo nuestro Señor. Es cierto, leemos la Biblia en forma personal y buscamos obedecer su mensaje en nuestras vidas individuales, pero nuestra pertenencia en un conjunto a la iglesia de Cristo es el medio en el cual se sigue modelando y desarrollando el carácter cristiano.

Por este motivo tenemos especial cuidado de contarles a nuestros hijos la historia de Jesús, de modo que ellos se modelen en el seno de la comunidad que trata de vivir

manifestando naturalmente la vida en Cristo. Más adelante, el niño crecerá y tomará su propia decisión de ser un discípulo. Pero, porque amamos a nuestros hijos, les contamos la historia de los caminos de Dios en el contexto del amor, el cuidado y la formación cristiana. El carácter cristiano se modela en el ámbito de la iglesia. Es una cuestión de crecimiento, para jóvenes y para ancianos, que solamente terminará de completarse en el cielo (Fil. 3:12-14).

La Palabra de Dios escrita

¿Pero quién es Jesucristo? Debemos admitir que en ciertos momentos, toda clase de gente, incluyendo a los bautistas, han modelado a Cristo a su propia imagen. Han usado a su "Jesús" para validar una decisión que ya habían tomado con base en otros fundamentos. ¿Cómo podemos impedir esa clase de distorsión? Haciendo hincapié, como hacen los bautistas, en la autoridad de la Biblia. El Jesús que es Señor no es el Jesús que yo fabrico a mi gusto sino aquel de quien dan testimonio las Sagradas Escrituras. Aquí está el registro fundamental de la Palabra encarnada. En consecuencia, la Biblia es esencial para los bautistas a la hora de realizar decisiones morales. Más allá de lo que los cristianos posbílicos hayan dicho o digan en la actualidad sobre cualquier tema en particular, la comprobación última a la que debemos someternos nosotros y todos los demás son las Escrituras. La Biblia es la Palabra escrita que da testimonio de Jesucristo la Palabra encarnada.

Por supuesto, los bautistas pueden discutir acerca de la correcta interpretación de las Escrituras y sobre cuál sea exactamente la naturaleza de su autoridad, pero todos los bautistas reconocen la autoridad de la Biblia. Aquí está el registro de la relación de Dios con nosotros, y permanentemente recurrimos a la Biblia en busca de la guía de Dios, movidos por la expectativa de que "el Señor tenía más verdad y luz aún para revelarnos en su Santa Palabra" (John Robinson, *Parting Advice*).

Ya hemos reconocido la realidad de que los cristianos interpretan la Biblia de maneras diferentes. No debemos evitar esa realidad, pero tampoco debemos permitir que eso descalifique totalmente nuestra apelación a las Escrituras. Es importante distinguir entre la autoridad de la Biblia y la autoridad de mi interpretación de la Biblia. En algunas oportunidades hubo personas que pretendieron afirmar que su interpretación

era la única autorizada, y quizá fuera acertada, pero desde el momento en que no somos Dios y que la autoridad última descansa en Cristo, ninguno debe tratar de imponer o afirmar determinada autoridad para sostener su propio punto de vista.

Los bautistas creen que las Escrituras fueron inspiradas por Dios y que Dios el Espíritu Santo es el mejor intérprete de la Biblia. El hecho de que ninguno pueda afirmar tener una comprensión infalible de la guía del Espíritu no debiera llevarnos a perder confianza en que el Espíritu en verdad nos guía. La experiencia de los cristianos revela que el Espíritu trae a nuestra mente palabras de la Biblia que nos dan consuelo y guía, y que también nos reprenden. Creemos en un Dios vivo, que ni es sordo a nuestras oraciones ni mudo ante nuestra necesidad de su Palabra. Al creer, como hacemos los bautistas, en la existencia trinitaria de Dios, nos regocijamos en la obra del Espíritu de abrir ojos ciegos y oídos sordos (Juan 16:13, 14). “El Espíritu esparce su aliento sobre la palabra, y trae la verdad a la vista” (Himno de William Cowper). Eso debiera darnos más valor, ya que, en el proceso de toma de decisiones morales, escuchamos las Escrituras y oramos para que Dios nos guíe.

Nunca podemos exagerar la importancia de la búsqueda de Dios y de su voluntad en oración. En virtud de que estamos buscando juntos el pensamiento del Señor, y sin embargo reconocemos nuestra propia condición de pecadores y nuestra incapacidad para discernir la verdad, invocamos a Dios de la misma manera en que los niños podrían buscar ayuda de su padre (Mat. 7:7-11). La oración no es un factor dentro de un método ético. Es el aire que respiramos en la comunión del Espíritu Santo.

El compañerismo de los creyentes

Numerosas referencias al Espíritu Santo en el Nuevo Testamento dejan perfectamente en claro que el Espíritu es dado a la iglesia y que opera en ella tanto como en las vidas individuales. Aquí retomamos nuestra pregunta acerca de la interpretación de las Escrituras. Los bautistas tienen como su doctrina más distintiva la de la iglesia. Creemos en la iglesia congregada, o el compañerismo de los creyentes. No somos una congregación de los que piensan de la misma manera sino de aquellos llamados por Dios y que se mantienen unidos en su amor de pacto. En este compañerismo-comunión dado

por Dios la iglesia escucha las Escrituras, ora y comparte las cosas de Dios, y trata de discernir como cuerpo la guía del Espíritu Santo.

Los bautistas no creen en una línea de autoridad jerárquica como si algunas personas, en virtud de su cargo o posición, pudieran decirle a la iglesia lo que debe hacer. En la práctica hay ocasiones en que descubrimos que alguien dentro de la congregación recibe dones de sabiduría y discernimiento, y en consecuencia las escuchamos con particular atención. Pero todos nosotros: pastor, predicador, anciano, diácono, y miembro, nos sometemos unos a otros en la comunión del evangelio, viviendo como aquellos que en última instancia se someten únicamente a Jesús. Sometemos a comprobación nuestros juicios en la asamblea de la iglesia reunida bajo la autoridad de la Palabra de Dios.

Los bautistas afirman la total competencia otorgada por el evangelio a cada congregación local reunida en el nombre y bajo la autoridad de Cristo. Creemos que nadie puede ni debe obligar a congregación alguna a entender y practicar la fe en maneras que sus propios miembros no hayan acordado ellos mismos delante de Dios. En consecuencia, cada congregación tiene que buscar la mente (el pensamiento) de Cristo, y tiene la responsabilidad de interpretar y actualizar los propósitos de Cristo. El fundamento teológico de esta convicción descansa en la verdad que Jesucristo es el único a quien toda autoridad le ha sido dada. Debido a que Cristo es la cabeza de la iglesia, los miembros deben buscar juntos su voluntad. Pero estando el Cristo vivo como Señor presente entre ellos al reunirse en su nombre no están sujetos a ninguna otra autoridad.

No obstante, una congregación sabia buscará la ayuda de otras y acatará las resoluciones o afirmaciones realizadas por asociaciones, uniones o convenciones locales, o por los bautistas reunidos como BWA. Ninguna de estas expresiones colectivas tienen poder sobre la congregación local reunida en el nombre de Jesús, pero cualquiera de estas congregaciones estará deseosa de oír lo que otros cristianos, y en especial los otros bautistas, dicen al reunirse a buscar la mente del Señor en temas difíciles.

Podrá suceder que dentro de una congregación exista desacuerdo sobre un tema moral. ¿Qué hacer entonces? Al fin y al cabo la congregación tendrá que decidir. Por ejemplo, algunos bautistas han vivido por mucho tiempo divididos en su opinión respecto de los temas de paz y justicia. Ambos puntos de vista acuden a las Escrituras,

y en última instancia permiten que el desacuerdo quede en el plano de una cuestión de conciencia. Pero las cosas cambian cuando algunos están convencidos de que cierta forma de conducta está en contradicción con el evangelio de Cristo y sus leyes. Si eso se convierte en el pensamiento de la iglesia, entonces pasa a ser un tema de disciplina. Pablo fue muy directo con una congregación en Corinto que estaba dispuesta a tolerar la inmoralidad entre sus miembros (1 Cor. 5). Y, sin embargo, la disciplina debe también reflejar la mente de Cristo y su corazón de pastor para con el extraviado.

Hemos identificado tres factores cruciales que modelan el procedimiento de los bautistas a la hora de realizar juicios morales: el señorío de Jesucristo; la autoridad de las Escrituras; y la comunión de los creyentes, que es la iglesia. Expresado de manera sencilla, significa preguntarse:

¿Qué haría Jesucristo?

¿Qué enseña la Biblia?

¿Qué es lo que juntos interpretamos que es la mente de Cristo como la enseña el Espíritu?

Cuando los que honestamente buscan conocer la voluntad de Dios se plantean estas preguntas en total apertura de fe y confianza, allí, creemos, Dios está obrando para guiar a su pueblo por medio del Espíritu. No hay una garantía de que siempre recibiremos las respuestas correctas, o que realizaremos las acciones adecuadas, pero al menos estamos tratando de estar alertas a Dios y deseosos de vivir su llamado en fidelidad.

Realidades, sabiduría, motivaciones, consecuencias y el deber

¿Hay alguna otra cosa que sea necesario tener presente? Sí. Es imposible realizar un juicio sensato con respecto a ciertos temas morales sin conocer los aspectos fundamentales de los mismos. A menudo se trata de cuestiones complejas que requieren ser tratadas por un experto. A veces esos expertos son miembros de nuestras iglesias, de modo que la congregación debiera prestar oído a la contribución de ellos con base en el

conocimiento que tienen. Juzgar mientras uno voluntariamente ignora las realidades, de ninguna manera honra al Señor de la gloria.

Luego, también, las iglesias debieran prestar más atención a lo que podría denominarse la sabiduría secular. La iglesia podrá simplemente pensar que esa sabiduría es errónea porque entra en conflicto directo con las enseñanzas de Cristo en las Escrituras. Ninguno de nosotros debe dejarse impresionar indebidamente por la "sabiduría de esta edad presente" (1 Cor. 2:6), pero tampoco debemos ignorar la realidad de que Dios no se ha dejado a sí mismo sin testigos, y en ocasiones ha hablado a su pueblo a través de otros. De modo que cuando escuchamos la sabiduría contemporánea, la sometemos a la prueba de Cristo en las Escrituras.

Una vez más, la iglesia podría formularse algunas preguntas que a menudo formaron parte de las consultas sobre temas morales. Por ejemplo, ¿cuáles son las motivaciones o los intereses que están en juego aquí? Como pecadores que somos, reconocemos que las motivaciones nunca son enteramente puras. Una cuota de reflexión introspectiva podría alertarnos con respecto a temas que hemos pasado por alto, o que hemos sido tentados a ignorar, o que hemos tergiversado a causa de nuestros intereses propios.

Podríamos también preguntarnos sobre las consecuencias de llevar a cabo determinada acción. ¿Qué es lo que sucederá si hacemos esto o aquello? El problema es que las consecuencias pueden ser impredecibles y difíciles de determinar, ya sea a corto o a largo plazo.

O, podríamos preguntar acerca de algún sentido del deber que vaya con la acción moral que estamos contemplando. ¿Creemos que en sí misma está bien porque tiene su propia autoridad interna, o creemos que está bien porque otras personas que parecen estar en determinada posición de autoridad lo dicen? Es decir, ¿existe la sensación de tener que hacerlo porque no nos queda otra alternativa?

Estas son maneras clásicas y tradicionales de pensar con respecto a las decisiones morales. Los bautistas, junto con todos aquellos que reconocen que vivimos en un universo moral, toman en serio estas preguntas, pero el corazón del asunto está en nuestro deseo de ser fieles al llamado de Dios y a su palabra tal como ha sido revelada en Jesucristo.

Un caso de prueba de la historia

¿Cómo resulta esto en la práctica? Tomemos un tema en el que los bautistas se han pronunciado aun a costa de enfrentar las consecuencias: el de la libertad religiosa para todos. El primero en defender públicamente esta postura a través de la página impresa fue Thomas Helwys, líder de la primera iglesia bautista en territorio inglés. Sostuvo, en oposición al punto de vista prevaleciente acerca del poder de los monarcas y otros gobernantes que, mientras que en materia de obediencia terrenal dentro del ámbito de la vida del Estado los gobernantes tenían todo el derecho de exigir y esperar nuestra obediencia, en cualquier asunto de fe, aquellas cuestiones fundamentales entre Dios y el creyente, el rey no tenía autoridad. Helwys sostuvo:

En cuanto a la expresión religiosa de los hombres para con Dios, es algo entre Dios y ellos; el rey no será responsable por ella, ni tampoco juzgará el rey entre Dios y el hombre. Ya sean herejes, turcos, judíos, o lo que fueren, no le compete al poder terrenal sancionarlos en lo más mínimo. Esto es manifiesto a nuestro señor el rey en las Escrituras (*The Mystery of Iniquity [El misterio de la iniquidad]*, 1612, p. 69).

Está mal imponer creencias. Está mal negarle a una persona la libertad de conciencia para creer lo que ella quiera. Helwys estaba desafiando el derecho absoluto de cualquier autoridad humana. Muchos vieron esta postura como políticamente peligrosa, hasta subversiva, tal como lo es en cualquier estado totalitario. Pero observemos la manera en que Helwys defendió su razonamiento. Apeló a la Biblia. Ningún rey podía pretender autoridad sobre la conciencia de otro ser humano. Esa autoridad le pertenecía solamente a Cristo. De modo que los bautistas abogan por la libertad religiosa para todos, y el fundamento para tal defensa no es en primer lugar una apelación a los derechos humanos, sino a la soberanía divina. Es la soberanía de Dios la que garantiza la libertad de la humanidad.

Los bautistas y las cuestiones éticas en la actualidad

La BWA tiene una Comisión de Ética Cristiana. En sus reuniones regulares la variedad de temas planteados por la familia bautista alrededor del mundo es enorme, lo

que es de esperar de un pueblo que quiere compartir la misión de Dios en el mundo. Es por eso que, en reuniones recientes, por ejemplo, se plantea desde Africa una profunda preocupación acerca de la naturaleza y el perfil de la vida familiar. Los cambios socioculturales, el avance estremecedor del SIDA, la pobreza económica y las desgarradoras guerras tribales fueron señalados como temas cruciales que reclaman la atención de los bautistas en su llamamiento a ser fieles al Dios trino.

Desde Latinoamérica llega la preocupación por los efectos sociales de la urbanización y la desigualdad en la distribución de los recursos fundamentales. Los temas relacionados con el estilo de vida, tanto individual como colectivo, desafían a la iglesia cristiana. Junto con otros cristianos, los bautistas han tenido que hacer frente a la realidad de que en algunas situaciones se hace necesario tomar decisiones, determinar prioridades, optar por alternativas.

En una reunión de comisión, un pastor norteamericano destacó la importancia de la reflexión ética no solamente en nuestros seminarios sino como una propiedad permanente en la vida de las iglesias locales. La velocidad de los cambios y la manera en que la toma de decisiones éticas tiende más a ser más un proceso de reacción que uno preventivo, fueron señalados como rasgos distintivos del contexto en el que se encontraban los bautistas. El tema del racismo fue reconocido como uno que aún necesitaba ser encarado a fondo.

Los bautistas europeos reconocen que los bautistas en su continente enfrentan el crecimiento de identidades nacionalistas y étnicas, que tienen consecuencias tanto positivas como negativas. ¿Qué significa para nosotros ser leales simultáneamente a Cristo y a España, a Alemania o a cualquier otra nación? Además, Europa, como la cuna de la Ilustración, necesita plantearse cuestiones fundamentales con relación a la verdad y al conocimiento, y de dónde ha de encontrarse la sabiduría.

Hay un factor que tiene aplicación a todos nosotros por igual. Es el reconocimiento de que muchas de nuestras descripciones de conducta moral están relacionadas con nuestro contexto. Así, por ejemplo, algunos bautistas que conocen las dificultades que acompañan la condición de ser un grupo minoritario en un país secular, bien podrían destacar, como revistiendo especial importancia, un tema que a los bautistas en otro contexto no les preocuparía en lo más mínimo. Detrás de esta postura puede existir un marcado énfasis misionológico, una manera de mantener y extender el

testimonio de aquellos llamados a vivir la vida en Cristo. Los bautistas han llegado a dividirse por temas como es el del baile. Aquí es importante prestar atención a la enseñanza de Pablo acerca de no dividir la iglesia provocando ofensas innecesarias, sino respetando las conciencias los unos de los otros (1 Cor. 8:7-13).

Todos estos temas, y muchos más, enfrentan los bautistas. Cada vez más, los bautistas encuentran que el desafío de ser discípulos de Jesús es uno muy grande, en lo que se refiere a mantener el testimonio práctico de la vida cristiana. Tanto en los grupos de las iglesias locales como en los cuerpos a nivel regional y nacional, estamos dando tiempo y atención cuidadosa a descubrir el camino de la obediencia cristiana. Queremos permanecer fieles a las Escrituras, como seguidores del Señor Jesucristo. Creemos que el Espíritu Santo será la guía de aquellos que de todo corazón buscan la guía de Dios. Estamos agradecidos por la contribución mutua que nos hacemos unos a otros al compartir reflexiones y recursos. Honramos a aquellos que viven y hablan de manera audaz, en el nombre de Jesús, ofreciendo al mundo un testimonio profético. Por último, estamos agradecidos de que a través de nuestras uniones y convenciones nacionales, y especialmente a través de la BWA, podemos dirigirnos a los gobiernos e instarlos a honrar los caminos y la voluntad de Dios.

Pedro, en su primera carta, cita una palabra importante que Dios habló a su pueblo en la antigüedad. El Apóstol está escribiendo a congregaciones que están encontrando que la vida de discípulos resulta difícil y a veces un tanto desalentadora a la luz de las actitudes de sus contemporáneos. La palabra es: "Seréis santos, porque yo soy santo" (Lev. 11:44, 45, 19:2; 1 Ped. 1:16). La santidad de Dios es más que su perfección moral, de la misma manera que nuestro llamamiento a la santidad es más que a la bondad ética. Ser santos significa que nuestro vivir pertenece a Dios y que debemos vivir con la convicción de que reconocemos la verdad de nuestro bautismo, que estamos llamados a compartir la vida de Dios aquí y ahora como asimismo en la gloria. El desafío de la ética cristiana, por lo tanto, no es algo adicional al evangelio, una especie de agregado opcional para unos pocos. El llamado a la santidad, a ser discípulos fieles que siguen a Jesús, es parte del privilegio del pueblo de Dios que sabe que ha sido creado, redimido y guiado por el Dios vivo --Padre, Hijo, y Espíritu Santo-- al cual sea alabanza, honor y gloria por siempre.

4

LOS BAUTISTAS EN LA ADORACION

La iglesia cristiana nació en la adoración. “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones. Entonces caía temor sobre toda persona... Ellos perseveraban unánimes en el templo día tras día... participaban de la comida con alegría y con sencillez de corazón, alabando a Dios” (Hech. 2:42, 43, 46, 47). Al escribir algunos años después de Pentecostés Pablo podía concretamente definir a los cristianos por su adoración: “Nosotros somos... los que servimos a Dios en espíritu, que nos gloriamos en Cristo Jesús y que no confiamos en la carne” (Fil. 3:3). Por lo tanto, no es de sorprenderse que la consumación de la peregrinación cristiana se exprese en la forma de una comunidad que adora: “Miré, y he aquí una gran multitud de todas las naciones y razas y pueblos y lenguas... Están de pie delante del trono y en la presencia del Cordero... Aclaman a gran voz diciendo: ‘¡La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero!’ ” (Apoc. 7:9, 10). Al igual que los demás cristianos, los bautistas son un pueblo que adora, en gran medida definidos y modelados por sus experiencias en la adoración.

Nuestra historia refleja cómo la adoración ha ayudado a formar a los bautistas. La congregación bautista más temprana que es posible reconocer, la iglesia de John Smyth en Amsterdam, en 1609, está identificada en términos de sus servicios de adoración, dos por domingo, cada uno de ellos con una duración cercana a las cuatro horas, y constituido básicamente de la lectura y exposición profética de las Escrituras. La Segunda Confesión de Fe Bautista de Londres, de 1689, señala que “el Señor Jesús llama... a aquellos que le han sido dados a él por su Padre... para caminar juntos en asociaciones particulares, o iglesias, para su mutua edificación; y para la debida participación en ese culto público que él requiere de ellos en el mundo” (cap. 26, sec. 5).

Al entrar en un nuevo milenio la situación no es diferente. En cualquier parte del mundo ser un creyente bautista tiene como algo fundamental su compromiso con los

cultos de adoración de una congregación bautista. Durante los últimos treinta años, en el cristianismo alrededor del mundo entero, la adoración se ha convertido en centro de atención y debate de una manera prácticamente nunca vista desde el tiempo de la Reforma Protestante.

Por qué adoramos

¡La razón primera y fundamental para la adoración, es simplemente que Dios es quien es! Por su naturaleza misma Dios es infinito y eternamente digno de adoración. Karl Barth sostuvo que la palabra “Dios” es un término vocativo. Es decir, que solamente usamos de manera correcta la palabra “Dios,” cuando implícitamente estamos diciendo “¡Oh Dios!”, y nuestros corazones se postran ante él en profunda adoración. En última instancia, adoramos porque no tenemos otra alternativa. Dejar de adorar sería negar la existencia de Dios como el Dios vivo. En consecuencia, ¡al pensar y hablar acerca de Dios en este mismo momento, mientras leemos este capítulo, estamos siendo llamados a la adoración! Porque no estamos pensando y hablando acerca de un “ser dios” perdido “allá afuera” en la inmensidad del espacio; por el contrario, nos estamos relacionando con el Dios siempre bendito, que está presente en este momento y que es absolutamente digno de nuestra adoración y alabanza. Cuando hacemos referencia a Dios, ¡no estamos hablando acerca de quién *es él*, sino acerca de quién *eres Tú!* Ya estamos adorando.

Al explorar la adoración, un punto de partida útil es la conversación registrada en Hechos 22 entre el Jesús glorificado y Saulo de Tarso. Saulo hizo dos preguntas: “¿Quién eres, Señor?” y “¿Qué haré, Señor?” (Hech. 22:8, 10). El orden de estas preguntas es crucial. Primero fue la pregunta de “¿Quién?”: “¿Quién eres, Señor?” La respuesta a esa pregunta: “Yo soy Jesús...,” modeló la respuesta a la siguiente pregunta de “¿qué?”: “¿Qué haré, Señor?” Al pensar en la adoración necesitamos, como Pablo, comenzar por el “¿quién?” y preguntar “¿Quién eres, Señor?” A medida que Dios responde a esa pregunta revelándose a nosotros, estamos en condiciones de preguntar y de obtener respuesta a nuestra próxima pregunta: “¿Qué quieres que hagamos cuando adoramos?”

¿Quién es Dios? A través de los siglos los bautistas, junto con otros cristianos, han escuchado el testimonio que Dios da de sí mismo en la Biblia. Como resultado han hablado de Dios usando tres palabras: Padre, Hijo y Espíritu (Mat. 28:19; 2 Cor.13:14). Cada una de estas palabras y las tres en un conjunto, responden a la pregunta de por qué los bautistas y todos los demás cristianos adoran.

(1) *Dios es Padre*. Este título surge del seno mismo de Dios; de manera suprema el Padre es el “Padre de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ped. 1:3). Juan Calvino se refirió a él como la “fuente de la Deidad”, de quien proceden eternamente el Hijo y el Espíritu Santo. Más allá de la preocupación actual acerca de las palabras que encierran prejuicios de preponderancia de sexo, y la tragedia humana del fracaso de la paternidad, él es también, según Jesús, "Padre nuestro" (Mat. 6:9). Como tal, él es la fuente y el origen de nuestra existencia, nuestro creador y el sustentador de la vida, infinitamente exaltado por sobre todas las cosas, el Dios de quien la Biblia nos dice: “Porque de él y por medio de él y para él son todas las cosas” (Rom. 11:36). Tenemos aquí evidencia abrumadora para adorar. Nuestras vidas y la vida toda del universo creado derivan de él, y se mantienen cada segundo por su poder sustentador. El gobierna sobre todas las cosas en el universo, en el cumplimiento de sus propósitos gloriosos. Junto con los hombres y mujeres de las Escrituras caemos delante de nuestro Padre-Creador en profunda adoración (comp. Exo. 3:4-6; Sal. 139; 150; Isa. 6:1-5; 40:12-31; Apoc. 4:1-11).

(2) *Dios es Hijo*. Sin dejar por un instante de ser todo lo que encierra su condición de "Padre", él es Dios por segunda vez como Dios el Hijo. Hay una abundancia de vida en Dios, a través de la cual él existe en una comunidad de personas. El amor y las relaciones interpersonales pertenecen a su esencia. En el milagro de su gracia, esta "segunda persona" irrumpió en nuestro tiempo y espacio como Jesucristo (Juan 1:14; Mat. 1:18; Luc. 1:35; Gál. 4:4).

La Biblia ubica este ingreso de Dios a nuestra vida humana en el contexto de nuestro pecado y miseria (Mat. 1:21; Luc. 2:11; 19:9, 10; Juan 1:29; Gál. 4:4). El vino a revelar al Padre (Mat. 11:27; Juan 1:18; 14:9). Pero lo hizo en el contexto de reconciliarnos con el Padre a través de su propio sacrificio en la cruz, y su gloriosa resurrección (Heb. 2:14; 1 Jn. 4:10; Rom. 4:25; 1 Cor. 15:3, 4).

He aquí otras razones, aún más profundas, para nuestra adoración. ¡Con razón los cristianos se “glorían en Cristo Jesús” (ver Fil. 3:3)! Que Dios nos amara de tal

manera como para venir a estar entre nosotros en la persona de Jesús, y llevar gratuitamente y en todo su horror y vergüenza indescriptible nuestros pecados en la cruz, no nos deja otra alternativa que postrarnos continuamente delante de él en agradecimiento, adoración y alabanza. “Digno es el Cordero, que fue inmolado, de recibir... la honra, la gloria y la alabanza” (Apoc. 5:12). “¡Gracias a Dios por su don inefable!” (2 Cor. 9:15). “Al que nos ama y nos libró de nuestros pecados con su sangre... a él sea la gloria y el dominio para siempre jamás. Amén” (Apoc. 1:5, 6).

Pero la obra de Jesús por nosotros es a la vez un estímulo inmenso cuando tratamos de adorar a Dios, porque él no sólo es un objeto digno de nuestra adoración, ¡sino que adora junto con nosotros! En el transcurso de su vida terrenal ofreció una respuesta perfecta al Padre por nosotros, y ahora, como nuestro sumo sacerdote eterno (Heb. 2:17, 18; 4:14--5:10; Luc. 22:31), está con nosotros en nuestra respuesta al Padre, y ofrece por nosotros una adoración humana perfecta y totalmente aceptable. El adora *por nosotros*, y su perfecta adoración, al igual que cada aspecto de su humanidad totalmente obediente, se nos acredita a nosotros. Esta realidad nos libera de la presión del esfuerzo y del sentido de insuficiencia al acercarnos a Dios, luchando, como tan a menudo nos sucede, con nuestra incredulidad y con nuestra devoción que nunca es total. Adoramos a través de él pero también junto con él, y así la adoración se convierte en un lugar en el que podemos celebrar nuevamente con gozo la gracia triunfal de Dios en Jesucristo.

La cena del Señor renueva una y otra vez estas realidades al contemplar en el pan y en el vino el precio indescriptible de nuestra redención y el incomparable amor que lo subyace. El bautismo confirma este aspecto, al llevar nuestra atención a la sorprendente gracia de Dios en la muerte y resurrección de Jesús. Nuestras mentes vuelven a la cruz y a la tumba vacía, y celebran con corazones jubilosos a este Dios glorioso que tiene misericordia de los pecadores, perdonando sus pecados y aceptándolos como sus hijos.

(3) *Dios es Espíritu*. Dios es Dios por tercera vez, como el Espíritu Santo. Las Escrituras no presentan al Espíritu Santo como un objeto de adoración individual o independiente sino como el medio indispensable a través del cual nos acercamos a Dios; adoramos por el Espíritu Santo (Fil. 3:3; Juan 16:14; 1 Cor. 12:3). La presencia del Espíritu Santo en la adoración es la comprobación de que la gracia de Dios verdaderamente entró en nuestras vidas.

Una vez más, el bautismo representa todo esto. El bautismo de creyentes celebra, dentro de nuestra adoración, que a través de nuestra fe en Cristo la gracia de Dios en verdad nos rodea y nos abraza. Más aún, como la presencia del reino de Dios que ya llegó (Mat. 12:28; Juan 3:1-8; Rom. 14:17), pero que todavía ha de manifestarse en toda su plenitud, el Espíritu Santo trae a nuestra adoración la gozosa expectativa de la adoración en el cielo (Rom. 14:17; 2 Cor. 5:5; Ef. 1:13, 14).

Así es como el Espíritu Santo nos ayuda en la adoración; no obstante, en virtud de ser totalmente divino, el Espíritu Santo también es digno de nuestra adoración. El Espíritu “junto con el Padre y el Hijo, es adorado y glorificado” (Credo Niceno-Constantinopolitano).

(4) *Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo*. En Dios las tres personas son una sola e inseparable. El Dios que adoramos es a la vez uno y tres, y tres al mismo tiempo que uno. Esta verdad cristiana fundamental expresa la particularidad de Dios. El es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que se reveló de manera personal y definitiva en la historia humana. El Dios trino es, por lo tanto, diferente del único Dios adorado en el islamismo o el judaísmo. El es diferente de la multitud de manifestaciones, espíritus y encarnaciones del hinduismo. Es diferente de Aquel que lo contiene todo del budismo. Es diferente del “dios está en mí” de la religión de la Nueva Era, como asimismo de los ídolos personales que están latentes y al acecho en los corazones de todos nosotros.

Esa condición de tres-en-uno de Dios nos lleva al borde de un misterio profundo. Pero eso no necesita desconcertarnos. Es una consecuencia inevitable de esa condición del ser infinito de Dios. Por cierto, de no mediar la presencia de lo misterioso, podríamos sentir que tenemos razones para cuestionar la revelación de la Biblia. Los teólogos medievales lo expresaron de esta manera: “Un Dios a quien es posible entender en su totalidad no es el Dios verdadero”. En última instancia, caemos postrados delante del inefable misterio del único Dios verdadero. “Gloria sea al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo; así como fue al principio lo es ahora, y lo será por siempre”.

Adorar de esta manera nos une con nuestros antepasados bautistas a través de los siglos quienes, a su vez, ahora se unen a nosotros en nuestra adoración desde el otro lado de la cortina de la muerte (Heb. 12:22-24; 12:1). Nos unimos también a los más de 42 millones de miembros de nuestra actual familia bautista multicolor alrededor del mundo. Por último, nos unimos ya en la expectativa con esa compañía más amplia que

incluye a muchos de nuestros propios hijos, nietos y amigos que hasta ahora no han tenido un encuentro personal con Cristo, pero que en el futuro, por la gracia de Dios, se postrarán delante de nuestro Salvador y ocuparán sus lugares dentro de la antiquísima comunidad bautista que aclamará a Cristo como parte de su esposa glorificada, la iglesia, cuando él aparezca en gloria.

Cómo adoramos

En nuestra primera sección, “Por qué adoramos,” hemos coincidido prácticamente en cada aspecto con toda la compañía del pueblo de Dios, más allá de cualquier tradición denominacional. Al internarnos en el “Qué” y el “Cómo” de la adoración, descubrimos un aspecto más amplio de nuestros distintivos como bautistas. Pero vaya ante todo una importante advertencia. Cualquiera que se proponga identificar prácticas que sean universales a todos los bautistas, ¡o bien es una persona extraordinariamente osada o simplemente está mal informada! La diversidad ha sido siempre una de nuestras glorias, y los cambios producidos en estos últimos años en las experiencias de adoración en todo el mundo no han sino ampliado la gama de posibilidades. La adoración contemporánea ahora busca su posición junto a la tradicional, la carismática junto a la reflexiva, la sensible al “que busca” con la alternativa / generacional. Y esta lista no es exhaustiva.

Modelos de adoración

Esta variedad, sin embargo, no debe desanimarnos. De la Biblia no surge patrón universal de adoración. Es más, es posible discernir por lo menos cuatro modelos diferentes dentro de las Escrituras.

Primero está el modelo *didáctico*, el de la sinagoga, que tenía como centro la exposición de la ley. Este fue el estilo en que se crió Jesús y que continuó modelando la experiencia temprana del Nuevo Testamento (Stg. 2:2, “congregación;” en el griego “sinagoga”).

Segundo está el modelo *litúrgico*, que se usaba en la adoración de Israel en el templo, con sus formas fijas y prácticas antifonales (ver Sal. 136). En varios lugares, el

Nuevo Testamento sugiere algunas fórmulas de adoración (Ef. 5:14; Fil. 2:5-11; Col. 1:15-20; 1 Tim. 3:16; 1 Cor. 16:22b).

Tercero, está el modelo *sacramental*, reflejado en el enfoque en los sacrificios de una gran parte de la adoración del Antiguo Testamento y en el carácter central de la cena del Señor en la experiencia del Nuevo Testamento (Hech. 2:42, 46; 20:7; 1 Cor. 11:23-34).

Cuarto está el modelo *carismático*, en el que hallan expresión los dones de adoración señalados en 1 Corintios 12:8-12 (Hech. 11:27, 28; 21:8-11) con anticipos en el Antiguo Testamento (Núm. 11:26-29; 1 Sam.10:12, 13).

Quizá podríamos identificar un quinto modelo, el de las *festividades*, que halla su expresión en la fiestas anuales de Israel y que convocaba a la totalidad del pueblo de Dios a unirse en una celebración (Exo. 23:14-19a). El ministerio de Jesús estuvo fuertemente influenciado por este estilo (Luc. 2:41-50; Juan 2:13, 23; 7:37; 13:1; 19:14). Hechos parecería sugerir que la iglesia continuó observando tiempos especiales de convocatoria a la celebración (Hech. 20:16).

En la práctica no se pretende que elijamos entre estos modelos bíblicos. La mayoría de las iglesias bautistas combinan de manera consciente varios de estos modelos. No obstante, la diversidad que hallamos en las Escrituras debiera hacernos reflexionar antes de elevar a un estilo en particular como que representa “la forma bíblica de la adoración”. En la sabiduría de Dios nos ha sido concedida la libertad de permitir a la adoración la flexibilidad que necesitó a través de los siglos, para adaptarse a la enorme diversidad de culturas y de experiencias históricas que caracterizaron a cada tiempo.

Sin embargo, resulta apropiado dejar sentada una palabra de advertencia. Al otorgar el debido reconocimiento a las diversidades dentro de la Biblia misma, y a la variedad de experiencias y de instinto entre las congregaciones actuales alrededor del mundo, necesitamos tener cuidado, no sea que las diferencias de estilos de adoración pongan en peligro nuestra unidad espiritual en el cuerpo de Cristo. Una de las características sumamente atractivas del cristianismo en los primeros siglos era el modelo de comunidad auténtica, llena de amor, que ofrecía en medio del mundo grecorromano a veces solitario y fragmentado. El cristianismo enseñaba a personas de una gran diversidad cultural a adorar “unánimes y a una sola voz... al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”, y de esta manera todo era “para gloria de Dios” (Rom. 15:6, 7).

El nuestro es un mundo seriamente fragmentado. Trágico sería, por cierto, que en la iglesia, o aun en el caso de congregaciones individuales, simplemente reflejáramos las divisiones sociales, raciales, y generacionales de nuestras comunidades atomizadas. De manera más trágica, por causa de divisiones por estilos de adoración, que dejáramos de ser los auténticos portadores del mensaje de reconciliación que tan desesperadamente necesita nuestro mundo roto. A la luz de este peligro es que resulta apropiado explorar ciertas tendencias comunes en la adoración bautista.

La comunidad que adora

Si acaso los bautistas poseen rasgos distintivos universales, uno de ellos es la importancia asignada a la congregación local. La Confesión de Thomas Helwys en 1611 expresa de manera memorable esa perspectiva: “Aunque con respecto a Cristo la iglesia sea una, por otra parte consiste de diversas congregaciones particulares, . . . de las cuales cada congregación, aun cuando fueren sólo dos o tres, tiene a Cristo, con todos los medios de su salvación; [y] son el cuerpo de Cristo, y una iglesia completa en sí. En consecuencia pueden, y deben, cuando se reúnen, orar, profetizar, partir el pan y administrar en su totalidad las santas ordenanzas” (art. 11).

Para los bautistas la adoración es fundamentalmente la de la congregación a la cual pertenece el creyente individual. Históricamente, un factor que hizo su aporte importante a este énfasis en la comunidad que adora fue el rechazo de la adoración jerárquica de la iglesia medieval. Dentro del marco de aquel modelo, los laicos solamente podían entrar a la presencia de Dios a través del sacrificio que el sacerdote ofrecía en su favor. Al recuperar la auténtica adoración cristiana, los reformadores protestantes se convirtieron en paladines del sacerdocio de todos los creyentes, o sea la convicción de que cada cristiano es un auténtico sacerdote de Dios y ministra junto con los otros sacerdotes en la presencia de Dios a través de la adoración y la oración. Los bautistas estuvieron a la vanguardia en la celebración de este concepto bíblico crucial. Varias cosas se desprenden de este concepto de la comunidad que adora.

Primero, en tanto que la adoración en “tu habitación” (Mat. 6:6) es una práctica que no necesita defensa entre los bautistas, el aspecto central de la adoración es que se

trata de una experiencia corporativa, especialmente los domingos, cuando toda la congregación se reúne.

Segundo, esta experiencia necesita involucrar a la congregación. Sin duda, en la mayoría de las congregaciones bautistas alrededor del mundo el pastor desempeña un papel destacado en la planificación y conducción de los cultos de adoración. Pero pasajes como 1 Corintios 12:4-12, con su metáfora de un cuerpo con miembros que se complementan en sus funciones, son significativos. No todas las congregaciones bautistas se sienten impulsadas a estimular una expresión carismática (en el sentido más limitado de la palabra) de los dones del Espíritu Santo, aunque algunas sí lo hacen. No obstante, allí donde la adoración bautista consiste totalmente del liderazgo por parte del ministro ordenado y sin que se oiga otra voz que las que salen de la congregación en adoración, es probable que esa iglesia se haya apartado de las convicciones bautistas tradicionales.

Tercero, la adoración necesita de un contexto de profundo interés por otros. La expresión del culto de adoración no debe ser meramente en sentido vertical, dirigido a Dios, sino también horizontal, en dirección a los demás creyentes. Por decirlo de otra manera, el Dios a quien adoramos lo entendemos no solamente como infinitamente exaltado por sobre nosotros, sino también revelándose a sí mismo a través de sus hijos, nuestros hermanos y hermanas en Cristo en medio de los cuales estamos sentados. “Pero el mayor de ellos es el amor” (1 Cor. 13:13) tiene su aplicación a la adoración al igual que a todos los otros aspectos o áreas de nuestra experiencia cristiana. Jesús enseña que aun el hecho de estar enojado con otro adorador invalida totalmente nuestra adoración (Mat. 5:21-25). Pablo señala la misma verdad en 1 Corintios 11:27-34. Traemos juicio sobre nosotros mismos cuando participamos de la cena del Señor “no discerniendo el cuerpo” de Cristo, es decir, sin reconocer la seriedad de lo que significa tolerar la desunión dentro del cuerpo de Cristo, la comunidad de la iglesia. La auténtica adoración bautista es la adoración del cuerpo de Cristo.

Orden y libertad

Lo central de nuestro énfasis en la primacía de la congregación local es la promesa de Jesús: "Porque donde dos o tres están congregados en mi nombre, allí estoy

yo en medio de ellos” (Mat. 18:20). Tanto el concepto congregacional de la adoración como la competencia de la iglesia local para ordenar sus asuntos se desprenden de la convicción que, al reunirse, la iglesia experimenta la presencia del Señor resucitado.

Este principio debiera traer a nuestra adoración un sentido de frescura, hasta de entusiasmo, al reunirnos en la presencia del Señor viviente. Esto no significa que deba existir una falta de interés por el orden dentro de la adoración. En la práctica, los bautistas en todos los siglos encontraron que la preparación de la experiencia de adoración de manera cuidadosa y en oración tiene un sentido otorgado por el Espíritu. Pero cuando los cultos están tan estructurados que se vuelven pesados y aburridos y hasta es posible predecir el próximo paso, y no se advierte la existencia de espacio alguno para que Dios pueda moverse entre nosotros, hemos violado una vez más nuestro principio congregacional básico. El corazón mismo de la adoración es nada menos que un encuentro con el Señor Jesús resucitado, ¡sin duda la experiencia más renovadora, estimulante, y emocionante a la que tiene acceso el ser humano!

Al entrar en el tercer milenio esta preocupación por una correcta libertad en nuestra adoración tiene varios contextos nuevos y significativos. Vivimos en un mundo en el que las antiguas líneas divisorias están desapareciendo. Muchas iglesias están experimentando la emoción de dar la bienvenida a nuevos adoradores que no tienen raíces tradicionalmente bautistas, y ni siquiera cristianas. Las necesidades de ellos y sus expectativas son diferentes y, sin embargo, ellos también quieren adorar. Necesitamos encontrar maneras de escucharlos y de abrazarlos genuinamente.

Nuestro mundo es también uno que se achica. La combinación de la revolución de las comunicaciones, junto con un movimiento sin precedentes de personas que se desplazan alrededor del mundo lleva a que las iglesias, principalmente en las áreas urbanas, estén experimentando una cada vez mayor diversidad racial y cultural. Estas son, en algunos aspectos, las iglesias del futuro. Esta realidad abre perspectivas desafiantes para la adoración bautista. El cancionero internacional *Celebremos a Cristo: ¡La esperanza del mundo!* presentado en el Congreso de la BWA en Buenos Aires en 1995 representa un importante anticipo de esa adoración multicultural que se divisa en el horizonte invitándonos entusiasmada, y que de una manera tan notable habrá de preparar a sus participantes para la adoración multicultural en el cielo (Dan. 7:14; Apoc. 7:13).

La Palabra de Dios

Los bautistas son un pueblo de la Biblia. En *What Baptists Stand For* (Lo que sostienen los bautistas), Henry Cook señala: “Es este énfasis en la supremacía del Nuevo Testamento en toda cuestión de fe y práctica lo que constituye la base de la posición bautista” (p. 13).

Ya nos hemos referido a las sesiones de cuatro horas de lectura y exposición de la Biblia en la congregación bautista en Amsterdam en 1609. Aunque la duración de los cultos en la actualidad varía grandemente, desde una hora en algunas congregaciones de occidente a tres horas o más en muchas iglesias en Europa oriental, Asia y Africa, lo que permanece es el instinto de la regla de las Escrituras. En consecuencia, la adoración comienza correctamente con un llamado bíblico a la adoración, haciendo explícita la iniciativa y el liderazgo de Dios. La lectura pública de un pasaje o pasajes de las Escrituras es un momento importante en el culto, pudiéndose también incluir lecturas antifonales o al unísono.

En la adoración bautista, la manera más obvia en que se refleja el hablar de Dios a través de su Palabra se encuentra en el mensaje o sermón. Correctamente entendido, el mensaje es una parte fundamental de la adoración, y hay elementos que permiten afirmar que es uno de los momentos más sagrados, ya que se trata de una oportunidad en que Dios nos habla directamente. El desafío del predicador es enorme. Un mensaje mal preparado o pobremente presentado, que carece de profundidad de entendimiento del texto bíblico, o que no tiene aplicación a la experiencia de vida de los oyentes, es una violación de este momento importantísimo y santo en la adoración. Pero bañada en oración y administrada con responsabilidad, la predicación de la Palabra puede representar, para una congregación atenta, un momento de trascendental importancia, al ser guiada a entrar en la presencia misma de Dios, a oír su voz, y encontrarse con él en su gracia y gloria.

Algo sumamente importante, y que está en plena concordancia con esta consagración a la Palabra de Dios, es el énfasis en la capacitación de los laicos. Muchas iglesias bautistas tienen organizada la educación cristiana, por lo menos para los más jóvenes. En aquellos casos en que abarca todas las edades, tiene el propósito de brindar a los miembros el acceso a un conocimiento vital y práctico de las Escrituras en lo que

hace a la relación de ellas con nuestras vidas diarias.

Salmos, himnos y cánticos espirituales

“Mi corazón está firme, oh Dios; cantaré y entonaré salmos, aun con mi alma” (Sal. 108:1). El salmista refleja un instinto fundamental del espíritu humano delante de la gloria y la bondad de Dios. Cantar y componer música era un aspecto central de la adoración bíblica, ya sea en la forma de la celebración espontánea de una María (Exo. 15), en las alabanzas del templo guiadas por el coro (Neh. 12), en los “salmos, himnos y cánticos espirituales” del nuevo pacto (Col. 3:16), o en la adoración extática de las huestes celestiales (Apoc. 5:13; 7:10).

Los bautistas de la primera hora eran un tanto reticentes en este sentido, prefiriendo hacer hincapié en la exposición bíblica al punto de una virtual exclusión de todo lo demás. No obstante, el paso de los siglos trajo un reconocimiento del lugar fundamental de la alabanza congregacional y el ministerio de la música en general. Los bautistas se han contado entre los más destacados escritores y compiladores de himnos, y son representados por nombres como los de Benjamin Keach y Juan Rippon, y en nuestro tiempo B. B. McKinney, William J. Reynolds, David Peacock y Graham Kendrick. Las iglesias que funcionan con un equipo ministerial por lo general tienen un ministro de música, reconociendo el papel fundamental de la música, tanto coral como instrumental, en el enriquecimiento de la adoración cristiana. La singular explosión de nuevas canciones escritas en los últimos 30 años ha contribuido grandemente a la renovación de la adoración bautista en muchos lugares. Lamentablemente, se han generado tensiones entre estilos de letras y músicas tradicionales *versus* modernas. En otros lugares, felizmente, una combinación juiciosa y madura de ambas corrientes ha resultado en un profundo enriquecimiento y una nueva relevancia.

Las ordenanzas

Los bautistas siempre reconocieron la importancia de las acciones de Jesús al instituir las dos ordenanzas del evangelio: el bautismo y la cena del Señor. A fin de evitar situaciones incómodas para los presentes que no participan, a veces la cena del Señor se celebra como un agregado o un apéndice del culto. Lamentablemente esta

práctica puede restarle importancia. La sensibilidad para con los sentimientos de los que no participan es algo saludable, pero es fácil caer en un exceso de sensibilidad. No debiéramos subestimar el potencial evangelístico de la cena del Señor en sí, tanto al anunciar el evangelio como en la oportunidad que brinda de poder responder a él cuando los elementos de la Cena se convierten en vehículos tangibles de un abrazo personal por parte del Cristo al cual señalan. Ambas ordenanzas señalan directamente a Cristo y ligan a la iglesia de manera aún más firme con él.

La ofrenda

La adoración bíblica encontró un lugar significativo para la presentación de los diezmos y las ofrendas. En ambos Testamentos la respuesta a la gracia y la bondad de Dios reclamaba una respuesta tangible, consciente y sacrificio en dinero o cosas de valor equivalente (Gén. 14:20; Lev. 27:30; Mal. 3:10; Mat. 6:2-4; 1 Cor. 16:1-4). Esto ha sido una afirmación permanente de los bautistas. En la actualidad los presupuestos anuales son algo corriente, y muchas iglesias tienen una comisión de mayordomía que promueve y lleva el control de las ofrendas de la congregación, a la vez que recuerdan y enseñan a la misma los principios de la mayordomía. La presentación de las ofrendas y diezmos, que a menudo se lleva a cabo al momento de participar de la cena del Señor, representa un momento profundo y significativo en los cultos de adoración en las iglesias bautistas, y para muchas personas representa también la oportunidad de participar en la extensión del reino de Dios. La tendencia que se observa en algunas iglesias occidentales, de ofrendar en forma mensual, y aún anual, puede servir para reducir la fuerza de este acto semanal de adoración y consagración personal.

El levantamiento de manos piadosas

El ministerio sacerdotal en la Biblia entrañaba el ofrecimiento de oración (Heb. 5:1-3, 7-10; ver 1 Sam. 12:23). Tradicionalmente, las oraciones de intercesión han ocupado una parte importante en nuestra adoración como una expresión del sacerdocio de la totalidad de la congregación. Aunque por lo general sean ofrecidas por el ministro ordenado o por otro líder de adoración representan las oraciones combinadas de toda la iglesia, por lo que debe proveerse espacio para que la congregación pueda participar de

manera significativa. Resulta relevante aquí la súplica de Pablo por una debida amplitud en las cosas que nos preocupan como cristianos. “Por esto exhorto ante todo, que se hagan... intercesiones... por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia” (1 Tim. 2:1, 2). En este aspecto nuestra adoración debe ministrar a la diversidad de las necesidades de la congregación, y también abrazar a la comunidad del mundo en su quebrantamiento y necesidad. Correctamente guiada la oración intercesora ocupa un momento de enorme importancia dentro de un culto bautista de adoración.

La trascendencia de la adoración

Nuestra adoración está correctamente enfocada y expresada al realizarla en cultos corporativos dentro de un edificio de iglesia u otro lugar de reunión. Pero dado que Dios es Señor de la totalidad de la vida, el acto de rendirle honra nunca puede limitarse a un lugar exclusivo o a una única oportunidad en la semana. La auténtica adoración cristiana reconoce tres maneras en las cuales nuestro sentir frente a la dignidad de Dios trasciende a los cultos congregacionales.

En primer lugar, como señala Jesús, hay una necesidad de “entrar en nuestra habitación, cerrar la puerta y *orar* a nuestro Padre... en secreto” (Mat. 6:6). Jesús mismo fue un modelo de esta devoción privada (Luc. 11:1; Mat. 14:23; Heb. 5:7). Al igual que otros cristianos, los bautistas hace mucho que entendieron el llamado a cantar y alabar al Señor “en vuestros corazones” (Ef. 5:19b) y a orar “sin cesar” (1 Tes. 5:17). Los bautistas generalmente promueven el tiempo devocional con Dios como un elemento de suma importancia en la vida del discípulo de Cristo. Siempre que evitemos el peligro del legalismo, esos tiempos tienen el potencial para producir un notable avivamiento en nuestra relación con Dios y en consecuencia aportar realidad y profundidad a la experiencia de adoración congregacional. Pero para muchos bautistas la experiencia de oración más profunda puede ser aquella compartida con otros creyentes a la orilla de un río en Ghana, o temprano por la mañana en una reunión de oración en el templo en Corea del Sur

Segundo, como discípulos de Cristo estamos llamados a llevar su nombre al mundo, ser sus "testigos" (Hech. 1:8). H. Wheeler Robinson acertadamente lo denomina “la función profética de todos los creyentes”. Compartir el evangelio siempre fue

reconocido por los bautistas como un deber sagrado. La Unión Bautista de Gran Bretaña e Irlanda, entre otras, incluye en su Declaración de Principios la expresión “para dar testimonio personal del Señor Jesucristo”. El acto de compartir el evangelio está saturado de adoración.

La Biblia enseña que por naturaleza todas las personas son adoradores (Rom. 1:25). “Debemos adorar a Dios o a un ídolo” (Martín Lutero). Como seres caídos adoramos a falsos dioses. Por lo tanto, cuando el evangelio llama a las personas al arrepentimiento, las está llamando a renunciar a los ídolos que hay en sus corazones y a comenzar a adorar y servir al único Dios verdadero. Dicho de otra manera, una genuina preocupación por honrar a Dios en el mundo inevitablemente habrá de expresarse a través de, entre otras cosas, la preocupación por la evangelización mundial. La afrenta a Dios que significa la adoración de ídolos en los corazones de quienes no conocen a Cristo se verá de esta manera reducida, a la vez que será dada a Dios verdadera honra por ellos a medida que se arrepientan y lo invoquen a través del Señor Jesucristo.

Los bautistas, a través de la enorme contribución a la extensión del evangelio a nivel mundial que realizaron William Carey, Adoniram Judson y la multitud de sus sucesores, han puesto de relieve su anhelo de honrar a Dios en el mundo. ¡La adoración de ellos ha trascendido! De manera similar, la pasión por la evangelización manifestada por grandes predicadores bautistas como C. H. Spurgeon, Alexander Maclaren, George W. Truett, Billy Graham, Billy Kim y Nilson Fanini es sin duda alguna un genuino anhelo de glorificar a Dios en el mundo. Se trata de una auténtica trascendencia de la adoración. Los verdaderos adoradores son testigos.

Tercero, nuestra adoración trasciende cuando toca nuestras vidas diarias. Pablo anima a los colosenses: “Y todo lo que hagáis, hacedlo de buen ánimo como para el Señor... ¡A Cristo el Señor servís!” (Col. 3:23, 24). El Señor es honrado, y en consecuencia recibe adoración, cuando cumplimos con nuestras responsabilidades diarias poniendo lo mejor de nosotros; como para él. Este principio sumamente importante hace que la adoración se extienda, en un paso, a la totalidad de nuestras vidas. Por lo tanto, los días de la semana dedicados al trabajo, transcurridos en casa o participando en nuestra comunidad, guardan perfecta correspondencia con nuestro domingo en el templo como tiempos de adoración, de la misma manera que nuestras oportunidades para el esparcimiento. “Y no habrá parte del día o de la noche que no deba ser santificada” (del

himno de Horatius Bonar: “Llena tú mi vida, oh Señor mi Dios”. En este sentido, resulta apropiado señalar que la palabra más común que se usa en el Nuevo Testamento para adoración puede también traducirse como “servicio” (Rom. 12:1; Apoc. 22:3).

Este concepto amplio y abarcativo del discipulado cristiano se reflejó de manera significativa en la vida bautista a través de los siglos. Se expresa en el fuerte énfasis en el ministerio laico y en el instinto por la dignidad humana, la libertad religiosa y la justicia social, a través de los cuales ha manifestado que la vida pública es una de las áreas fundamentales en que se desarrolla el ministerio cristiano, juntamente con la iglesia como un cuerpo y la experiencia en el templo. “¿No consiste, más bien, el ayuno que yo escogí, en desatar las ligaduras de impiedad... en dejar libres a los quebrantados... y... en compartir tu pan con el hambriento?” (Isa. 58:6, 7). Este reconocimiento de todo lo que cae dentro de la esfera de la adoración es una verdad que tiene un efecto liberador maravilloso para los laicos, que quizá no tengan el tiempo necesario para participar activamente en expresiones de servicio que están centralizadas en la iglesia. El llamamiento no es simplemente a asistir a los cultos de adoración sino a adoptar un estilo de vida de adoración.

Conclusión

Al entrar a un nuevo milenio la instrucción sigue siendo la misma: “Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás” (Mat. 4:10). Los bautistas pueden enfrentar el desafío del futuro con confianza. El Señor nos ha mostrado quién es. El nos lleva a la adoración. ¡Gloria a su nombre! El también nos ayudó a darle forma a nuestra respuesta de adoración. Sabemos, al menos en parte, qué es lo que él quiere que hagamos en la adoración.

Como creyentes bautistas tenemos un valioso pasado para inspirarnos y una hermosa comunidad internacional a la cual pertenecemos. Tenemos un sentido de comunidad muy relacionada entre sí, que cada día demostrará más y más su importancia. Tenemos un instinto por la libertad y una flexibilidad que nos ayudarán a enfrentar los desafíos del mundo del mañana. Pero en última instancia, nuestra confianza está fundada en el Señor y Cabeza de la Iglesia, quien está entre nosotros y nos promete su presencia continua hasta ese momento, determinado en la eternidad, en que vuelva con “con gran

poder y gloria” (Mar. 13:26). Entonces, la adoración que ahora ofrecemos, que es el mayor privilegio que compartimos y la acción más elevada que somos capaces de realizar, dará lugar a la adoración celestial, y junto con todos los hijos de Dios, de todas las iglesias y de todos los siglos, nos postraremos delante de él en adoración. “Al que está sentado en el trono y al Cordero sean la bendición y la honra y la gloria y el poder por los siglos de los siglos... ¡Amén!” (Apoc. 5:13, 14).

5

VIDA Y LIDERAZGO EN LAS IGLESIAS BAUTISTAS

Nuestras vidas están envueltas en nuestra propia historia y en la historia del pueblo con el que habitamos en nuestra propia tierra. No es fácil para un cristiano bautista imaginar que él o ella forma parte de una comunidad de 42 millones de creyentes bautizados en algo más de 200 países. Muchas personas pasan por la vida como si ellas fueran el centro mismo de la creación. Este localismo hace que la perspectiva de estas personas sea poco confiable. Usted, como bautista, pertenece a una congregación y a un país que es parte de las 191 uniones y convenciones bautistas en todo el mundo, una familia mundial.

Las ideas compartidas aquí nos recuerdan que somos parte de una narración más amplia y que Dios quiere irrumpir en nuestra historia. Admitir que Dios es el actor principal en la historia humana nos da una nueva perspectiva. Nuestras historias no tendrían sentido sin el Autor de la historia. ¡Buenas noticias! Dios, la Presencia a menudo no reconocida, quiere entrar en nuestra historia y llevarnos más allá de ella. Mientras leemos sobre la vida y el trabajo de la iglesia, piense cómo la historia bíblica de la redención instruye y forma a los líderes de la iglesia en la actualidad.

El lugar para comenzar a examinar la vida y el liderazgo en la iglesia bautista es su base bíblica. Esto se hace necesario dado que algunas iglesias enfrentan confusión. Ciertas congregaciones han seguido modelos seculares en lugar de la enseñanza bíblica. Uno de estos modelos proviene del mundo de los negocios, donde los líderes comercializan productos y manejan instituciones. Otro modelo es el militar. Varios grupos religiosos han confiado en el poder militarista para lograr conversos e imponer su fe a la gente. Los cristianos cayeron en esta tentación durante las Cruzadas de la Edad Media. El concepto del entretenimiento ha ejercido su influencia en algunos estilos bautistas de adoración. En algunas iglesias los líderes han dependido de su habilidad

artística para atraer a la gente. De la misma manera, los deportes han apelado a algunas iglesias que prosperan sobre la base de lo competitivo.

En ciertas partes del mundo los cristianos se reúnen informalmente para estudiar la Biblia, orar y tener compañerismo, y aun así se llaman a sí mismos "iglesia". Hay un predicador laico en Zambia que tiene 17 congregaciones en aldeas remotas. Sus visitas a estas obras misioneras son poco frecuentes, y no están bien formadas o debidamente organizadas como congregaciones. Una reunión casera de creyentes chinos, ¿es una "iglesia"? Las Escrituras pueden ayudarnos a superar conceptos erróneos sobre la definición de lo que es una iglesia, como asimismo de su vida y liderazgo.

La palabra bíblica para la iglesia del Nuevo Testamento significa "los que son llamados", que están congregados delante de Dios y bajo sus mandamientos. La iglesia está conformada por personas a las que Dios llamó a la salvación. No es un club al que uno se asocia para obtener beneficios sino aquellos llamados por Dios que responden a su gracia. Jesucristo es el fundamento de la iglesia y su Espíritu es la base del compañerismo en una iglesia. El apóstol Pablo escribió: "Porque de la manera que el cuerpo es uno solo y tiene muchos miembros, y que todos los miembros del cuerpo, aunque son muchos, son un solo cuerpo, así también es Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos bautizados todos en un solo cuerpo, tanto judíos como griegos, tanto esclavos como libres; y a todos se nos dio a beber de un solo Espíritu" (1 Cor. 12:12, 13).

Algunos lectores podrán preguntarse qué es lo que distingue a las prioridades bautistas de otros conceptos cristianos de liderazgo y vida de iglesia. Con otros grupos cristianos compartimos creencias como: la salvación por gracia por medio de la fe; el bautismo del creyente por inmersión; una iglesia con una membresía regenerada; el gobierno congregacional; el sacerdocio de todos los creyentes; y aun la doctrina de separación entre la iglesia y el Estado. Existe un principio previo fundamental para entender esto: la capacidad de cada persona de acceder a Dios de forma directa. Algunos bautistas han denominado a este ideal la competencia del alma (la capacidad de una persona) para relacionarse con Dios. Las denominaciones no bautistas pueden tener como muy importante una o más de estas doctrinas en común. Lo distintivamente bautista podría hallarse en la manera en que se combinan todas estas atesoradas creencias.

Cada una de las creencias bautistas mencionadas se apoya sobre el principio de la capacidad que tiene la persona de experimentar a Dios. Una vez que una persona responde al regalo de Dios de la salvación en Jesucristo, la obediencia requiere que reciba el bautismo en una congregación local de creyentes. Las congregaciones debidamente constituidas por miembros bautizados se gobiernan a sí mismas libremente, y no por medio de sistema religioso jerárquico alguno. Cada creyente es un sacerdote, tanto para él mismo delante de Dios, como también para ocuparse de otros creyentes y del resto de la gente en el mundo por quienes Cristo murió.

A partir del momento en que una persona pasa a ser miembro de una comunidad específica de creyentes, ¿cómo se puede participar de la vida y liderazgo de la iglesia? Y más allá de eso, ¿cómo hacen las congregaciones bautistas para trabajar en obediencia al plan de Dios para la evangelización del mundo? Temas como éstos son los que ocuparán nuestra atención ahora.

El plan de salvación de Dios

Los bautistas creen que la salvación del pecado para vida eterna precede a la condición de miembro de una iglesia local. Pablo escribió a los cristianos de Efeso: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No es por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo para hacer las buenas obras que Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas (Ef. 2:8-10). La iniciativa de Dios es su gracia que elige. Nuestra respuesta es la fe personal, el medio por el cual aceptamos su regalo de la vida eterna a través de la muerte en sacrificio de Jesucristo en la cruz. Si bien no somos creados por nuestras buenas obras, sí lo somos para buenas obras.

Estas palabras de la carta a los Efesios son el corazón del evangelio. El plan de Dios es simple y sencillo y, sin embargo, a lo largo de los siglos los seres humanos han buscado hacerle agregados. Por ejemplo, cuando Pablo y Bernabé predicaron las Buenas Nuevas (el evangelio) a los gentiles, un grupo dentro de la iglesia en Jerusalén, a quienes llamamos judaizantes, los criticaron (Hech. 15.1-5). Ellos creían que los gentiles tenían que hacerse judíos prosélitos y ser circuncidados para recibir salvación en Cristo. Su punto de vista exigía fe más obras, y no la gracia de Dios por la fe únicamente. Tal

confusión espiritual causó un gran conflicto en la iglesia primitiva, el cual se resolvió en la conferencia en Jerusalén (Hech. 15).

El significado más elemental de *gracia* es regalo inmerecido. Uno de los verbos del Nuevo Testamento traducidos como "perdonar" deriva de la raíz de gracia. Dios no quiere que nadie se pierda sino que todos se arrepientan y reciban vida eterna (2 Ped. 3:9). El regalo de Dios está disponible para todo aquel que quiera recibirlo. Algunas denominaciones tienden a agregar requisitos y detallar a su manera las condiciones para el regalo de Dios; por ejemplo, la regeneración por medio del bautismo en las tradiciones que requieren el bautismo para ser salvo, la autoridad de la enseñanza del Papa en la Iglesia Católica Romana, y los dones carismáticos en algunas tradiciones y congregaciones.

Cuando una persona confía en Jesucristo tiene la seguridad de la vida eterna. Sin embargo, el Nuevo Testamento enseña que la salvación es un acontecimiento, un proceso y una consumación. Cuando los creyentes en el tiempo del Nuevo Testamento experimentaban tentaciones y pruebas, se les decía: "Ahora la salvación está más cerca de nosotros que cuando creímos" (Rom.13:11). Muchos de los primeros cristianos creyeron que la conversión era el fin, pero pronto entendieron que era el principio visible de la salvación. Pablo les recordaba a ellos y a nosotros: "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor" (Fil. 2:12). Dios honra tal obediencia con su constante cuidado y su poderosa presencia.

Los bautistas sostienen que una vez que una persona ha nacido de nuevo verdaderamente, tiene lugar un proceso de maduración. A la primera etapa la denominamos regeneración o nuevo nacimiento de lo alto. La conversación de Jesús con Nicodemo (Juan 3:3-7) puso en claro que la regeneración es un nacimiento espiritual. Así como uno nace a la vida física, a las relaciones y las responsabilidades, también es esencial el nacimiento espiritual. El bautismo demuestra que el "antiguo yo" debe morir; que nace un nuevo ser moral y espiritual.

La regeneración requiere discipulado y vivir en el camino hacia la rectitud (justicia). Esta forma de manifestar la vida cristiana se llama santificación. Con la formación de un carácter como el de Cristo vienen decisiones, tentaciones, fracasos, aflicciones, penas y alegrías. Así es el camino de la fe; de manera que Cristo nos dio la iglesia como una compañía de otros creyentes. Y aún más, Dios nos da su Espíritu

Santo tal como lo hizo con los creyentes en los tiempos bíblicos (Juan 14:16-17a; Ef. 1:13b-14). Pablo escribió que el cuerpo de un cristiano se convierte ni más ni menos que en un "templo" del Espíritu Santo (1 Cor. 6.19).

En última instancia, la salvación apunta a la *glorificación* luego de esta travesía terrenal. La Biblia enseña que más allá de la muerte hay resurrección y juicio. La gloria significa el momento de recibir nuestra recompensa en el cielo, luego de la resurrección de nuestro cuerpo (Rom. 8:23, Ef. 1:14). Todos los cristianos que hayan sido regenerados estarán con Dios en el cielo. Pero la medida de la recompensa de cada uno estará determinada por su fidelidad en la tierra (Mat. 25:14-23).

Unirse a una congregación de creyentes cristianos no es lo mismo que ser salvo. A partir del momento que uno cree en Jesucristo, la obediencia requiere compartir la membresía en una comunidad de creyentes cristianos. El Nuevo Testamento sugiere que la iglesia es un organismo (*koinonia*) —el "cuerpo de Cristo"— con una vida interior propia. También está estructurada como una organización (*ekklesia*), creyentes "llamados afuera" del pecado y para funcionar en misión en el mundo. De los primeros cristianos aprendemos que los bautistas necesitan ser un pueblo con propósito, enviados en misión para Dios.

Enviados en misión

Jesús entendió que no estaba en esta travesía por su propia cuenta, sino que había sido enviado a ministrar. Lucas registra las palabras de Jesús: "Me es necesario anunciar el evangelio del reino de Dios a otras ciudades también, porque para esto he sido enviado" (Luc. 4:43). Jesús ministró como un enviado por Dios e instruyó a sus discípulos acerca de lo que esto significaba para ellos: "El que os recibe a vosotros a mí me recibe, y el que me recibe a mí recibe al que me envió" (Mat. 10:40). Es probable que la idea de Jesús de ser enviado por Dios se reflejó en el uso de la palabra *saliah*, que significa enviado, agente, o embajador en la literatura rabínica judía de su tiempo.

Como Jesús era el enviado de Dios designó discípulos para que fueran sus embajadores. Según Lucas 9 Jesús envió a los 12, y según Lucas 10 envió 70. Sea cual fuere la relación entre estos relatos, nos muestran a Jesús enviando. El pasaje que llamamos "la Gran Comisión" (Mat. 28:18-20) es una extensión de aquella comisión

primera. ¿En qué consistía esta comisión? En hacer discípulos (evangelismo) y enseñar (la verdad).

La visión del autor en Lucas y Hechos es la de una misión que transforma al mundo. Lucas comenzó con una presentación general del plan de Dios para el nacimiento y ministerio terrenal de Jesús (caps 1 al 3). Después de la tentación de Jesús su desafío misionero en relación con el judaísmo y el Imperio Romano se expresó a través de su vida en Galilea y otras áreas de Palestina, culminando en Jerusalén. Las palabras de Jesús después de su resurrección en Hechos 1:8, describen la misión de la iglesia: "Pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo haya venido sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra". La primera tarea dentro de la redención fue la obra de Jesús. La segunda misión debe ser llevada a cabo por testigos, que son los apóstoles de Jesucristo.

Los apóstoles eran personalidades centrales en la iglesia primitiva. Pablo llegó a ser apóstol debido a su experiencia de conversión en el camino a Damasco, en la que vio a Cristo en visión. En sus epístolas a menudo defiende su apostolado. Su ministerio era cumplir la Gran Comisión como un apóstol de Jesucristo.

Filipenses 2 es una descripción del envío de Jesús por parte de Dios. Su ministerio se reflejaba en un himno de los comienzos del cristianismo, citado por el apóstol Pablo. Cristo Jesús dejó las riquezas de la gloria para nacer en circunstancias humildes, servir a la humanidad, morir en la cruz y resucitar de entre los muertos. Pablo insta a la iglesia en Filipo a ser como Jesús.

La vida de iglesia y el ser enviado por Jesucristo están íntimamente relacionados. Somos el pueblo de la Gran Comisión. El acto del bautismo identifica a los creyentes con la misión redentora de Cristo: hacer discípulos en todo el mundo. Pero la Gran Comisión también manda enseñar. La vida de iglesia es conducir a las personas de las tinieblas de la ignorancia a la luz de la verdad. La iglesia está para enseñar a la gente a "guardar todas las cosas que os he mandado" (Mat. 28:20). Así como existe el bautismo, también existe un contenido ético del evangelio de Jesucristo. Como el libro de texto de la iglesia, la Biblia guía la formación del carácter cristiano, las decisiones personales y la conducta en la comunidad de la fe. Esta nueva forma de vivir se exterioriza a través del servicio a Dios.

El servicio a Dios

La palabra "siervo" es importante para los líderes de la iglesia, porque era importante para Jesús. Él se vio a sí mismo como tomando el papel del Siervo Sufriente de Isaías 53. Marcos 10:45 nos presenta la reflexión de Jesús sobre sí mismo: "Porque el Hijo del Hombre tampoco vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos". La última cena fue una representación que ilustró la actitud de servicio de Jesús. El clímax de la representación fue el momento en que Jesús lavó los pies de los discípulos. Él cumplió el papel de humilde sirviente al lavar los pies de los invitados a la cena.

La iglesia cristiana de los primeros tiempos pronto interpretó el ministerio de Jesús en términos del Siervo Sufriente de Isaías. El himno de Filipenses 2 declara que Jesús tomó "forma de siervo". Observando que Jesús vivió como siervo los primeros cristianos comenzaron a considerarse a sí mismos siervos y a buscar servir. Cuando fueron elegidos los siete (Hech. 6:1-6), lo fueron para servir. Algunos intérpretes sostienen que éstos fueron los primeros diáconos. El argumento para afirmarlo ha sido que la palabra griega para diáconos es *diakonos*, que significa "siervo."

Pablo se asigna la categoría de siervo. Algunas de sus epístolas las comenzaba presentándose como apóstol, y otras (Romanos y Filipenses) declarándose siervo (*doulos*) de Jesucristo. Usó los términos "diaconisa" y siervos" como palabras de elogio en cuanto a Febe en Romanos 16:1 (*diakonos*) y en cuanto a Epafras en Colosenses 4:12 (*doulos*).

El sacerdocio de los creyentes es parte de esta actitud de siervos que caracteriza a los discípulos de Jesús. Según 1 Pedro 2:4-10 Jesús es la piedra desechada por los edificadores pero que Dios eligió como preciosa piedra angular. Este pasaje se parece mucho al himno de Filipenses 2, en el cual al final Dios exalta a su Hijo-siervo. Lo que se desechó en 1 Pedro es probablemente la imagen de un siervo. El resultado es que los cristianos son "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido". Sin embargo, este sacerdocio no es para gloria del cristiano sino para que "anunciéis las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable". De aquí que como sacerdotes, los cristianos debemos servir anunciando las virtudes de Cristo. Para

los cristianos, la orden del sacerdocio no es para ejercerlo *sobre* los demás sino *entre* ellos. Somos sacerdotes los unos de los otros.

El fuerte énfasis de Jesús y la iglesia apostólica sobre la actitud de siervo es importante para la vida y liderazgo de la iglesia, porque líderes son aquellos que sirven. Según S. F. Winward en *The Pattern of the Church: A Baptist View* [El modelo de iglesia: una visión bautista], editado por Alec Gilmore, la iglesia recibe de Jesús mismo su tarea profética, sacerdotal, de servicio y de pastoreo. El aspecto fundamental del liderazgo de la iglesia no es tanto habilidad sino disponibilidad. La cualidad principal de los líderes de la iglesia no es su autoridad sino su espíritu de servicio. Los tiempos más honrosos de la iglesia fueron aquellos en que se dio en servicio al mundo, y sus horas más oscuras aquellas en que buscó la posición en lugar del servicio.

El servicio de la iglesia incluye la adoración, o el "sacrificio de alabanza a Dios" (Heb. 13:15), la proclamación, o "declarar las virtudes de aquel que nos llamó" (1 Ped. 2:9), y el ministerio o servicio a los que están en desventaja (Heb. 13:16). De manera que el evangelismo es un trabajo de siervo, no de vendedor. Alimentar al hambriento, y ayudar al pobre y al oprimido, son actos que realiza un siervo (Luc. 4:17-19).

La iglesia y sus líderes necesitan prestar atención a la advertencia de Jesús: "De cierto, de cierto os digo que el siervo no es mayor que su señor, ni tampoco el apóstol es mayor que el que le envió" (Juan 13:16). Si Jesús fue el siervo, entonces la iglesia es una comunidad de siervos. Dado que Jesús fue un siervo, la legítima tarea de los líderes de la iglesia es servir a los demás y no el glorificarse a sí mismos. Una obediencia de esta naturaleza es posible gracias a la presencia, guía y poder del Espíritu Santo (2 Cor. 4:7).

El poder del Espíritu Santo

La palabra "espíritu" describe el centro vital de la vida de la iglesia. A menudo el Nuevo Testamento utiliza el término "Espíritu Santo" en vez de "espíritu". Cualquiera sea el término que usemos necesita referirse al Espíritu Santo que da el poder, y no confundir "espíritu" con una actividad entusiasta o el mero emocionalismo. El Espíritu de Dios es el "Consolador" o "Consejero" al que se refiere el Evangelio de Juan (Juan 14:16, 26; 15:26; 16:7).

Del mismo modo que con la salvación, la misión y el servicio, Jesús es la fuente

de nuestro concepto del Espíritu como la esencia de la vida y el ministerio de la iglesia. El punto de partida es el relato del nacimiento virginal. Lucas 1:35 nos presenta a un ángel diciéndole a María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por lo cual también el santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios”. La extraordinaria concepción de Jesús fue por medio del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo fue importante a lo largo de la vida y ministerio de Jesús (Juan 3:34). El Evangelio de Marcos dice sobre el bautismo de Jesús: “Y en seguida, mientras subía del agua, vio que los cielos se abrían y que el Espíritu descendía sobre él como paloma. Y vino una voz desde el cielo: ‘Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia’ ” (1:10, 11). Marcos registra que “en seguida, el Espíritu lo impulsó al desierto” (1:12).

El Evangelio de Lucas subraya el papel del Espíritu en la vida y ministerio de Jesús. Después del desierto “Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea” (4:14). Enseñando en la sinagoga de Nazaret, Jesús citó a Isaías diciendo: “Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos” (4:17-21). La cita de Isaías comenzaba: “El Espíritu del Señor está sobre mí...” Lucas también nos recuerda que Jesús “se regocijó en el Espíritu Santo” (10:21). Tres de los Evangelios (Mateo, Marcos y Lucas) cuentan la historia de la transfiguración de Jesús, Moisés y Elías. Si bien el Espíritu Santo no se menciona, se repiten las palabras usadas en el bautismo de Jesús (“Tú eres mi Hijo amado”).

Jesús afirmó que sus milagros eran por el Espíritu de Dios. Jesús declaró que era "por el dedo de Dios" que "echaba fuera los demonios" (Luc. 11:20). El "dedo de Dios" (ver Exo. 8:19) se refería al Espíritu de Dios. El contexto de esta afirmación fue la acusación de que Jesús usaba espíritus diabólicos tales como Belzebú para echar fuera demonios. Jesús afirmó en cambio que era por el Espíritu de Dios, no por un espíritu satánico, que echaba fuera a los demonios.

Cuando Jesús advirtió sobre el pecado imperdonable (Mat. 12:31, 32), expresó claramente que el pecado consistía en hablar en contra del Espíritu Santo, lo que era una blasfemia más grave que hablar contra del Hijo del Hombre. Jesús le dijo a sus discípulos que dependieran del Espíritu Santo cuando se enfrentaran con la persecución (Luc. 12:11, 12). Lucas coloca esto inmediatamente después de abordar el tema del pecado imperdonable. Obviamente, aquí hay un contraste entre los demonios y el Espíritu

Santo.

El Evangelio de Juan le agrega una dimensión futura a la obra del Espíritu Santo. Cuando Jesús se fuera, los discípulos serían enseñados y recordarían todo lo que él les había dicho, gracias al "Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre" (14:26). El Espíritu fue el compañero de Jesús a lo largo de toda su vida, y Jesús mismo prometió que también sería el consejero de los discípulos. El Espíritu fue quien dirigió, bendijo y revistió a Jesús de poder.

La iglesia primitiva comenzó su obra con la bendición y el poder del Espíritu Santo. El sermón de Pedro en Pentecostés comenzó con una cita de Joel: "Sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños" (Hech. 2:17). Antes de Pentecostés el Espíritu dotaba ocasionalmente a personas especiales, como el caso de los profetas del Antiguo Testamento. En Pentecostés Pedro dijo que la profecía de Joel se había cumplido y el Espíritu había sido derramado. Ahora el Espíritu es constante y universal. Gracias al Espíritu personas de todas las lenguas oyeron el evangelio de boca de unos galileos. La iglesia nació en el poder del Espíritu.

Durante los primeros años de la iglesia, los cristianos comenzaron a tomar conciencia de que poseían dones del Espíritu. El apóstol Pablo reprendió a los gálatas diciéndoles: "¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley o por haber oído con fe?" (Gál. 3:2). Además les recordó cuál era el verdadero fruto del Espíritu en la conducta cristiana (5:22-24). Pablo escribió específicamente acerca de los dones espirituales (1Cor. 12--14). "Ahora bien, hay diversidad de dones; pero el Espíritu es el mismo" (12:4). Después de señalar numerosos dones del Espíritu (12:8-10, 28-30), Pablo continúa con el capítulo del amor (cap. 13), la verdadera comprobación de que uno vive en el Espíritu, y finalmente trata el tema de la profecía (cap. 14).

Pablo les recordó a los filipenses de su "participación" en el Espíritu (Fil. 2:1), dejando implícito que cuando uno está en el Espíritu tendrá la mente de Cristo, lo que se observa en el himno que cita (2:6-11).

La iglesia del Nuevo Testamento era una iglesia del Espíritu. Aunque estaban los apóstoles y los siete, hubo otros líderes que tuvieron "participación en el Espíritu" (Fil. 2:1). De Esteban, el primer mártir cristiano, se dice que fue un "varón lleno de fe y del

Espíritu" (Hech. 6:5). Felipe, también uno de los siete, tenía cuatro hijas que profetizaban (Hech. 21:9). El Espíritu inspiró a los líderes y dirigió la vida de la iglesia de los primeros tiempos. Aunque las iglesias de hoy están separadas de la iglesia primitiva en tiempo, cultura y distancia, nuestra necesidad de dependencia del Espíritu de Dios es más o menos la misma.

Ministerio compartido

El Nuevo Testamento muestra la forma en que surgió el liderazgo en los diferentes escenarios. No señala una única política o forma de gobierno. Los puestos o funciones y las organizaciones fueron cambiando con el correr del tiempo, de acuerdo con las necesidades, el medio en que se encontraban y las nuevas situaciones. En Hechos y las epístolas paulinas, incluyendo las cartas pastorales, podemos ver claramente el surgimiento de dos tipos de líderes. Los líderes carismáticos eran dotados por Dios para determinadas acciones en beneficio de una congregación dada. A medida que las iglesias fueron desarrollando modelos institucionales, aparecieron puestos o funciones más formales.

En Hechos 6:1-6 los doce apóstoles limitaron sus tareas a predicar y enseñar, y designaron siete "ayudantes" cuando se presentó una necesidad especial. Más tarde, en Hechos 11:30, 15:22 y 21:18, surgió un grupo de ancianos (*presbuteroi*). Los profetas, a los que Lucas llama "varones prominentes entre los hermanos" en Hechos 15:22, presidieron en diversas situaciones de culto (Hech. 13:1-3).

La iglesia en Jerusalén, según el libro de Hechos, fue en un principio liderada por los doce apóstoles. Más tarde surgió un concilio de ancianos liderado por Jacobo, el medio hermano del Señor. En los escritos de Pablo aparecen muchas otras designaciones y prácticas. En 1 Tesalonicenses 5:12, 13 y 1 Corintios 16:15-18 Pablo se dirige a ciertos líderes pero sin especificar su título. En otro lugar los destinatarios eran todos los creyentes que se reunían para ministrarse los unos a los otros (1 Cor. 12:4-7; Rom. 12:3-8). En otra carta Pablo se dirige a "todos los santos" con los "obispos y diáconos," los funcionarios oficiales en las iglesias del Nuevo Testamento (Fil. 1:1) Escribiendo a Timoteo, agrega "ancianos" a su lista de líderes (1 Tim. 5:17-22).

Además de aparecer en el Nuevo Testamento personas dotadas con ministerios tales como los de “apóstol”, “profeta” y “maestro” (1 Cor. 12:28; Ef. 4:11), se hace evidente que los ambientes familiares modelaron poderosamente los patrones de vida y de relación social de los primeros cristianos. La cabeza de una antigua familia que brindaba su hospitalidad a la comunidad de creyentes, ejercía cierta autoridad sobre todo el grupo y asumía la responsabilidad de la iglesia en su casa. Para las necesidades propias de los cristianos en cada situación de vida se necesitaban líderes a la medida de esas necesidades.

Aparentemente en el Nuevo Testamento cada iglesia se gobernaba a sí misma. Sus oficiales principales eran los pastores u obispos y los diáconos, quienes compartían el ministerio de la iglesia con el resto de la congregación. Cada creyente bautizado en esa comunidad tenía una tarea. Pablo les recordó a los miembros de una congregación que ellos eran “colaboradores de Dios” (2 Cor. 6:1). Todos los miembros de la iglesia, tanto los líderes oficiales como el resto de la congregación, eran responsables los unos por los otros. Este es el fundamento para el ministerio compartido en las iglesias en la actualidad.

El riesgo del sacrificio y el sufrimiento

Cuando los cristianos buscan obedecer el llamado de Dios dentro del marco de la misión de Cristo, esto puede demandar de ellos sacrificio y sufrimiento. Sacrificio y sufrimiento son términos que describen los potenciales riesgos y dificultades que podrán tener que enfrentar los líderes de la iglesia. Un líder cristiano hace lo que es necesario hacer. Guiar al rebaño de Dios no es tarea fácil porque uno trata constantemente con personas. Sostener principios divinos y promover cambios puede provocar resistencia, resentimiento o aun persecución. Por lo tanto, deberíamos admitir que guiar al pueblo de Dios es una empresa difícil y a veces peligrosa.

Indudablemente, Jesús enfrentó sufrimiento y sacrificio. Esto era parte del cumplimiento de la profecía del Siervo Sufriente de Isaías (Isa. 53). El relato de Lucas de la última cena incluye las palabras de Jesús a sus discípulos: "¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua antes de padecer!" (22:15). El pan partido y el vino de la última cena eran el símbolo de su cuerpo quebrantado y su sangre derramada para

hacer posible la salvación de la humanidad.

Su muerte en la cruz fue sufrimiento, pero también un sacrificio. Marcos 10:45 relaciona íntimamente entre sí los aspectos de la condición de siervo, el sacrificio y el sufrimiento: "Porque el Hijo del Hombre tampoco vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos". Lucas también relata la conversación de Jesús con algunos discípulos en el camino a Emaús, quienes ignoraban que estaban hablando con él. Jesús los reprendió de esta manera: "¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciese estas cosas y que entrara en su gloria?" (Luc. 24:25, 26). Jesús entendió su misión como una empresa sacrificada que daba cumplimiento a la imagen del Siervo Sufriente de Isaías.

Para el tiempo de Pentecostés los discípulos ya habían aprendido la lección, y establecieron la relación entre Isaías y Jesús. El sermón de Pedro en Pentecostés se refirió al hecho de que Jesús fue "muerto por manos de inicuos" (Hech. 2:23). En Hechos 3, Pedro fue más directo: "Pero Dios cumplió así lo que había anunciado de antemano por boca de todos los profetas, de que su Cristo había de padecer" (Hech. 3:18). Pablo unió las ideas del sufrimiento y la sustitución cuando dijo: "Porque aún siendo nosotros débiles, a su tiempo Cristo murió por impíos" (Rom. 5:6). Más adelante también dijo: "Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom. 5:8).

Los líderes de la iglesia primitiva relacionaron el sufrimiento y sacrificio de Jesús con la misión de ellos. Unos apóstoles, después de haber estado en prisión, salieron del concilio "regocijándose porque habían sido considerados dignos de padecer afrenta por causa del Nombre" (Hech. 5:41). No pasó mucho tiempo hasta que el sufrimiento de los cristianos pasara del rechazo al martirio, con el apedreamiento de Esteban. Pablo también fue llamado a un ministerio de sufrimiento. Dios le indicó a Ananías que se ocupara de Pablo luego de su experiencia en el camino a Damasco. El Jesús resucitado señaló: "Porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre" (Hech. 9:16). Con razón Pablo podía afirmar: "Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce perseverancia, y la perseverancia produce carácter probado, y el carácter probado produce esperanza. Y la esperanza no acarrea vergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom. 5:3-5). Él vio al sufrimiento como un aspecto importante del

discipulado; en efecto, "...somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados" (Rom. 8:16, 17).

En las comunidades de fe, el sufrimiento no es meramente una cuestión individual. Al escribir a la iglesia de Corinto, Pablo dijo: "De manera que si un miembro padece, todos los miembros se conmueven con él; y si un miembro recibe honra, todos los miembros se gozan con él" (1 Cor. 12:26). Más adelante, en 2 Corintios 1:6, escribe: "Pero si somos atribulados, lo es para vuestro consuelo y salvación; o si somos consolados, es para vuestra consolación, la cual resulta en que perseveráis bajo las mismas aflicciones que también nosotros padecemos". Luego, cambia el enfoque de la cuestión: "Y nuestra esperanza con respecto a vosotros es firme, porque sabemos que así como sois compañeros en las aflicciones, lo sois también en la consolación" (2 Cor. 1:7). Primera Pedro, con el sufrimiento como tema, parece haber sido escrita para animar a los cristianos que se encontraban a punto de sufrir gran persecución. El escritor los anima diciéndoles: "¿Qué de notable hay si, cuando cometéis pecado y sois abofeteados, lo soportáis? Pero si lo soportáis cuando hacéis el bien y sois afligidos, esto sí es aceptable delante de Dios" (1 Ped. 2:20). Y otra vez: "Pero aun si llegáis a padecer por causa de la justicia, sois bienaventurados" (3:14).

La carta a los Hebreos también fue dirigida a cristianos perseguidos. Uno de los problemas era la posibilidad de que los cristianos negaran la pertinencia de la iglesia y afirmaran en cambio que el cristianismo era una secta judía. El escritor asignó gran importancia al sacrificio de Jesús como sustituto de los sacrificios judíos. Aquel sacrificio fue hecho "una vez y para siempre". Dicho sin rodeos: "Somos santificados, mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre" (10:10).

Cuando el pueblo de Dios enfrenta la crítica, dificultades, dolor, privaciones, gobiernos dictatoriales, tristeza, o las heridas de la comunión rota, no está solo. En Gálatas 6:2, Pablo le dice a los cristianos que "sobrellevad los unos las cargas de los otros". Llevar la carga implica a la vez acción y compasión. Cuando uno sufre, todos sufren. Preocuparse por los que están afligidos tiene un precio. Esta costosa comunión en el sufrimiento sigue siendo una realidad en la vida de la iglesia, ya sea en Albania, India, Liberia, Rumania, Sudáfrica o China. Cuando algún cristiano sufre persecución, hambre, injusticia, pobreza o enfermedad, es asunto de toda la iglesia responder y

preocuparse por él.

El ideal del Nuevo Testamento es una iglesia libre en un Estado libre. Cuando Jesús dijo: “Dad pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Mat. 22:21), sabía que la vida de los cristianos estaría de continuo bajo presión. Desde el tiempo de Jesús la mayoría de los cristianos no conocieron ese ideal. Muchos han vivido bajo la tiranía de un gobierno o una religión de Estado y, aun hoy, muchísimos cristianos bautistas viven donde no hay iglesia libre en un Estado libre. Cuán agradecidos debiéramos estar por aquellos cristianos que sufrieron circunstancias dolorosas y aun así demostraron su fidelidad.

Los verdaderos líderes cristianos no viven cómodamente de los sacrificios de los demás, sino que voluntariamente se sacrifican a sí mismos. Debido a que en el mundo hay gente que se pierde, los cristianos en misión pueden llegar a pagar caro su testimonio. Puesto que hay cristianos afligidos en el mundo, los líderes cristianos sufren, y cuando sufren se sacrifican. De esta manera la Biblia es un desafío para los bautistas en todo el mundo. ¿Qué significa esto para usted?

Edificar sobre los fundamentos

Hemos examinado cinco pilares de la fe que son fundamentales en la vida y liderazgo de la iglesia. Hacer lo que se supone que una iglesia debe hacer comprende: alcanzar a las personas para Cristo, bautizarlas y discipularlas para incorporarlas a la membresía de la iglesia; enviarlas a la sociedad como siervos-embajadores de Dios; dotarlas de poder por el Espíritu Santo de Dios; ministrar juntos y arriesgarse en un discipulado de alto precio. Una iglesia efectiva está asociada al cristianismo bíblico. Sin embargo, debemos aceptar la realidad: Los líderes consagrados a estos ideales permanentes a menudo trabajan en condiciones menos que ideales.

El apóstol Pablo fue un fundador de iglesias y un extraordinario pastor pionero. Disfrutaba de la compañía de aquellos que había ganado para la fe, pero a veces explicaba la razón del retraso en sus planes de viaje: "Pero me quedaré en Efeso...; porque se me ha abierto una puerta grande y eficaz, y hay muchos adversarios" (1 Cor. 16:8, 9). Hoy la adversidad puede presentarse en forma de accidentes, enfermedad, tiranía política, riesgo de la propia integridad física, pérdida de la propiedad, el trabajo o

los bienes, la traición por parte de algún miembro de la congregación, y aún la abierta oposición al estilo de liderazgo o la visión de Dios.

Las iglesias que entran al siglo XXI están frente a una enorme diversidad de contextos culturales, historia, estilos de liderazgo, niveles espirituales de la membresía, recursos económicos, y tanto esperanzas de la congregación como sueños no concretados. Sin embargo, el ideal del reino de Dios mantiene su extraordinario poder de atracción. En las situaciones límite la gente quiere y necesita experimentar a Dios. Cuando la llama de la fe languidece en una nación, nos llegan las alentadoras noticias de maravillosas victorias cristianas en China, Kenia, Sudáfrica, Liberia, Brasil y en todo el mundo. Nuestro desafío es a ser fieles hasta el fin, para que no nos desanimemos.

La tarea de la iglesia es alcanzar con el evangelio en muchos países a personas y familias.. Pero es más que eso. Debe tocar culturas y transformar sociedades con valores cristianos permanentes. Y es todavía más que eso. Los líderes de la iglesia del futuro se enfrentan a una población mundial cada vez más compleja, móvil, que generación tras generación espera mayores opciones y presenta mayores desafíos. Y no obstante, el desafío de Dios para nosotros es tan fresco como la esperanza del mañana: "He aquí, el diablo va a echar a algunos de vosotros en la cárcel para que seáis probados, y tendréis tribulación... Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida" (Apoc. 2:10).

6

DERECHOS HUMANOS PARA TODOS

Cada día los medios de comunicación nos confrontan con males terribles causados a nuestros hermanos y hermanas de la familia humana. Sabemos que todas las sofisticaciones de la tecnología moderna se aplican a la invención de instrumentos de tortura cada vez más eficaces, con el propósito de mutilar y quebrantar el cuerpo y el espíritu de hombres, mujeres y niños. Sabemos que ideologías tales como el racismo, la discriminación racial y la discriminación por razones de sexo, niegan la igualdad de condiciones a millones de personas. Sabemos que día a día desaparecen estudiantes, obreros, pastores y periodistas, y nunca se vuelve a saber de ellos. Sabemos de los millones de refugiados y asilados que sobreviven en condiciones inhumanas y que, además, son despreciados como los marginados de la sociedad humana moderna. Sabemos del permanente aumento de la tasa de desempleo, que empuja a millones de personas a una crisis de identidad a la vez que les roba la posibilidad de bastarse a sí mismos y atender las necesidades de sus familias.

Además, sabemos que en todos los rincones de nuestro planeta hay personas a quienes se les niega la libertad religiosa de adorar y vivir de acuerdo con sus impulsos religiosos. Sabemos que la carrera armamentista, por su enorme distracción de fondos, está en efecto causando muchísimas muertes. Mientras que los gobiernos del mundo gastan miles de millones de dólares para crear armas cada vez más sofisticadas y destructivas, dos terceras partes de la humanidad se hunden cada vez más en la pobreza y la desilusión. Sabemos que cada año mueren 12 millones de niños de menos de 5 años, es decir, 35.000 por día, porque no tienen suficiente para comer, suficiente agua potable ni cuidado médico adecuado; y que muchos de los que sobreviven sufren la explotación a través del trabajo y/o la prostitución infantil.

Somos responsables por aquello que sabemos

Sin embargo, nosotros como cristianos tenemos también otra clase de conocimiento: el conocimiento de la fe en Cristo. Confesamos que Dios creó al mundo. En un lenguaje hermoso el relato de la creación nos dice que Dios "vio todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno" (Gen 1.31). ¡Esta bondad es el regalo de Dios para nosotros!

Debemos protegerlo, y donde está dañado debemos restaurarlo. Es motivo de gran preocupación el hecho de que como seres humanos hemos sido muy egoístas. Con orgullo y arrogancia nos hemos abrogado la divinidad, nos hemos odiado, torturado y matado unos a otros, y hemos despreciado el jardín de la naturaleza en que Dios nos colocó. Hasta dimos muerte a Jesús, el hombre que no tuvo otra pasión que amar a Dios y amar a sus semejantes. Sin embargo, Dios no abandonó a su creación. Al levantar a Jesús de entre los muertos Dios confirmó sus propósitos para el mundo. En Cristo, Dios reconcilió al mundo consigo mismo (2 Cor. 5:17-21).

Es nuestra responsabilidad relacionar entre sí nuestro conocimiento del mundo y nuestro conocimiento de Dios. Es triste que tan pocos cristianos se hayan comprometido en la lucha moderna por los derechos humanos. Ellos aún no relacionaron su conocimiento de Dios con lo que está sucediendo en el mundo de Dios. El conocimiento de la fe incluye la convicción de que "De Jehovah es la tierra y su plenitud, el mundo y los que lo habitan" (Sal. 24:1), pero de alguna manera muchos de nosotros hemos fallado en interrelacionar nuestra fe en Dios con la lucha por los derechos humanos en el mundo.

No obstante, se trata de un lujo que ya no podemos darnos. La responsabilidad del conocimiento es un aspecto inherente a la fe. "Al que sabe hacer lo bueno y no lo hace, eso le es pecado" (Stg. 4:17). El desafío de hoy es: ¿Puede la humanidad sobrevivir de manera humana, o acaso la aceleración de la espiral de egoísmo, violencia y desconfianza irá más allá de nuestro control? El deseo de vivir está en todos nosotros. A menudo lo deformamos para servir a nuestros propios intereses egoístas. Necesitamos, en consecuencia, una visión de la vida humana sobre la tierra que trascienda nuestros intereses inmediatos en el orden nacional, social y religioso, y que nos ayude a desarrollar estructuras que hagan posible la vida humana para todas las personas.

La visión bautista y los derechos humanos

La lucha por los derechos humanos formó parte del proceso en que se modeló la visión bautista. Los orígenes de la visión bautista en el continente europeo, en las islas británicas y en América del Norte, están estrechamente vinculados con la búsqueda de libertad religiosa. Los anabautistas de la Europa continental del siglo XVI y los bautistas en la Inglaterra del siglo XVII siguieron a Cristo como la única y exclusiva voz de sus conciencias, aun cuando esto condujo a conflictos con la monarquía, los gobiernos y las iglesias establecidas. *La Breve declaración del misterio de la iniquidad* [*A Short Declaration of the Mystery of Iniquity*] (1612) de Thomas Helwys (1550?-1616) ha sido celebrada como la primera defensa protestante de la libertad religiosa. La lucha por la libertad religiosa se trasladó a las colonias norteamericanas, y allí, a través de la obra de hombres y mujeres como Roger Williams (1603?-1683), se convirtió en un elemento importante en el proceso de modelar la visión bautista.

Cuando nosotros como bautistas lleguemos a la plena convicción de que nuestra conciencia, ligada a la Palabra de Dios e informada por ella, nos guía en cierta dirección, entonces intentaremos encaminarnos en ese peregrinaje, aun cuando esto nos ponga en conflicto con las instituciones de la sociedad, el Estado y la iglesia. La lucha por la libertad religiosa se ha convertido en un elemento importante en la concepción de los modernos derechos humanos, en la medida en que los seres humanos intentan definir y proteger la dignidad humana frente al ataque de las instituciones deshumanizantes.

Los derechos humanos en su expresión escrita

Los derechos humanos hallan su expresión formal escrita en los diversos instrumentos de los derechos humanos. Como resultado de la generalizada falta de respeto por los derechos humanos en la Segunda Guerra Mundial, se creó la organización de las Naciones Unidas (1945), con este expreso propósito:

NOSOTROS LOS PUEBLOS DE LAS NACIONES UNIDAS RESUELTOS

a PRESERVAR a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la humanidad sufrimientos indecibles,

a REAFIRMAR la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres de las naciones grandes y pequeñas,

a CREAR condiciones bajo las cuales puedan mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones emanadas de los tratados y de otras fuentes del derecho internacional,

a PROMOVER el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto mas amplio de libertad,

Y CON TALES FINALIDADES

a PRACTICAR la tolerancia y a convivir en paz como buenos vecinos,

a UNIR nuestras fuerzas para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales,

a ASEGURAR, mediante la aceptación de principios y la adopción de métodos, que no se usará la fuerza armada sino en servicio del interés común, y

a EMPLEAR un mecanismo internacional para promover el progreso económico y social en todos los pueblos.

HEMOS DECIDIDO AUNAR NUESTROS ESFUERZOS PARA REALIZAR ESTOS DESIGNIOS

(Preámbulo de la *Carta de las Naciones Unidas*, 1945)

En 1998 celebramos el 50 aniversario de la Declaración universal de los derechos humanos, que ha sido celebrada como "uno de los instrumentos e hitos más importantes en la historia de la humanidad."¹ En 1948 se firmó la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*. Establece una norma de conducta moral a través de la cual los países deben medir su trato para con los ciudadanos y a su vez los ciudadanos puedan conocer sus propios derechos frente al estado y la comunidad humana.

Esta declaración fue seguida 20 años después, en 1966, por dos pactos: el *Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales* y el *Pacto Internacional*

¹ Seán MacBride, "The Universal Declaration—30 Years After," en Alan D. Falconer, ed., *Understanding Human Rights: An Interdisciplinary and Interfaith Study* (Dublin: Irish School of Ecumenics, 1980), p. 10.

de Derechos Civiles y Políticos, junto con el *Protocolo Facultativo* de este último pacto. Para los gobiernos que lo ratificaron este protocolo permite que cualquier persona eleve individualmente una queja por cuestiones de derechos humanos ante un Comité Internacional de Derechos Humanos. Junto con la *Declaración Universal*, estos pactos forman la *Ley Internacional de Derechos Humanos*, que establece una norma moral y jurídica para la comunidad humana. Más de 100 naciones ratificaron estos pactos y con ello se comprometieron a implementar con la mayor urgencia estos derechos humanos en sus áreas de jurisdicción.

La *Declaración Universal* y los pactos están respaldados por otras declaraciones y convenciones que tratan con la definición y la implementación real de los derechos individuales del hombre. Ejemplos recientes son la *Declaración Sobre la Eliminación de Toda Forma de Intolerancia y Discriminación por Causa de Religión o Creencia* (1981), la *Convención Contra la Tortura y otros Tratos o Penas Cruelles, Inhumanos o Degradantes* (1984), y la *Convención sobre los Derechos del Niño* (1989). Las Convenciones sobre libertad religiosa y sobre objeción por cuestiones de conciencia están en proceso de preparación.

El contenido de los derechos humanos

¿Cuál es, entonces el contenido de los derechos humanos? Desde un punto de vista práctico podríamos hablar de derechos individuales, derechos sociales, derechos que manifiestan una consideración especial por los países en vías de desarrollo, los derechos de la naturaleza y los derechos de las generaciones futuras.

Los derechos individuales tienen como fin proteger la dignidad de la persona frente a instituciones humanas e históricas como Estado e iglesia, partidos y corona. Los mismos incluyen el derecho a la vida, el derecho a la libertad de pensamiento, de opinión, de conciencia y de religión, el derecho de las personas de participar sin restricciones en elecciones libres y frecuentes, el derecho a la privacidad y a la equidad ante la ley, el derecho a la igualdad, y la prohibición de la tortura, la esclavitud y el arresto arbitrario.

Luego están los derechos sociales, como el derecho de trabajar y de recibir un salario justo, el derecho al descanso, el derecho a formar sindicatos, el derecho a la jubilación, de recibir educación, tratamiento médico adecuado, y de participar libremente

en la vida de la comunidad.

Además de los derechos individuales y sociales están aquellos derechos que demuestran un interés especial por los países en vías de desarrollo en el "mundo de los dos tercios". Estos países se sienten atrapados en una interminable espiral de dependencia. Durante décadas se encontraron atrapados en la guerra fría entre las superpotencias, y hoy sufren las consecuencias de un orden económico mundial injusto. Para muchos de los que viven en el "mundo de los dos tercios" los derechos individuales y sociales se presentan como lujos inalcanzables. ¿De qué sirve el derecho de libre expresión si uno no puede leer ni escribir y no tiene manera de informarse? ¿De qué sirve el derecho a la vida si uno no tiene alimento, agua ni asistencia médica? ¿De qué sirve el derecho a una identidad nacional si uno pertenece a los 12 millones de refugiados que son considerados los marginados de la moderna sociedad humana? Los derechos humanos, por lo tanto, incluyen también derechos tales como el de la autodeterminación de los pueblos, el derecho a una identidad nacional, el derecho de asilo, y el derecho a necesidades básicas como alimentación, agua, techo y tratamiento médico, a fin de hacer posible una vida humana digna.

En años recientes, la comunidad humana ha comenzado a entender que Dios nos puso dentro de un orden (es decir, la naturaleza), y que si explotamos y destruimos este jardín, estamos actuando con soberbia y falta de respeto para con la creación de Dios; al mismo tiempo, nos estamos destruyendo a nosotros mismos. El aire que respiramos, el agua que bebemos, las verduras que comemos, todo llega a formar parte de nosotros. Estamos íntimamente entretejidos en la fibra de la naturaleza. Pero al pensar únicamente en nosotros, en la historia y en el progreso, hemos realizado una explotación tal de la naturaleza que hablar de "crisis ecológica" es decir poco. Las Naciones Unidas, con el impulso especial que le dieron las cumbres sobre ecología en Río de Janeiro (1993) y Kyoto (1997) están elaborando una definición de los derechos de la naturaleza.

No lo olvidemos; todo lo que hagamos o dejemos de hacer, será un factor determinante para la vida de las generaciones futuras: nuestros hijos y nietos. La mayoría de los países en vías de desarrollo jamás podrán pagar las enormes deudas externas que los agobian. Estas deudas estrangulan a los niños antes de nacer. La tecnología nuclear produce residuos con una radiación mortal que dura miles de años. La tala de bosques tropicales, la desertización y la destrucción de la capa de ozono están

creando condiciones climáticas que pueden ser trágicas para nuestros hijos y nietos. De aquí que en todas nuestras decisiones, debemos ahora tener en cuenta los derechos de las generaciones futuras.

Por qué necesitamos derechos humanos

Pero ¿acaso necesitamos los derechos humanos para proteger a los seres humanos cuya vida y dignidad están amenazadas y cuyo futuro es sombrío? ¿No es suficiente con predicar el evangelio y luego esperar que Dios se encargue de lo que él quiere que se haga? Una actitud tal sería tanto antibíblica como desentendida de la realidad.

Es antibíblica porque el relato cristiano, tal como nos llega a través de las Escrituras, nos dice con variables siempre nuevas que la palabra de Dios se hizo carne de una manera especial en Jesucristo, y busca seguir haciéndose carne a través de aquellos que siguen a Jesús. La voluntad de Dios quiere manifestarse de una manera concreta. Por lo tanto, Dios elige personas que hagan su voluntad sobre la tierra. Jesús no solamente habló del perdón y la sanidad de Dios sino que de manera concreta perdonó y sanó. En su obra sanadora y salvadora en el mundo Dios no nos deja de lado, sino que nos llama a unirnos a su pasión por el mundo y a convertirnos en "colaboradores" de él (1 Cor. 3:9).

También es algo desentendido de la realidad limitar el ministerio de la iglesia a la predicación de la Palabra. Nuestra fe en Jesucristo nos hizo sensibles al poder del egoísmo humano y a nuestra falta de voluntad humana para ayudar a otros. Nuestro interés propio da su color a todo lo que hacemos. Nuestro mundo parece haberse convertido en un lugar en el que solamente los más aptos sobreviven y solamente los fuertes pueden ser libres. Nuestros dioses, es decir aquellas fortalezas en las que confiamos y a las cuales encomendamos nuestro futuro, son el militarismo, el consumismo, el dinero y el poder. Es en un mundo así que estamos llamados a vivir nuestro compromiso con el primer mandamiento y afirmar en palabra y en hecho que en cuanto a nosotros concierne, Jesucristo es el camino, la verdad y la vida (Exo. 20:2, 3; Juan 14:6). La única manera de proteger a los que no tienen poder, ni voz ni amigos es crear estructuras que puedan poner freno y remodelar las actuales estructuras de

injusticia.

Podemos pensar que los derechos humanos son parte de la obra providencial de Dios en la historia para hacer y mantener la condición humana de la vida humana. Dado que Dios no nos deja de lado en su obrar en el mundo, estamos todos invitados a unirnos a su trabajo comprometiéndonos en la implementación de los derechos humanos. Los profetas nos resumen el imperativo divino: "¿Qué requiere de ti Jehovah? Solamente hacer justicia, amar misericordia y caminar humildemente con tu Dios" (Miq. 6:8); "Más bien corra el derecho como agua, y la justicia como arroyo permanente" (Amós 5:24).

Por qué los cristianos deben interesarse por los derechos humanos

Hemos visto que los derechos humanos se han convertido en una bienvenida realidad en nuestro mundo. Su implementación genera muchas esperanzas. ¿Pueden acaso ayudar a controlar el egoísmo de individuos y naciones, y señalar el camino hacia un futuro mejor? ¿Qué actitud debemos adoptar como cristianos con respecto a la lucha por los derechos humanos? La lucha por la codificación, la protección y la implementación de los derechos humanos, ¿es una parte esencial de nuestra fe en Jesucristo? Como bautistas nos remitimos al mensaje bíblico para encontrar respuestas a estas preguntas.

Allí encontramos que Dios tiene una pasión por humanizar la vida humana. Cuando el pueblo de Dios está oprimido, Dios anhela su liberación e invita a personas como Moisés a participar en esa actividad libertadora. La legislación de Israel busca de manera especial aliviar la suerte del pobre, el esclavo, el huérfano, la viuda y el extranjero. Los profetas condenan a los líderes de las instituciones religiosas, económicas y políticas que no se interesan por proteger la dignidad de las personas.

Jesús anuncia liberación a los oprimidos (Luc. 4:18, 19) y promete gracia a los pobres, los hambrientos y los afligidos (Luc. 6:20, 21). Lleva el evangelio al plano físico, sanando a los enfermos, expulsando demonios y compartiendo su vida con los marginados de la sociedad.

Las iglesias cristianas de los primeros tiempos se identificaron con la pasión de Jesús por el mundo, afirmando la igualdad fundamental de todas las personas y comenzando a eliminar la injusticia dentro de su propio seno. Cuando la resurrección del

Cristo crucificado se hizo históricamente manifiesta, surgieron comunidades cristianas en las cuales las barreras raciales, sociales o sexuales se transfiguraron en una nueva realidad de vida juntos, porque en Cristo “ya no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer” (Gál. 3:28).

Podemos decir con toda certeza que el salmista recoge la tendencia y la intención de la totalidad del mensaje bíblico cuando oye a Dios hablándole a su conciencia: “Rescatad al necesitado y al huérfano; haced justicia al pobre y al indigente” (Sal. 82:3). El escritor de los Proverbios relaciona esto de manera directa con la acción de Dios en la historia: "Porque Jehovah defenderá la causa de ellos" (22:23). Más aún, “el que oprime al necesitado afrenta a su Hacedor, pero el que tiene misericordia del pobre lo honra” (Prov. 14:31). Por tanto, es el privilegio de la fe sintonizarnos con la pasión sanadora y salvadora de Dios por el mundo. A través de nuestra actitud y de nuestras acciones revelamos quién es nuestro Dios.

No es accidental, por lo tanto, que las iglesias cristianas de los primeros tiempos hayan ubicado la presencia de Jesús en el mundo no solamente en lo relacionado con la predicación de la Palabra y la administración de las ordenanzas, sino también en el niño (Mar. 9:36, 37), el hambriento, el extranjero, el desnudo y el prisionero. En cuanto lo hayamos hecho o no a éstos, sus hermanos y hermanas a través de los siglos, se lo hemos hecho o no a él (Mat. 25:31-46). Si la iglesia quiere ser hallada donde Cristo está activo en el mundo, entonces debe mostrar solidaridad sanadora, salvadora y liberadora con aquellos cuya dignidad humana está lesionada o amenazada.

Lo que están haciendo los bautistas con respecto a los derechos humanos

Junto con muchas otras iglesias cristianas y organizaciones no gubernamentales los bautistas están comprometidos en la lucha por los derechos humanos. Muchos de nuestros pueblos sufren la privación de sus derechos humanos. Los cristianos en países donde otras religiones dominan, no tienen libertad religiosa; lo mismo puede decirse de aquellos lugares en que una iglesia cristiana niega la igualdad a los miembros de otras iglesias cristianas. Algunos de nuestros hermanos y hermanas viven en campos de refugiados, no tienen identidad, no tienen pasaporte, y viven bajo amenaza constante de

ser ejecutados o quemados. Muchos bautistas viven en zonas de conflicto étnico y racial, y sufren la explosión del odio racial y étnico.

En nuestro ámbito hay una conciencia cada vez mayor, de que “si un miembro padece, todos los miembros se conmueven con él; y si un miembro recibe honra, todos los miembros se gozan con él” (1 Cor. 12:26). En muchas de nuestras iglesias encontramos hombres, mujeres y jóvenes activamente comprometidos en la lucha por lograr la libertad religiosa, proteger a los niños, ayudar a los refugiados y los que buscan asilo, y resistir la discriminación racial (*apartheid*), el racismo, el sexismo y la tortura.

La Alianza Bautista Mundial (BWA) reconoció esta preocupación en nuestra tradición y en nuestras iglesias, creando una Comisión de Derechos Humanos. Esta Comisión, formada por un grupo de alrededor de 100 líderes bautistas, se reúne una vez al año para discutir temas, recibir informes, preparar declaraciones o resoluciones, y decidir cursos de acción apropiados.

Por ejemplo, en años recientes, la Comisión de Derechos Humanos discutió asuntos históricos tales como la contribución que los bautistas han hecho para con la tradición de los derechos humanos. Esta Comisión consideró diferentes enfoques teológicos de los derechos humanos. Se asesoró con respecto a las contribuciones bautistas al trabajo de las Naciones Unidas. Abordó temas tales como la tortura, techo para los desamparados, la igualdad de hombres y mujeres en nuestras iglesias, los problemas de los niños en nuestro mundo, y la suerte de los refugiados y los que buscan asilo. Recibió y estudió los informes presentados por los líderes bautistas de Bulgaria, Mianmar (Birmania), Tailandia, Bangladesh, Nagaland, Ruanda, Burundi, Liberia, Filipinas, Nicaragua, El Salvador, Cuba, Jordania, Sudáfrica y el Caribe. Investigó acerca de la posibilidad de mejores procedimientos para informar a nuestras uniones/convenciones y a nuestras iglesias, acerca de la necesidad de participar activamente en la lucha por los derechos humanos.

La BWA recomienda a todas las iglesias bautistas que cada año, en el mes de diciembre, se observe un domingo dedicado a los derechos humanos (la Declaración Universal de los Derechos Humanos se firmó el 10 de diciembre de 1948). Puede celebrarse un culto especial de adoración con énfasis en los derechos humanos. La Comisión de Derechos Humanos prepara sugerencias para la liturgia y el sermón que se envían a todas las uniones y convenciones y a los editores bautistas, a quienes a su vez se

les anima a poner esta información a disposición de las iglesias.

Cada año la BWA realiza una visita oficial en relación con los derechos humanos, a un lugar donde nuestras iglesias viven bajo condiciones difíciles. Líderes de la BWA visitan iglesias para animar a los hermanos y llevarles nuestra solidaridad bautista internacional. Visitan a funcionarios de gobierno para interceder por aquellos a quienes se les niegan sus derechos humanos, y luego hacen saber a nuestras iglesias miembros lo que han visto y oído. Recientemente se realizaron visitas así a Cuba, a los campos de refugiados en la frontera entre Mianmar y Tailandia, y a México, Bulgaria, El Líbano, El Salvador, Mianmar (Birmania), Macedonia y Siria.

Cada cinco años, al celebrarse el Congreso Bautista Mundial, se otorga un premio a los derechos humanos a una persona de nuestro medio "por su labor significativa y eficaz para asegurar, proteger, restaurar o preservar los derechos humanos". Es un honor muy importante.

La Comisión de Derechos Humanos presta cuidadosa atención a los relatos de nuestros hermanos y hermanas que sufren, y trata de hallar maneras para mitigar su dolor y aliviar su carga. La Comisión produce asimismo literatura que informa a nuestras iglesias acerca de los derechos humanos y lo que pueden hacer para implementarlos.

Por sobre todas las cosas, a través de nuestro énfasis tradicional en la evangelización, las misiones y la comunidad, hacemos una contribución constructiva para con el movimiento por los derechos humanos. Predicamos el evangelio porque creemos que la fe viva en Dios es una parte fundamental de la dignidad humana. Participamos en una misión que contempla el conjunto de las necesidades de la persona humana porque la salvación significa la sanidad de la persona total. Intentamos reflejar el amor de Dios por todas las personas al ser comunidades abiertas en las cuales las personas pueden encontrar significado, esperanza y liberación. Creemos que cuanto más cerca de Cristo estemos, más profunda será nuestra preocupación por restaurar la vida de las personas.

Lo que queda por hacer

A pesar de los esfuerzos de muchas personas, el problema más grande en relación con los derechos humanos es la reticencia y fracaso a nivel mundial en la implementación de los mismos. Aun aquellos países que ratificaron los pactos y otros instrumentos de

derechos humanos, en algunas ocasiones desprecian descaradamente sus compromisos y no cumplen sus promesas. Las Naciones Unidas tienen poco poder para exigir el respeto de los derechos humanos, porque las estructuras de implementación son todavía inadecuadas.

No obstante, no podemos darnos el lujo de renunciar. En especial nosotros que creemos que Dios, el creador del cielo y la tierra, no ha abandonado a su creación, debiéramos estar motivados por la esperanza, la fe y el amor para crear analogías del reino de Dios en nuestro mundo, para ofrecer una muestra de su pasión salvadora, y así preparar el camino del Señor.

¿Qué podemos hacer como cristianos individuales y como iglesias a favor de la implementación de los derechos humanos? Podemos tomar conciencia a través de la enseñanza y la información. Podemos formar grupos para orar y trabajar en proyectos específicos o por personas específicas cuyos derechos humanos no están siendo respetados. Podemos participar creativamente en modelar una nueva teología que haga de la preocupación de Dios por los marginados una parte fundamental de nuestro concepto de la fe cristiana. Debemos encontrar maneras de llevar nuestro desempeño a estar en armonía con nuestro mensaje, mejorando así la credibilidad de la iglesia. Podemos también aportar a la función profética de la iglesia recordando a nuestros gobiernos sus responsabilidades, revelando y denunciando violaciones a los derechos humanos.

Unámonos también con gratitud a otros que están eficazmente comprometidos en la lucha por los derechos humanos. Habiendo discernido la providencial actividad de Dios en y a través de la tradición de los derechos humanos, habiendo oído la invitación de Dios a unirse en la lucha por sanar la vida humana, y habiendo sido obedientes a su llamado, descubrimos agradecidos que hay muchos otros comprometidos en esta misma lucha. Podemos ayudarles y aprender de su experiencia. Junto con “Amnesty International”, la Comisión Internacional de Juristas, y Cristianos en favor de la Abolición de la Tortura, podemos trabajar para erradicar la tortura y ayudar a aquellos a quienes se les niega la libertad religiosa. Junto con las numerosas organizaciones de ayuda a la niñez podemos ayudar a implementar los derechos del niño. Podemos ayudar a las Naciones Unidas y al Concilio Mundial de Iglesias en sus esfuerzos por ayudar a los refugiados y erradicar el racismo. Podemos apoyar a “Green Peace” en el esfuerzo

necesario para proteger el medio ambiente. Si hacemos que esta preocupación por los derechos humanos sea parte de nuestra agenda cristiana, pronto descubriremos maneras de participar.

Conclusión

Como bautistas estamos comprometidos con el mensaje de la Biblia como la Palabra de Dios para nosotros. Es una palabra que perdona nuestro pecado y nos libra de nuestro interés propio de modo que podamos sintonizarnos creativamente con la pasión sanadora de Dios para el mundo. Al mismo tiempo somos una comunidad mundial de creyentes en la que sentimos la agonía y el gozo de nuestros hermanos y hermanas alrededor del mundo. “De manera que si un miembro padece, todos los miembros se conmueven con él; y si un miembro recibe honra, todos los miembros se gozan con él” (1 Cor. 12:26). Cuanto más nos acerquemos a Cristo, más podremos oír el clamor silencioso y el expresado de hombres, mujeres y niños por los cuales Cristo murió. En nuestra fe, nuestra oración y nuestra vida ya no podemos ignorar a quienes se les niega su dignidad humana. Nuestro compromiso con la lucha por la implementación de los derechos humanos se convierte en un aspecto fundamental de nuestra fe en el Dios trino.